B. Luis Rosales

ANT
XIX
9160

# EL QUIJOTE

Y LA

# ESTAFETA DE URGANDA,

ENSAYO CRÍTICO

POR D. FRANCISCO M. TUBINO.

Segunda edicion.

MADRID.
—
A. DURAND.

SEVILLA.
—
LA ANDALUCIA.

2
A
241

# EL QUIJOTE

Y

# LA ESTAFETA DE URGANDA.

R.24952

# EL QUIJOTE

Y

# LA ESTAFETA DE URGANDA.

ENSAYO CRITICO

POR

DON FRANCISCO MARIA TUBINO.

> No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.
>
> CERVANTES.

**Segunda edicion.**

LA ANDALUCIA.

IMPRENTA, PERIÓDICO Y LIBRERÍA.

SEVILLA —1862.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR.

# PRÓLOGO.

Aun no hace un mes que se puso en venta la primera edicion de este libro, y esta es la fecha en que no pueden servirse los pedidos que se reciben de muchos puntos de la península por haberse agotado. Semejante acogida, tan señalado favor por parte del público, cuando no ha habido tiempo para que la prensa con su autorizada voz lo recomiende, cuando el juicio de las personas competentes es poco conocido, no pueden esplicarse mas que de dos maneras: ó por la bondad intrínseca de la obra, ó por el prestigio que lleva consigo cuanto al Quijote se refiere. Estamos muy distantes de atribuir á lo primero este, que bien puede denominarse fenómeno; débese con mas fundamento referir á la causa que en segundo lugar dejamos apuntada.

Empero de cualquier modo que sea, no podemos por menos de sentirnos orgullosos de tan señalada cuanto envidiable distincion. Cuando

sin pretensiones de ningun género, sin otro deseo que el de rendir un tributo de admiracion, siquiera humilde, al renombre de Miguel de Cervantes escribimos nuestra produccion, estábamos distantes de creer que el público habia de recompensar con tanta largueza nuestras modestas tareas. Él con su apoyo parece sancionar las opiniones que hemos emitido, como fruto de un estudio desapasionado de la inmortal epopeya y de la literatura caballeresca; él con su benevolencia nos alienta á seguir por el camino que hemos emprendido y nos obliga á consagrar parte de nuestra actividad á trabajos de índole bastante distinta de aquellos á que venimos entregados por vocacion irresistible.

Tiempo hace que nos ocupamos de investigar cuanto se refiere á la vida del ingenio mantuano. Con el título de CERVANTES Y SU SIGLO preparamos una nueva obra que queremos anunciar públicamente para que nadie nos preceda en la gloria por lo menos, de haber sido los primeros en querer tratar en una esfera amplísima de la personalidad de nuestro celebérrimo compatriota. En este nuevo libro hablaremos de Cervantes con la calma y el detenimiento que su renombre exije: escudriñaremos todos los detalles de su existencia, haremos uso de cuantos materiales ha allegado la crítica, y despues ofreceremos

el espectáculo de la literatura y de las costumbres de su tiempo, buscando la influencia que en el ánimo de Cervantes pueden haber ejercido tanto la una como las otras, á la vez que la mision que en la esfera del arte tuviese Cervantes, su lugar en la série del génio, y las consecuencias de sus partos intelectuales, deduciendo resultados y apuntando cuestiones de varia é interesante índole. Si causas estrañas no lo impiden, no se hará esperar mucho este nuevo ensayo crítico-literario.

Hé aquí ahora las palabras con que encabezábamos la primera edicion.

«Disponíame á dar á la estampa el fruto de algunas vigilias consagradas al estudio de la literatura caballeresca y por incidencia del Quijote, cuando llegó á mis manos «La Estafeta de Urganda,» apreciable trabajo donde su autor D. Nicolás Diaz de Benjumea, anuncia un nuevo comentario á aquel inmortal poema. Leílo con curiosidad é interés, pues la materia me era grata, y al encontrar entre los varios motivos de encomio que en él resaltan propósitos fundamentales, en mi sentir insostenibles y merecedores de censura, resolví examinar el conjunto de su trabajo con el criterio que habia formado en mis investigaciones. Hijo, sin embargo, mi libro de la inspiracion del momento y no fruto de un plan meditado y discutido con el sentido interno, aspira únicamente á llamar

la atencion del mundo literario sobre las cuestiones de varia pero grave índole que en él se inician. Mis opiniones sobre el opúsculo del Sr. Benjumea, están en él consignadas en su primitivo gérmen, no con el ámplio desarrollo que reservo á todas y cada una de ellas tan pronto como publique su obra. Amante de la discusion, que cuando es razonada, al esclarecimiento de la verdad lleva irremisiblemente, la promuevo con mi ENSAYO CRÍTICO, y en verdad que no me sentiré corrido y descorazonado si mi ilustrado contrincante ó cualquiera otro que pueda sostener su causa, consigue refutar mis argumentos, convirtiéndome por completo á sus ideas. El que de buena fé, ganoso del mejor acierto lucha, no puede pensar de otra manera.»

# I.

## INTRODUCCION.

Entre los diferentes libros que por su valor literario figuran en primer término en la larga série de los que constituyen la riqueza intelectual de la madre pátria, existe uno tan discreto y tan apreciado, cuanto que su conocimiento se ha estendido á todas las esferas de la vida civil, mientras que su encomio se encuentra en boca de todos aquellos que tienen la complexion necesaria para poder avalorar sus raras cualidades. Es tan positivo y constante, tan grande y universal el mérito de esta notabilísima produccion, que hoy es el dia en que no se conoce pais regularmente constituido que no la haya asimilado á su civilizacion,

considerándose muy dichoso con poderla otorgar carta de honorífica naturaleza.

La «Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,» porque á ninguna otra podia aludir, es la que sola y exclusivamente ha alcanzado esta envidiable gloria y la misma que sobreponiéndose á la inconstancia de los gustos y de los tiempos, con su accion trastornadora, presenta siempre un interés vivo y real para toda clase de lectores. No hay, lo mismo en la hermosa lengua de Castilla que en las estrañas, obra alguna que, por lo tocante á este extremo importantísimo, con ella rivalice, ni tampoco la fama ha inmortalizado un nombre tan popular como el del infortunado en vida y enaltecido en muerte Miguel de Cervantes y Saavedra.

Ticknor dice con razon sobrada, que nuestro ilustre compatricio se ha hecho el escritor de todos los tiempos y de todos los paises, de los ignorantes como de los sábios, granjeándose, gracias á esta universalidad singularísima, el tributo de admiracion y simpatías de la humani-

dad entera. Y yo añado que bien puede asegurarse sin el temor de ser desmentido, que ni entre los antiguos ni entre los modernos ha habido quien haya alcanzado tanto renombre; pues ni Homero con ser el padre de la poesía clásica, ni Aristóteles con haber llenado con su aliento las academias y cátedras de la Edad media, ni Shakespeare y Calderon que tan brillantes resplandores derramaron sobre el arte dramático, han vivido ni viven en la memoria y el corazon de las generaciones del modo preferente y manera predilecta que el inolvidable autor del «Persiles» y de «Galatea.»

Este hecho inaudito, este fenómeno, sin reproduccion hasta ahora, ha sido parte para que distinguidos literatos y diligentes eruditos se hayan entregado con verdadero ahinco al estudio y análisis de la que Slegel no vacila en denominar epopeya, y Ampére admirable caricatura, deseando únos conocer en qué consistiera su valor intrínseco y verdadero, llevados otros del intento noble, pero difícil y arriesgado, de esplicar satisfactoriamente la série de verdades ocul-

tas bajo la misteriosa urdimbre de la ingeniosa fábula. Y por cierto que no ha bastado á apartarlos de semejante empeño la insistencia con que Cervantes hablára de la sencillez y llaneza de su obra, ni el haber anunciado con palabras esplícitas por boca del bachiller Samson Carrasco que no tenia necesidad de comentarios, pues que era tan clara que no habia cosa que dificultar en ella; aseveracion que indirectamente reproduce en un pasage del Entremés, que escribió con el título del «Vizcaino finjido,» donde hablando de la cortedad del entendimiento de las mugeres dice de una para demostrar que está incluida en la regla

«.....que seis veces al mes
Al gran Don Quijote pasa.»

A pesar de esto no han faltado comentadores para la historia del andante hidalgo, atribuyéndose á Cervantes intenciones que seguramente no fueron las suyas, pues es achaque bastante comun en los que á estos trabajos se entregan el atribuir gratuitamente á sus autores las ideas y opiniones que ellos mismos acarician.

Y no hay que dudar de ello, pues por lo tocante al Quijote ha habido no tan solo quien suponga que cada una de sus escenas se refiere á un acontecimiento coetáneo á Cervantes disfrazado mañosamente con el manto de la ficcion, sino tambien quien como Bowle asegure que el manchego paladin personifica nada menos que al gran Cárlos V; aserto que siendo descabellado no iguala sin embargo al de Daniel de Foe, cuando supone que la produccion del insigne complutense no es mas que una sátira alegórica y justa contra el Duque de Medinasidonia, personage muy ilustre en los tiempos en que aquella se escribiera.

Antes que á mí se ha ocurrido á algun otro el anatematizar una conducta tan descabellada. Pellicer á la vista de una interpretacion absurda del traductor Jarvis, recuerda la facilidad con que los comentadores pueden hacer decir á los mismos que tratan de enaltecer, cosas que ni dijeron ni imaginaron, ó por mejor decir, contrarias á las que imaginaron y dijeron; lo cual á la postre, segun mi parecer, habia de re-

dundar en su descrédito si la sana crítica no supiera ya á qué atenerse en punto á glosas, perífrasis, anotaciones y comentarios.

Tambien Ticknor, exagerando el mal que combate, afirma que el esquisito y adelgazado discurso de los críticos ha adulterado el objeto que Cervantes se propuso al escribir el Quijote, pues hasta se ha querido suponer, son sus palabras, que trató de describir el infinito y perpétuo embate de la parte poética con la parte prosáica del alma, entre el heroismo y la generosidad por un lado y el egoismo y el interés por el otro, representando en esta lucha la realidad y verdad de la vida humana. Pero esta conclusion metafísica, continúa Ticknor, deducida de un exámen y estudio de la obra, imperfecto y exagerado, es diametralmente opuesta al espíritu de aquella edad, que nunca usó de la sátira general y filosófica, y contraria tambien al carácter del mismo Cervantes desde su entrada en la carrera de las armas y posterior cautiverio, hasta el momento en que su corazon benévolo,

noble y ardoroso, dictaba la dedicatoria del «Persiles y Segismunda» al conde de Lemos. Ciertamente, añade el escritor anglo-americano, que si se fija la atencion en su persona, se verá un corazon alentado por una dulce y generosa confianza en la virtud de los hombres, y un ánimo siempre robusto, sereno y arrostrando el infortunio con buen humor, que se compadece mal con el ódio melancólico y mezquino á todo lo grande y generoso que envuelve en sí tal explicacion del Quijote.

Aun hubiera podido Ticknor dar mayor fuerza á su razonamiento, citando aquel terceto del «Viage del Parnaso» en el cual Cervantes hablando de sí, dice:

«Nunca voló la pluma humilde mia
»por la region satírica, bajeza
»Que á infames premios y bajezas guia.»

pero aun así no creo que debe otorgársele la razon por completo, segun que oportunamente demostraré.

No ha de deducirse de mis palabras el que conceptúe inoportunos, fuera de razon y perjudiciales, los trabajos hechos dentro

y fuera de España sobre la historia de Don Quijote. Me hallo muy distante de tal pensamiento. Si estimo que no todos los comentadores han sabido conservarse en la órbita que aconsejaban la discrecion y el respeto debido al gran maestro de la lengua, puesto que llevados de una funesta manía de hallar cosas recónditas y trascendentales donde todo era llano y sencillo, se han descarriado de una manera lastimosa, haciendo comparaciones y encontrando semejanzas tan descabelladas, que á mas que á otra cosa conspirarían al ridículo de la obra comentada, si no las rechazára desde luego el buen sentido por faltas de sólido apoyo y verosimilítud. Desde la vida de Miguel de Cervantes escrita por D. Gregorio Mayans en el comedio de la última centuria, hasta las anotaciones publicadas en la capital del Principado, en nuestros dias, por el señor Bastus, nada de cuanto se ha escrito sobre la historia del Ingenioso Hidalgo es en absoluto despreciable y digno del olvido. A vuelta de errores manifiestos, de equivocaciones notables, se hallan atinadas

advertencias, ilustraciones eruditas, observaciones delicadas y juiciosas, comentarios, en fin, que si nada ó muy poco enseñan al literato y al filósofo, son una preciosa guia para todo el que sin los conocimientos extensos y profundos que en aquellos deben suponerse, se entrega á la lectura del libro con algun objeto mas elevado que el del simple pasatiempo.

De cualquier manera que sea, es el caso, que cuando la materia para los comentarios parecia agotada y la ocasion distante y fuera de oportunidad, cuando el mundo inteligente habia dado su fallo sobre la obra y sobre el autor, colocando á la primera en el lugar mas preferido entre las de mero pasatiempo, y calificado al segundo del ingenio mas agradable y simpático de cuantos han alcanzado fama imperecedera, hé aquí que suena en nuestros oidos la voz de un nuevo adalid que sin temor á la arriesgada empresa y con resuelta voluntad nos anuncia un nuevo comentario al Quijote, distinto en sus fundamentos y en sus tendencias de cuantos hasta ahora produjeran

las máquinas de Guttenberg. El señor Benjumea, á quien me refiero, hace algunos meses que viene ocupando la atencion del público con el folleto que ha hecho circular bajo el título de «La Estafeta de Urganda» donde con elegante y culta frase y no débil lógica nos anuncia los «Comentarios filosóficos al Quijote» que vá á publicar próximamente. Es su trabajo interesantísimo bajo muchos aspectos, y, como ya he dicho, digno del mayor encomio: merece el aplauso de todos los amantes de las glorias literarias nacionales; pero por lo mismo que este folleto está haciendo honda impresion en los ánimos preparados para esta clase de debates; por lo mismo que el señor Benjumea no es un crítico adocenado y despreciable, no se deben dejar pasar sin correctivo los errores en que ha incidido. Hé aquí el móvil de mi trabajo. El deseo de encaminar la interpretacion del Quijote por el buen sendero, si interpretacion permite una tan sencilla produccion, es el que guia mi pluma, por una parte. El propósito tambien de elogiar todo lo bueno que la

«Estafeta» encierra, es otro de los muchos que me inclinan á dar tregua por un momento á tareas de distinto género, en que estoy empeñado, para consagrar algunas páginas á un asunto que siempre he mirado con cariñosa simpatía y no poca predileccion.

Procederé en mi «Ensayo,» pues que no otra cosa son el conjunto de estas observaciones, con entera independencia interior, y el designio mas recto. Dando comienzo por determinar la clase de comentarios que el Quijote reclamaba, examinando despues hasta qué punto los que han intentado escribirlos cumplieron con su empeño, añadiendo como remate de estas premisas mis particulares ideas sobre el Quijote y un análisis rápido de sus antecedentes morales y literarios, entraré de lleno en el estudio de la «Estafeta de Urganda», señalando todo lo que en ella merece loa y todo lo que por inaceptable debe desecharse. Puesto que se trata de un nuevo comentario me figuro que este es el método mas apropiado y conveniente.

## II.

### Los comentarios sobre el Quijote.

No han sido únicamente las obras de imaginacion y puro entretenimiento las que el espíritu investigador de la crítica, ó la acendrada y recomendable simpatía han anotado y comentado. Conócense muchas producciones rigorosamente científicas que tambien han merecido esta distincion, que, dicho sea en obsequio de la verdad, no siempre han llevado al término y á las consecuencias que se apetecian. Es mi opinion, por lo que se refiere á la primera clase de libros de las dos citadas, que los comentarios proceden siempre que el autor ha hecho uso de metáforas que encumbren ó dificultan la inteligencia de su verdadero

pensamiento, que ha dirijido alusiones mas ó menos marcadas, y que el tono general de su obra indica claramente que encierra una doctrina esotérica, una significacion fundamental y primitiva que no se alcanza con el simple análisis y estudio aislado del sentido literal. Que tambien están justificados los comentarios, cuando el tiempo transcurrido desde que se escribió el libro hace indispensable ciertas advertencias y esplicaciones, que derramando clarísima luz sobre los conceptos, al parecer oscuros, facilitan su comprension á toda clase de lectores.

En el primer caso, aunque tambien está comprendida en el segundo, se halla la «Divina Comedia» del Dante Alghieri, que sin el laborioso y eficaz trabajo de los comentadores, sería oculto tesoro é indescifrable hieroglífico para la mayor parte de los hombres. La epopeya del poeta florentino es una interminable alegoría, una pura ficcion sembrada de alusiones enigmáticas, incomprensibles, si solo nos atenemos á lo que la letra dice. Con el «Fausto» de Goethe

acontece lo propio, pues el autor ha encerrado en el magnífico cuadro de poesias que nos presenta toda la série de sus ideas cósmicas, de sus creencias filosóficas sobre el destino del hombre, su naturaleza y el fin de la actividad humana. ¿Cómo sin una clave podriamos comprender lo que significa aquel Doctor que hipoteca su alma en manos del Diablo, y se deja conducir por el funesto Mephistopheles, aquella evocacion de la antigüedad, aquel Euforion hijo de Helena y de Fausto, las Lemures, la noche sobre el Broken y la noche de Walpurgiss? Si la «Divina Comedia» es la síntesis de la Edad media teológica, el «Fausto» equivale al Evangelio del panteismo moderno, como fundadamente le ha llamado el mas profundo quizás de sus analistas. «La Divina Comedia» es la encarnacion poética de las ideas místicas del Dante; en el «Fausto» ha condensado el amigo de Bettina Brentano todas las dudas, todo el escepticismo de su época: ha pintado al hombre en sus mas satánicos instintos y bellos defectos, en sus mas insaciables y funestos ape-

titos, concluyendo por trazar un inmenso poema donde están entremezclados y revueltos como en el vórtice de la vida el bien y el mal, la potencia creadora y la eterna actividad, el elemento que todo lo destruye y el que tiende á la perdurable inercia.

En el segundo caso se podrian incluir las epopeyas griegas y romanas, «La Jerusalen Libertada,» «Las novelas de Bocaccio,» «El Poema del Cid,» el «Romancero General,» «La Araucana,» «Los Lusiadas,» y otras muchas producciones, que si bien con un solo sentido, ofrecen no obstante pasajes oscuros por la mudanza realizada, desde que se escribieron, en el lenguaje, las costumbres y las instituciones. No vacilo al consignar que el Quijote necesitaba tambien de un auxilio de este género, es decir, de notas mas bien que de comentarios, si su lectura habia de proporcionar todo el contentamiento á que daba derecho su nombre. Concebido cuando las condiciones de la sociedad española, cuyos rasgos característicos reflejaba, eran

asaz, distintas de las que alcanzamos, con frecuentes citas, tomadas del arsenal de una literatura que casi ha desaparecido; fecundo en frases, ya en desuso, el Quijote estaba reclamando los esfuerzos intelectuales de verdaderos eruditos que con buen juicio, gusto esquisito é ilustracion competente, se propusieran poner al alcance de todos el caudal de raras perfecciones que se contenian en el ameno y fácil desarrollo de esa fábula inimitable, escrita, como ya se dijo, divinamente, en una lengua divina. No de otra manera se haría completa justicia á su autor, ni por otro camino podría llegarse á la apreciacion exacta de todas las bellezas artísticas, filológicas y literarias que la obra encierra. Desde el comedio del siglo XVIII se empezó á trabajar en esta empresa.

Edmundo Gayton fué el primero que publicó un comentario, siquiera incompleto y defectuoso, del Quijote, en un libro que imprimiera en Lóndres Guillermo Hunt en 1654. Segun Pellicer este ensayo solo com-

prende las notas á la primera parte, que por cierto son difusas, y, ó están escritas con el ánimo de satirizar á escritores y personas de aquel reino, ó son alusivas á sucesos de su tiempo, habiendo mas de una contra la Iglesia Romana. Gayton no hizo mas que dar la primera azadonada en un terreno totalmente vírgen; su trabajo carece de plan y no tiene pretensiones, ni sirve el propósito requerido de la manera conveniente.

A este primer anotador siguió otro mas concienzudo, si bien falto de aquel imparcial criterio é independencia de espíritu necesarios para dejarse llevar de sentimientos que, sacados de sus razonables límites, conducen siempre á la exageracion y al desvario. En 1742 el caballero Jarvis, natural tambien de Inglaterra, despues de traducir la obra de nuestro soldado y de hacerla preceder de un estracto de la biografía que por los años de 1738 escribiera don Gregorio Mayans por encargo de Lord Carteret, ilustró el texto con notas y un erudito prólogo sobre los libros de caballerías, abriendo

así el camino á investigaciones mas ámplias y fructuosas. No ha faltado quien censure fuertemente á Jarvis, echándole en cara el haber atribuido á Cervantes intenciones que no fueron las suyas, así como el haber cometido errores patentes al pretender descubrir sus ideas morales y religiosas, y al referirse á los usos de nuestro pais; pero aun concediendo todo esto, sus esfuerzos laudables no deben menospreciarse, pues él fué el primero que con cierto aparato filosófico se ocupó del Quijote.

Bastantes años despues, por los de 1780, la Academia española publicó su magnífica edicion de tan agradable historia, al frente de la cual anunciaba una vida de Cervantes mucho mas perfecta que las varias dadas á la estampa con anterioridad, y un juicio de sus obras escrito por don Vicente Rios, con gusto, crítica y copia de observaciones, al decir del mencionado cuerpo. Por muerte de tan hábil académico, no vió la luz el exámen de las producciones, pero sí el análisis del Quijote, que en union con la bio-

grafía bastan para calificar al Rios de hombre de gusto y de no adocenada capacidad. Tiene por fin el análisis dar á conocer la estructura y el artificio de la fábula del Quijote, haciendo un juicio crítico comprobado con sus mismos pasajes. Divide Rios su trabajo en nueve artículos, en cada uno de los cuales fija su atencion sobre el Quijote desde distinto punto de vista. Partiendo de que es una epopeya escrita á semejanza de la «Iliada,» empieza juzgándola con el mismo criterio que aplicaría al análisis de un poema épico. Habla de la ficcion, de la unidad del fin, de la moralidad del propósito, de la conducta y desarrollo del plan, así como de todos los demás accidentes que caen de rigor dentro de los preceptos del arte clásico. Despues de esplicar el objeto principal á que el autor se encaminaba, ó sea á la correccion de un vicio solo, detiénese en las cualidades de la accion, que si en el libro de Cervantes están reasumidas en la locura del héroe, en el del ciego de Smirna lo están tambien en la ira ó cólera de Aquiles.

Determina en su tercer artículo diferentes concordancias, como son la de las bodas de Camacho con los juegos y certámenes de las fábulas épicas, la de la morada de D. Quijote en casa de los Duques con la detencion de Eneas en Cartago y otras que no es preciso reproducir; apreciando en el cuarto los caractéres de las personas que en la historia de aquel figuran.

El artículo quinto está destinado á tratar del mérito de la narracion quijotesca, comparándola con la de Virgilio.

El sesto á ensalzar la propiedad del estilo; el séptimo la discrecion y utilidad de la moral del Quijote, estendiéndose en consideraciones sobre la caballería andante, su orígen, desarrollo, vicios y literatura; en cuya seccion encontramos observaciones muy discretas y eruditas. En el artículo octavo contesta á los reparos puestos por algunos críticos, refutando la opinion de Mayans que atribuyó á Cervantes la idea de representar la accion de la fábula muy antigua, esto es, de los tiempos de Amadís ó de los primeros siglos del Cristianismo.

El último artículo señala los descuidos en que incurrió Cervantes; concluyendo el exámen con un plan cronológico del Quijote y con documentos que justifican lo asentado y una lista de variantes que sirve de remate á cada volúmen.

No pueden negarse á las investigaciones del señor Rios caractéres que las hacen estimables. En ellas no tan solo hace gala de un delicado ingenio, sino que se muestra guiado por una crítica profunda, cuando asigna al Quijote un fin capital, al lado de otros mas secundarios, probando la importancia del libro y encaminando al lector por el sendero de atinadas consideraciones. Hasta en las semejanzas que encuentra entre el «Quijote» y la «Iliada» ó la «Eneida» merece el señor Rios que se le considere. Si su intencion no fué otra que demostrar en qué se parecian las unas á la otra, qué puntos de contacto habia entre producciones de tan diversa índole, confesaré ingénuamente que no estimo su proceder tan descabellado como algunos lo suponen, por mas que fuese ocioso y sin ninguna utilidad

real. Siempre combatiré la opinion que atribuya á Cervantes el empeño de imitar servilmente á Homero, ó al Vate mantuano, vaciando su creacion en el modelo de las que estos escribieran; pero nunca á los que circunscriban sus hipótesis dentro del círculo en que Rios las encerrára.

Hasta ahora los comentarios ó anotaciones parece como que se divertian del objeto á que principalmente debieran encaminarse, que no era otro sino esplicar todos los pasages oscuros, todas las alusiones literarias, todas las citas históricas y eruditas del Quijote. Tan se echaba de menos este trabajo, que el P. Martin Sarmiento en su «Conjetura sobre la Insula Barataria» se espresaba en estos términos:

«Infinitas voces poco ó nada entendidas se hallan en la historia de D. Quijote. Son poquísimos los que tienen los requisitos para entender á Cervantes: por lo que toca á sus espresiones y voces, es preciso leer ántes lo que habia leido Cervantes para escribir su historia de D. Quijote. Quiso ridiculizar los libros de caballerías y no lo hi-

ciera con acierto y gracia si ántes no los hubiese leido y se hubiese familiarizado con ellos: asi usa de nombres propios, de voces caballerescas y del estilo y espresiones que idénticamente se hallan en aquellos libros y con especialidad en los cuatro libros de «Amadís de Gaula.» Y como esos libros y los que siguieron son ya muy raros y muy pocos los han leido, por eso son muy pocos los que pueden leer á D. Quijote con toda el alma que en él puso Cervantes. Por esta razon no seria mal recibido el que algun curioso se dedicase á comentar la historia de D. Quijote con notas literales. No piense en eso el que no leyese ántes á «Amadís» y á otros libros semejantes. En este caso se debe formar un glosario de las voces mas difíciles que usa Cervantes, de las voces facultativas de los libros de caballería, de las espresiones concordantes con las de «Amadis,» etc., y otras curiosidades de este género. Dirá alguno que será cosa ridícula un D. Quijote con comento: digo que mas ridícula cosa será leerle sin entenderlo.»

No habia pasado mucho tiempo desde que el M. Sarmiento consignó este deseo, cuando en parte se veia realizado. El doctor Bowle publicaba en 1781 su edicion del Quijote con un resúmen de la vida de Cervantes, y unas «Anotaciones» en las que consumió catorce años de su existencia. Acompañábalas de un índice copiosísimo de las palabras de la historia al modo del «Indix Verborum» de los autores clásicos latinos y de un catálogo de las variantes que resultan del cotejo de las primeras ediciones con otras posteriores. Bowle para salir airoso de su empresa, no tan solo estudió la lengua española, sino que tambien adquirió un copioso número de libros castellanos, así de caballería como de poesía y entretenimiento, haciendo estudios generales sobre la literatura de la Edad media. Sus anotaciones y comentarios por lo general satisfacen la necesidad enunciada por el erudito Sarmiento, pues esplican las frases oscuras, poniendo muchas al descubierto de las alusiones que contiene la historia á los libros de caballerías y romances populares.

Dos años mas tarde, en el de 1783, M. Florian, traductor francés del Quijote, publicó un juicio de los escritos de Cervantes, haciendo justicia á su mérito y derramando algunos nuevos resplandores sobre la inmortal produccion que habia de llevar su fama por todos los ámbitos de la tierra.

Desde la citada fecha hasta 1797, varios fueron los que se dedicaron con mas ó menos acierto á escribir sobre Cervantes y su obra: merecen citarse los nombres de Garcés y Capmany que se fijaron en la última, examinándola bajo el punto de vista de la gramática y de la elocuencia.

En 1797 aparecieron los «Comentarios» del erudito Pellicer, que debian realizar un nuevo progreso sobre los de Bowle. Empieza Pellicer con un discurso preliminar en que se ocupa del texto de la historia, y de sus variantes: dá en seguida el programa de sus notas que son ya históricas, ya literarias, ora morales, ora filológicas. Con ellas, segun su opinion, se confirman y

aclaran algunos sucesos verdaderos, que se refieren en tan ingeniosa novela: se dá noticia de los autores y libros que en ella se citan: se descubren las fuentes de donde el autor tomó algunos casos y aventuras, aunque mejorándolos con la amenidad de su imaginacion fecunda: se manifiestan las alusiones con que en general se satirizan las costumbres y las que se hacen á los libros de Caballerías: se contestan y apoyan los usos y costumbres de nuestra nacion: se esplican algunas espresiones y palabras oscuras, y tal vez se reflexiona sobre alguna doctrina del autor.

En esta parte de su discurso Pellicer aprecia los trabajos de sus antecesores, confesando que ha seguido á Bowle en muchos casos, mientras niega la existencia del «Buscapié» así como la de toda doctrina esotérica.

Entra despues en mayores profundidades; habla de la accion, de la duracion, del fin y de la imitacion de la fábula del D. Quijote, siguiendo á menudo las ideas de Rios; pero cuando se trata de adivinar, porque

esta es la frase, á quién ha imitado Cervantes, se aparta de su plan y se esfuerza en probar que no es á Homero, sino á Lucio Apuleyo en su «Asno de Oro» á quien nuestro ingénio tuvo por modelo. Hasta en las condiciones personales y morales de los respectivos autores halla Pellicer semejanza y analogía, pues si Cervantes fué pobre, tambien lo fué Apuleyo hasta que se casó con una vieja rica; si Cervantes fué de ingénio vivo, agudo, inventor y festivo, tambien Apuleyo reunía en sí estas cualidades. Por lo que toca á las obras, Pellicer encuentra una perfecta similitud entre ámbas. La de Apuleyo trata de metamórfosis ó transformaciones, en las que por arte de encantamento se convierte el mismo autor en asno, y en virtud de otro encantamento recobra su primitiva naturaleza y figura. La de Cervantes abunda tambien en encantamentos y transformaciones: en ella las labriegas se convierten en princesas, los rústicos en gobernadores, los molinos de viento en gigantes, las bacias de los barberos en yelmos militares, los rebaños de carne-

ros en ejércitos, las lagunas de Ruidera en dueñas, el rio Guadiana en un escudero, y con alusion á estas y otras metamórfosis se llamó á sí mismo Cervantes «Ovidio Español.»

Basta para que se forme una idea de los errores que puede traer consigo la manía de aparentar originalidad y mayores alcances en una materia tan discutida y manoseada, tan clara y tan llana. Mas feliz en su biografía de Cervantes y en sus notas al Quijote, consiguió reunir un caudal de noticias, fuente inagotable á donde recurririan todos los que despues de él se ocupáran de un asunto que habia tratado con gran erudicion, si no con la crítica que fuera de esperar de sus conocimientos. Debemos agradecer además á este comentador una descripcion geográfico-histórica sobre los viages de D. Quijote, y una série de documentos de suma utilidad para conocer las distintas peripecias de la vida de Cervantes. Las anotaciones son buenas bajo el punto de vista literario.

Los graves sucesos que desde el principio del siglo conmovian el edificio social, parece como que fueron parte para que los críticos dejáran descansar la asendereada produccion de nuestro compatricio, puesto que hasta 1819, en que don Martin Fernandez de Navarrete escribió la vida de Cervantes, ilustrándola con noticias y documentos inéditos pertenecientes á la historia literaria de su tiempo, parece no se volvió, si bien incidentalmente, á decir por medio de la imprenta nada notable sobre el Quijote.

Dejaré á un lado los trabajos de Navarrete, que para mi intento no envuelven gran interés, fijándome en los «Comentarios de don Diego Clemencin» dados á la estampa por vez primera en 1833.

Separándose este ilustrado escritor del sistema seguido por sus predecesores, se empeña en restablecer el verdadero sentido y significacion del Quijote, encaminado principalmente á destruir las falsas y exageradas ideas de honor y de justicia acogi-

das por los autores de libros de caballerías, haciendo nacer el pensamiento de la obra del deseo de ver olvidada una literatura que tanto estaba perjudicando al adelantamiento intelectual de la pátria y á las costumbres. Dá comienzo á su trabajo con un estenso prólogo en que ámpliamente desenvuelve la intencion que le anima en su empresa, estableciendo la filiacion literaria del Quijote, su eficacia moral, sus servicios al buen decir y al buen gusto, asi como el criterio con que debia examinársele. Hablando de las contrarias opiniones de que habia sido blanco el Quijote, se espresa así: «Autorcillos obscuros y poco estimables se atrevieron en estos últimos tiempos á despreciar lo que no merecian entender: imprimieron dentro y fuera del reino observaciones y críticas contra el «Quijote»; pero la opinion y consentimiento universal los ha reducido al silencio y sepultado en el olvido; y el «Quijote» ha quedado en posicion del crédito y aceptacion que le corresponde, como al libro mas original que ha producido la literatura moderna. Bueno será

examinarlo menudamente, y hacer, digámoslo así, anatomía de obra tan singular y reducir á su debido valor las hipérboles y ciega admiracion de los unos, y las recriminaciones y censuras de los otros. Esto es lo que se ha procurado hacer en el presente comentario, notando con imparcialidad los rasgos admirables y las imperfecciones, el artificio de la fábula, y las negligencias del autor, las bellezas y los defectos que suele ofrecer mezcladas el «Ingenioso Hidalgo.»

A este exámen añadió Clemencin una série de observaciones, ya sobre la parte filológica de la produccion, ya sobre las citas históricas que contiene, ó las alusiones ó sucesos referidos en las crónicas caballerescas y poesías legendarias entonces tan en boga. Sus notas aventajan en mucho á las de Bowle y Pellicer, justificando mayor erudicion que ambos, mas diligencia en averiguar las referencias de las alusiones, y una crítica delicada y sensata, todo lo que conspira á hacer su comento muy agradable y provechoso. En tésis general yo no hallo que reprocharle, pues no obstante las

advertencias del señor Hartzenbusch, que estimo en lo que valen, sigo creyendo que á pesar de sus ligeros errores, el exámen de Clemencin es el mas concienzudo, filosófico, atinado y útil de cuantos hasta entonces se conocian. Apártome de sus juicios en mas de un caso; pero como esta disparidad de opiniones se refiere á puntos casi siempre secundarios, y no á su manera general de considerar la obra de Cervantes, he formado la conviccion de que prestó un señalado servicio á la literatura y al pais, entregándose con ardor y constancia á un estudio y trabajo tan ingrato y tan poco apreciado por la generalidad de los lectores.

Clemencin fué el primer comentador que examinó el «Quijote,» sin pasion de ningun género, y el primero tambien que en mi sentir llegó al objeto que se propusiera. Lo mismo Bowle que Rios y Pellicer se equivocaron al analizarle, pues llevados de una ciega admiracion, pretendieron sacar sus perfecciones del límite en que las encerrára el génio inmortal de Cervantes.

No hay en Clemencin ni ojeriza ni encariñamiento, ni nada mas que un espíritu de imparcialidad y de justicia muy recomendable; no se advierte en él ese prurito de sistematizar la crítica, convirtiéndola en un lecho de Procusto, donde forzosamente han de encajar todos los pasages que son objeto de ella, ni tampoco las pretensiones que denunciaron los dos autores últimamente citados. Su comentario es sencillo, seguido, bastante ámplio y tal como lo exige un libro de la índole del «Quijote.»

No se habia agotado, sin embargo, la materia, que tampoco está agotada hoy. La crítica, sin sacarla del círculo en que se la debe circunscribir, ha hecho grandes progresos y dispone de nuevos elementos. A beneficio de los unos y con la ayuda de los otros puede añadir mayores ilustraciones á la obra.

Casi al mismo tiempo que Clemencin, publicaba en Barcelona D. Vicente J. Bastus y Carrera sus anotaciones al «Quijote.» Ciñéndose por completo á la parte literaria,

el escritor catalan se propuso poner al alcance del público las instituciones, las costumbres, los usos, hasta el idioma de la caballería andantesca, valiéndose para ello de todas las ocasiones que el Quijote le proporcionaba. Como se vé, esta era una nueva evolucion del comentario, que no puede desecharse ni calificarse de impertinente ni de ociosa. En el desarrollo de su trabajo se encuentran abundantes noticias sobre el conjunto de las instituciones de la Edad media, sobre los torneos, justas y demás ceremonias por entonces en universal aceptacion. Tambien se hallan esplicadas las obligaciones, usos y costumbres de los paladines, los varios grados por que solian pasar antes de ser armados caballeros; descríbese el magestuoso é imponente aparato de las batallas á «todo trance» y hasta morir, de los carroseles y demás «pasatiempos» en que hacian alarde los caballeros en presencia de sus damas, de su valor, de su agilidad y de su pasion amorosa.

Tan detallado es el estudio que hace el señor Bastus, que llega hasta reproducir

el estraño y poco conocido código de jurisprudencia que se redactó en aquellos tiempos y que estuvo en vigor para régimen de las «Córtes de amor,» citando algunos autos, sentencias y «arrestos» pronunciados con arreglo al mismo. Son muy curiosas las descripciones que hace de casi todas las armas y demás piezas de la armadura antigua, determinando el uso á que cada una se destinaba. Por lo tocante á la parte bibliográfica y á las referencias á la literatura caballeresca, somos deudores al señor Bastus de datos curiosísimos. Describiendo las fuentes de donde Cervantes tomó la idea para arreglar muchas de las aventuras del Quijote, y anotando por último todos los pasajes ó modismos que por circunstancias especiales exigian esplicacion, el señor Bastus ha hecho mucho en favor de la obra, contribuyendo á que se justifique el alto aprecio en que la tiene el mundo civilizado. Trabajo tan ímprobo, supone conocimientos generales que no se adquieren sino á costa de muchas vigilias; y aunque el citado anotador encontraba ante sí

un camino ya frecuentado, no por eso su propósito de poner de manifiesto los antecedentes morales y materiales del «Quijote» en la escala que lo hiciera, es de menos mérito que si hubiera emprendido un trabajo antes no intentado. La mejor manera de apreciar bien la significacion y la importancia del «Quijote» es hacerse cargo de lo que fué la Edad media, y de lo que era la literatura caballeresca en el ciclo de Cervantes, lo cual no es difícil de conseguir leyendo con detenimiento al señor Bastus. Entonces se alcanzará al mas limitado todo lo ridículo de las intenciones atribuidas á Cervantes por Jarvis, Defoe, Bowle y algunos otros, adquiriéndose el convencimiento de que su idea no fué otra que escribir un libro donde se ridiculizáran los restos aun existentes de la caballería andante, dando al traste con los libros que tendian á enaltecerla y popularizarla.

Viardot en su traduccion francesa del Quijote con notas tomadas de otros autores, Bouterweck y Ticknor en su «Historia de la literatura española», Sismondi en su «Li-

teratura del Mediodia de Europa,» Federico Slegel en la «Historia de la literatura antigua y moderna,» César Cantú en su «Historia Universal,» Hartzenbusch en sus «Observaciones al Comentario del señor Clemencin,» Arrieta en su edicion del «Quijote,» Salvá, Quintana, Martinez del Romero, Gil de Zárate, Blair y su traductor, Gioberti, Castro, Puibusque, y otros muchos se han ocupado tambien del Quijote, pero sus trabajos son de importancia secundaria por su concision, ó se limitan á producir un juicio general sobre la obra. Gracias, sin embargo, á todos ellos, habiamos llegado á tener una idea bastante completa y apropíada del «Quijote,» de sus fines y resultados en el órden literario y moral, toda vez que la crítica, elevándose á las regiones de la filosofía, habia ensanchado la órbita á que se estendiera la actividad de la obra, sin olvidar por completo los linderos en que plugo á Cervantes encerrarla.

Asi es como Sismonde de Sismondi dice que en ninguna obra de cuantas se han escrito en todas las lenguas, ha sido la sátira

mas fina y agradable al mismo tiempo, ni tampoco desenvuelta con mas talento. Cree el literato francés que en este libro es donde se vé claramente la contraposicion burlesca entre la gravedad, la nobleza del lenguaje y de las maneras de D. Quijote y la grosera ignorancia de Sancho; siendo Cervantes el único que tiene la gloria de sostener al propio tiempo el interés y el donaire, y de reunir la jovialidad que nace del tejido de las aventuras á la jovialidad del talento, que se desenvuelve en la pintura de los caractéres. Tambien afirma el que la creacion fundamental de D. Quijote estriba en el sostenido contraste entre el génio de la poesia y el de la prosa. Segun Sismondi, la imaginacion, la sensibilidad, todas las cualidades nobles y generosas conspiran á exaltar el ánimo del héroe. Los hombres de un alma elevada se proponen en la vida ser los defensores de los débiles, el apoyo de los oprimidos, los campeones de la justicia y de la inocencia: como Don Quijote, encuentran en todas partes la imágen de las virtudes, á las cuales dan culto,

creen que el desprendimiento, la nobleza, el valor, y finalmente, la caballeria andante reinan aun: y sin calcular sus fuerzas, se comprometen y esponen por hombres ingratos, y se sacrifican á las leyes y á los principios de un órden imaginario. Este ejercicio contínuo del heroismo y estas ilusiones de la virtud, son lo mas grande y sensible que nos presenta la historia del género humano y el objeto de la poesia elevada, que no es mas que el culto de los sentimientos generosos. Pero el mismo carácter que es admirable considerado desde un punto elevado, es risible visto desde la pequeñez de la tierra, porque siempre excitan vivamente la risa los errores; y el que en todas partes halla heroismo y caballerosidad, debe engañarse á cada paso; y además porque es la viveza de los contrastes, despues del error, el mas poderoso medio de excitar la risa, y porque nada hay que haga mas contraposicion que la poesia y la prosa, la imaginacion romancesca y los pormenores mas triviales de la vida, el heroismo y el hambre del héroe, el palacio

de Armida y una venta, las princesas encantadas y Maritornes.

Como se vé, Sismondi levanta el sentido del Quijote á una elevada esfera, conviniendo en que la idea fundamental de la obra es profundamente triste. Cervantes ha presentado, en cierto modo, dice, la vanidad de la grandeza del alma, y la ilusion del heroismo, pintándonos en el D. Quijote un hombre virtuoso, y que á pesar de esto, es el constante objeto del ridículo: valiente como los mas bravos guerreros que la historia nos ofrece, arrostra, sin pensar nunca en la desproporcion de sus fuerzas, los mas grandes peligros, ya estén en el órden de la naturaleza, ya sean sobrenaturales; no permitiéndole la lealtad de su corazon la mas leve duda sobre el cumplimiento de sus promesas, ni la mas lijera separacion de la verdad. Desinteresado como valiente, combate siempre por la gloria y por la virtud; y si anhela apoderarse de los reinos que se finje en su imaginacion, muévelo únicamente el deseo de hacer feliz á su escudero Sancho Panza.

Por muy halagüeña que sea para nosotros esta manera de ver las cosas, se me figura que Sismondi se equivoca si atribuye implícitamente á Cervantes otros fines que los que consignó de un modo terminante en el prólogo de su «simple y sencilla historia,» diciendo que toda ella no era mas que una inventiva contra los libros de caballerías, encaminada á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenian, derribando la máquina mal fundada de aquellas producciones aborrecidas de tantos, y alabadas de muchos mas. Cervantes reunió al efecto en D. Quijote todas las locuras y desvarios, todas las hazañas de los andantes caballeros, ridiculizándolas con la chispa que solo él ha demostrado, dando cifradas en Sancho Panza todas las gracias escuderiles que en la caterva de los «libros vanos» de caballerias estaban esparcidas. Por esto añadió que no necesitaba comentarios, ni citacion de autores, ni alardes de indigesta erudicion, ni mezcla de lo divino con lo humano, ni nada mas que palabras significantes, honestas y bien colocadas, en

sonoros y festivos períodos, y el aprovechamiento de la imitacion, que cuanto mas perfecta fuera mejor sería para el propósito. Esta y no otra fué su intencion, por mas que al encerrar su pensamiento en el marco de la palabra escrita, trajese consigo una eficacia mas filosófica y trascendental. Es posible que de la contemplacion atentísima del «Quijote» se deduzca la existencia de esa lucha entre la poesia y la prosa de la vida humana; pero aun siendo esto así, no puede atribuirse á Cervantes la idea de dar á su libro tales proporciones. Ese combate bajo multiformes aspectos aparece en todas las edades del mundo, no constituia un defecto caracterísco de la época de Cervantes, y es bien sabido que este se propuso censurar hasta destruirlo un vicio tangible, patente, infiltrado entonces en la sociedad de un modo profundo, no obstante las fuertes y constantes censuras de filósofos y de moralistas. Esa trascendencia indeterminada, esos alcances misteriosos, esa segunda actividad que encierran ciertas obras, son el privilegio del génio, que sin darse cuenta

de lo que *hace, consigna lecciones* y modelos de enseñanza universal para todas las generaciones. Que del «Quijote» puede sacarse la consecuencia de que el heroismo mal entendido no solamente perjudica al que lo alimenta, resolviéndole á sacrificarse por los demás, sino que tambien es peligroso para la sociedad, cuyo espíritu é instituciones contraría, introduciendo en ella la discordia, segun quiere Sismondi, no nos parece desacertado; pero nunca que la idea primitiva de Cervantes sea el contraste entre el mundo heróico y el mundo vulgar, la burla del entusiasmo, sino el deseo «de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», frases con que termina y cierra su obra como para quitar á cuantos se atreviesen á poner la mano sobre ella en lo sucesivo, el propósito siquiera insostenible, de atribuirle otro empeño que no fuera el señalado de una manera tan terminante.

César Cantú participando hasta cierto

punto de las opiniones de Sismondi cree que el D. Quijote no es una novela moderna que analiza, sino que ofrece dos tipos simbólicos como se acostumbraba en la Edad media: el alma que se empeña en generosos lances, y el cuerpo que se pone á cubierto de ellos: el contraste de la virtud y de la locura, que inspira mas que risa compasion, por lo que el libro en su conjunto es melancólico y revela cuán cerca está lo sublime de lo ridículo, ofreciendo sin piedad el desengaño de esos sueños que son, no obstante, la vida de la juventud y á veces el móvil de verdaderas virtudes, de generosos impulsos, siquiera sean imprudentes. Es, en fin, la oposicion entre la materia, egoista de suyo, y el espíritu que se lanza á toda especie de sacrificios. El Quijote, segun Cantú, durará tanto como las alucinaciones heróicas y el buen sentido egoista; tanto como los dorados delirios de los utopistas y los obstáculos que embarazan un mundo en el cual cada dia que pasa nos arrebata una ilusion.

Viardot halló dos propósitos capitales en

el Quijote. En la primera parte Cervantes se ciñó á mofarse y soterrar la literatnra caballeresca; pero despues traspasa á los «hijos de su entendimiento,» su tino, su agudeza, repartiéndolos uno y otra con peso y medida. Infunde al amo el despejo encumbrado y abarcador que pueden acarrear á unos alcances atinados el estudio y el raciocinio; y al criado el instinto escaso, pero muy certero, la sensatéz innata y la rectitud, cuando no la tuerce el interés, que cabe á todo hombre al nacer. El destemple de D. Quijote se encajona en una sola casilla de su celebro y su manía es el disparo de un varon honrado á quien la sinrazon lastima y la virtud arrebata. Entonces se entabla un espectáculo asombroso: pues se están viendo aquellos individuos, amo y escudero, tan inseparables en el alma como en el cuerpo, como se acabalan mútuamente; hermanados con un intento pundonoroso y disparatado al mismo tiempo, obrando á lo insensato y hablando á lo cuerdo, espuestos al escarnio y tal vez á la irracionalidad de las gentes y sacando á

luz achaques y desatinos de sus atropelladores; labrando, por fin, con aquella contraposicion incesante de entrambos entre sí y con todos los demás el campo inalterable de una comedia inmensa y siempre nueva. Es el «Quijote» un libro de filosofía práctica, un tesoro de máximas ó mas bien de parábolas, una crítica atinada y suave de la humanidad entera. Si el Quijote fuese sátira meramente literaria, continúa Viardot, debia quedar descabalado. Cervantes lo siguió con el ánimo que él le ha innegablemente atribuido, así que las dos mitades de la obra están ofreciendo un fenómeno sin par en literatura y es una segunda parte, ideada á solas, y que no solo se empareja, sino que sobrepuja á la primera, pues su intento fundamental es mas grandioso y fecundo; y luego la obra trasciende á todos los tiempos y paises, habla á la humanidad en su idioma universal, y por fin es la que mas encumbra aquella prenda tan acendrada y sin par de la especie humana, el tino tan escaso; la sensatez tan preciosa, que se aventaja en todo.

Á semejanza de estos críticos opinan otros cuyos juicios no reproduzco por no estenderme demasiado. Lo que he dicho juzgando á Sismondi, puede aplicarse en la medida conveniente á Cantú y Viardot.

## III.

### Antecedentes morales y literarios del Quijote.

El fin primordial que Cervantes se propusiera al escribir el «Quijote,» fué, como ya se ha afirmado, la censura de los libros de caballerías, por mas que entre las chistosas escenas de su obra se encuentren los asomos de una crítica filosófica, suave y atinada de la humanidad entera en sus vicios mas constantes y prominentes. Por lo que al primer estremo respecta, Cervantes no tan solo influyó de una manera decisiva en la esfera del arte, sino que su leccion, trasponiendo los límites de la literatura, fué á influir ventajosamente en las costumbres. Si por una parte entregaba al ridículo mas completo el fárrago de crónicas caballerescas que llenaba de maleza el cam-

po literario, por el otro combatia abusos de la misma índole que por aquel entonces parecian ser la cohorte obligada de todo género de producciones. La mania enfadosa de las citas, el prurito de la indigesta é inoportuna erudicion, el mal gusto en la eleccion del argumento y en el manejo del habla, las exageraciones conceptuosas y ampulosidades de los escritores, todos estos defectos á vueltas de otros muchos fueron enérgicamente castigados por la musa festiva, pero severa, de Cervantes.

Sin salir de este órden de ideas se hallan en el «Quijote» grandes motivos de alabanza. ¿Quién antes que Cervantes habia ofrecido modelos tan perfectos de construccion gramatical? Quién proclamado tan alto los eternos principios del buen gusto, las reglas de la sana y reposada crítica? ¿En qué autor que no sea Cervantes se contempla la lengua castellana desenvuelta con mas elegantes y varios giros, con mas nervio, precision y lozanía? ¿Dónde buscará el ánimo melancólico mayor gracejo, mas agradable pasatiempo, mas inofensivo cau-

dal de chistes, mayor número de máximas utilísimas lo mismo para la conducta privada que para la social? Con harto fundamento Saint Evremont recomendaba la lectura del «Quijote» para desterrar la pena, pues estimaba que por grande que fuera la afliccion, la delicadeza, la finura de su ridículo, encaminaría al apenado insensiblemente á la alegría.

Pero al mismo tiempo que Cervantes entregaba al brazo secular de un ama de gobierno la literatura ficticia, manifestacion en el órden literario de la ya moribunda caballería andante, asestaba sus tiros contra la institucion misma. Ridiculizando con su sátira incisiva, con el aticismo de su decir los delirios de los paladines, reducia á sus límites naturales la influencia de los hombres fuertes en el conocimiento y direccion de los negocios propios y agenos. Cervantes levantaba al derecho, hijo de la justicia absoluta y hermano de la razon, sobre el derecho emanado de la fuerza, de la costumbre, ó de las combinaciones pasageras de la ca-

sualidad. Él fué quien habló el lenguaje de la verdad práctica, allí donde aun se soñaba con utópicas aspiraciones y donde se reverenciaban tipos ideales y sentimientos ficticios que no tenian existencia positiva en la vida real. Él hizo ver todo lo absurdo de las empresas andantescas impropias de la edad que alcanzaba, por mas que se hubiese introducido en ella, vistiéndose á la moderna; concluyendo por fijar el verdadero sentido de aquellas nociones de dignidad, honor y abnegacion que la Edad media habia recibido de los pueblos septentrionales en su conversion al cristianismo. Bajo este punto de vista su obra es de trascendentales alcances. Hay en el empeño de Cervantes, en esas ráfagas de intuicion que iluminan su frente cuando se hace eco de aspiraciones que su siglo solo presentía, un propósito tan grande como nobilísimo. Recordando el desconcierto intelectual y social de su época, los múltiples y contrarios accidentes de su vida, la avasalladora influencia que las costumbres y las preocupaciones ejercen sobre el ánimo del que escribe,

se alcanza, si no se comprende cual debiera, el temple de aquella viril voluntad que sabia desligarse, prescindir y sobreponerse á tantos obstáculos y contrariedades, cuando ya el peso de los años y del infortunio debian haber abatido la antes erguida frente.

Pero no basta el raciocinio, es preciso conocer, aunque no sea mas que en sus rasgos principales, lo que era la caballería andante y con especialidad su literatura. Es necesario estar al cabo de los males que ámbas habian traido á la sociedad, para deducir de aquí el valor que debe atribuirse al servicio prestado por nuestro ingenio.

## I.

### LA CABALLERIA ANDANTE.

Mucho se ha escrito sobre el orígen de la caballería aunque son muy contados los libros destinados á tratar de ella de una ma-

nera esclusiva. Mientras unos buscan su orígen en las civilizaciones primitivas, creyendo que no es un hecho aislado en la historia de la humanidad, otros la hacen derivar de los pueblos del Norte que invadieron las Galias, pero mas directamente de los Germanos. Sin ceñirme en este momento á ninguno de estos dos sistemas y notando tambien que aun existe quien asigna un tercer orígen á la caballería, es lo cierto que esta no se ofrece á nuestro estudio como un acontecimiento real, como una institucion que se desenvuelve rápidamente en el tiempo y en el espacio, hasta tanto que las nacionalidades que habitaban entre el Rhin y el Ebro empezaron á consolidarse, adquiriendo aquel sello particular que en ellas imprimió el espíritu de la religion cristiana. Las costumbres de estos pueblos, su manera de vivir, el alto aprecio en que tenian á la mujer; mas tarde el feudalismo, los juicios de Dios, los torneos, las espediciones á la Tierra Santa, la legislacion escrita, las cortes de amor, el carácter de la poesía, dieron cuerpo á la caballería andan-

te, que si en su orígen no podia ser mas provechosa, en su ocaso fué manantial cierto de males para el derecho, las costumbres y el órden público.

Efectivamente, en los primeros tiempos se ve á la caballería ejercer una mision nobilísima. Ella es la que en los combates introduce ciertas prácticas humanas hasta entonces desconocidas, la que ampara á los débiles contra los desafueros de la injusticia, y la que influye en los hábitos de los bárbaros modificando su natural rudeza. La religion cristiana era la primera que se servia del elemento caballeresco para operar en las sociedades la revolucion que habia partido desde las cumbres del Calvario. No tan solo recomendaba á los paladines las ideas de hidalguía, honor, liberalidad, abnegacion y rectitud tan acomodadas á su doctrina, sino que terminantemente se las imponia, pues en el concilio de Clermont celebrado en 1025, la Iglesia, por boca de sus obispos, obligó á todo noble mayor de doce años á jurar ante el de su diócesis, la

observancia de ciertas reglas sin las que no podian ejercer la caballería. Consistian estas en defender á los débiles, proteger á las viudas, á los huérfanos, á las mujeres casadas y solteras, y á los viajeros.

En los primeros monumentos literarios de los pueblos europeos se hallan los primitivos rastros de los sentimientos caballerescos en contraposicion á los heróicos. En la epopeya de las «Niebelungens» distintamente se percibe la transicion de la época puramente heróica á la caballeresca. Hay en ella mucho de bárbaro, indómito, propio de la fisonomía especial de aquellos fieros helenos que se reproducen en los escitas y sicambros, en los hunos y germanos. La muger no ha ocupado todavía el puesto que la corresponde; permanece alejada del estadio de la lucha, y cuando en él se persona no neutraliza la instintiva y funesta crueldad de los varones, sino que por el contrario la fomenta con la exaltacion que en ellos produce su presencia. Sin embargo, al lado de este aspecto que mira á lo antiguo, se ofrece el aspecto que ya perte-

nece al nuevo período: sobre el fondo pagano y nómade se ha estendido posteriormente como una tinta mas moderna y puramente caballeresca. En las poesias primitivas islandesas, en el «Romancero del Cid» y en otras epopeyas se advierte esta misma modificacion.

La época brillante de la caballería corresponde á los siglos en que la Europa se propuso domeñar la cerviz del islamismo. Las cruzadas están llenas de rasgos caballerescos que inspiraron á célebres poetas sus mas bellos cantos. En ese período el culto de la muger se convierte en una adoracion que tiene por resultado el que el elemento femenino venga á influir de una manera muy ventajosa en las costumbres. Nada entonces tan sublime como la profesion caballeresca. El paladin combate por su Dios y por su dama, por su religion y por su amor que nada tiene de sensual y materialista. Su abnegacion raya en los límites de lo increible, su genorosidad es estremada, su vida entera una consagracion

voluntaria en aras de las ideas mas nobles y generosas. Es tanta su bondad que la Iglesia no se limita á patrocinar á la caballería, sino que la fomenta, creando caballeros ó armándose ella misma con sus arreos y sus armas, como sucedió en 1193, en cuyo año Alberto de Apildens, canónigo de Brema, habiendo sido nombrado obispo de Fitlandia, con el fin de poder subyugar á sus revoltosos feligreses instituyó la órden de los «Caballeros de la Espada», los cuales protegidos por el Papa, consiguieron domeñarlos.

Andando el tiempo la caballería se transforma. Cáese en las exageraciones, y lo que en un principio fué un hecho providencial, un paso dado en la grande obra de la redencion del mundo, se convierte en un manantial de abusos á cual mas perniciosos y censurables. Los caballeros no obedecen mas que á su capricho. No hay para ellos ninguna ley divina ni humana que los contenga; el amor casto á la muger ha degenerado hasta convertirse en un galanteo

ciego y desatinado; cada cual se constituyó juez en la causa propia y en la agena; las imaginaciones se exaltaron; las aventuras fueron cada vez mas disparatadas y sangrientas; y el conjunto de la institucion por momentos salía de los límites de la razon para engolfarse en los del desafuero y la locura. Entonces tuvieron lugar los pasos honrosos en que los caballeros peleaban á todo trance y hasta la muerte, solo por el mero gusto de hacer confesar á sus rivales la hermosura sin ejemplo de sus damas; entonces se conocieron aquellas empresas ridículas y bárbaras, contrarias á la dignidad del hombre, en que los galanes hacian los mas ridículos votos; en ese período, por último, fué cuando se insultó á la moral, á la piedad y a la justicia con los desafueros y desmanes cometidos por los caballeros. Mientras un trovador caballero se arranca las uñas por complacer á su dama, los «Galois,» místicos amorosos de la Edad media, pretenden demostrar que el amor triunfaba de las estaciones y de los elementos, y al efecto se les vé en verano en torno de

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

abrasadoras hogueras y en invierno muriendo desnudos al pie de sus damas.

Suero de Quiñones combate en el Puente de Orbigo con muchos caballeros por sublimar las prendas de la señora de sus pensamientos.

Ulrico de Lichtenstein herido en un dedo en un torneo en que entró por ser agradable á su dama, como esta pusiera en duda el suceso, aquel se corta el dedo y se lo envia para su satisfaccion.

Galeas de Mántua baila con Juana de Nápoles y agradecido á tamaño favor hácese caballero errante y no para hasta cautivar á otros dos caballeros que deposita á los pies de la reina.

El duque de Borbon propone un combate á todo trance y á muerte, como decia el cartel, para entretener la ociosidad y en honor de las damas.

Juan Verchin, caballero flamenco, hizo saber que se batiría con seis caballeros, uno despues de otro, á todo trance y hasta morir, con espada, lanza y maza de armas, mediante la ayuda de Dios y de la señora de sus pensamientos.

Juan de Merlo, Gutierre Quixada y otros muchos caballeros de los tiempos de D. Juan II, salieron de España en busca de aventuras peligrosas, promoviendo duelos y combates en que arriesgaban inútilmente la existencia.

En el duelo entre treinta ingleses y treinta bretones que tuvo lugar entre Ploermel y Joselin en 1351, Brembo hirió á Beaumoir, dejándolo morir con una sed abrasadora.

Pedro Vidal, trovador del siglo XII, se volvió loco con motivo de la caballeria andante, pasó á Palestina, de allí á Chipre, donde se tituló Emperador y estuvo siendo el juguete de las gentes hasta que murió en 1229.

Delante de Enrique II, en un castillo de San Germain en Laye, tiene lugar un duelo entre dos señores de su corte, Jarnac y La Chataigneraie, duelo que habia motivado una indiscrecion del mismo rey siendo Delfin. Este lance, que pudo evitar fácilmente, está lleno de pormenores horribles. Pero no debe estrañarse la conducta de Enrique II: algun tiempo despues él mismo perderia la

existencia en un torneo á manos del señor de Montmorency. Nostradamus habia salido adelante en su profecia.

El Conde de Salisburry hace voto, cuando con Enrique III se propuso conquistar la Francia, de no abrir el ojo que su dama le cerrara hasta que volviera victorioso despues de haber puesto fuego á muchos pueblos, mientras que la misma reina tambien se obliga á no parir el fruto que lleva en sus entrañas hasta encontrarse en tierra de Francia, comprometiéndose á darle muerte con un cuchillo si el parto aconteciera ántes.

La biblioteca Mazarina conserva un ejemplar de la antigua crónica de Enrique de Outreman, donde se contiene la descripcion de un duelo judiciario que tuvo lugar en Valenciennes en 1454; á presencia del Duque de Brabante. Es la escena mas terrible y repugnante que puede presenciarse. Despues de estar por tierra Mahuot, su adversario Jacotin no solo le cegó los ojos con puñados de arena y procuró ahogarle introduciéndosela tambien en la boca, sino que le arrancó á bocados las orejas, ha-

ciéndole pedazos los brazos y sacándole, por último, los ojos. Estos detalles monstruosos que se sucedieron durante algunas horas, eran presenciados por las autoridades y el citado Duque que intentó sin fruto poner término á una tan bárbara escena. Las leyes de la caballería impedian que los magistrados intervinieran en la querella como aconsejaban la humanidad y la religion.

En la asamblea de Beaucaire un caballero para hacer gala de liberalidad, quema sus diez mejores caballos y otro intenta sembrar un campo con monedas de oro.

Todos se creen autorizados para hacer proezas y locuras, los caballeros se multiplican, pues son armados á centenares en fiestas, batallas y torneos: todas las clases sociales quieren tambien tener su milicia, y hasta las monjas de Santa Gertrudis en Brabante despues del noviciado se hacen armar con el título de «equitisæ.» Ya se comprende que estos escesos habian de acelerar la decadencia de la caballería. Los gobiernos empezaron á combatirla y la

Iglesia dió el primer paso en contra de ella, condenando los torneos y los demás pasatiempos de este jaez por bula de Inocencio III. Tambien el obispo de Weischman en 1175 lanzó excomunion sobre los que asistieron á un torneo celebrado en Saxe, donde murieron diez y seis individuos. Los adelantamientos politicos, la consolidacion del poder monárquico que domeñaba al feudalismo, la invencion de la pólvora y el establecimiento de los ejércitos permanentes, fueron otros tantos ataques contra una institucion que tanto influjo tuvo en la Edad media. Bien puede decirse que el dia que se tiró el primer cañonazo espiró la caballería, á pesar de haber estado infestando á la Europa con sus miasmas durante un largo período.

## II.

### LA LITERATURA CABALLERESCA.

A los tres períodos que hemos determinado en la caballería, corresponden en la literatura tres séries de producciones, incluidas por los eruditos en tres ciclos distintos.

Ciclo carolingio. (1) En este período

(1) Bien podria establecerse un ciclo anterior al de Carlomagno, encerrando en él las composiciones que se refieren á Attila. Ocupándose de «Los Niebelungens» y del «Libro de los Héroes,» Cantú se espresa así:

«Attila es el héroe de otros poemas. Uno en latin fue publicado por Fischer en 1780, que lo cree del siglo VI, mientras otros lo colocan en el VIII; excepto el nombre, todo lo demás es novelesco. Existe en Módena uno en francés, que fué impreso en Italiano por Rossi; Ferrara, 1768. Véase á Weber, *Ilustrations of Northern Antiquities*, 1814. En el *Chronicon Novaliciense*, publicado por Muratori, se leen algunos fragmentos de un poema cuyo argumento son las hazañas de Walter de Aquitania. Habiéndose originado una disputa para la sucesion á la Baviera, se sacó de un monasterio bávaro un manuscrito del siglo XIII, que fue remitido al hijo del docto Mosheim, el cual halló que contenia, además de otras cosas, el poema de *Walthárius*, al que le falta el final. Así lo publicó Fr. Chr. Ficher en Leipsic en 1780, con una disertacion erudita, que sin em-

debemos comprender, ante todo, aquellos primeros cantos de los pueblos septentrionales en que se narraban las hazañas de sus héroes y las peripecias de las guerras con sus enemigos. «Los Niebelungens» por una parte, por la otra las tradiciones de los lombardos y ostrogodos, incluidas en el «Li-

---

bargo no corregia siempre las faltas del texto: doce años despues imprimió el final, descubierto en Carlsruhe por Federico Molter, que habia traducido aquel poema latino con el título de *Prinz Walther von Aquitanien* (Carlsruhe 1792). Ignacio Fessler sacó de él su novela histórica, *Attila, Konig von Hunen*, en sus *Gemälde aus den alten Zeiten der Hungarn* (Breslau 1806, 4 tom.). J. Grimm dió mas adelante una nueva edicion del texto latino en la coleccion *Lateinische Gedichte des X und XI Jh.* (Gottinga 1838). Este poema pertenece al ciclo de Attila, y es version ó imitacion de un canto anterior á los Niebelungens, que aluden á él mas de una vez. Quizá es un episodio de un poema mas extenso, visto que solo se trata de una accion de este héroe, á saber, la fuga de Walter del pais de Attila, y su combate contra dos guerreros del rey borgoñon Gunter, que quiere robarle el tesoro de los Francos. La mayor parte de los personajes están nombrados no solamente en los Niebelungens, sino tambien en los cantos escandinavos y en los poemas titulados *Gutrum, Otuit, Der grosse und der kleiner Rosegarten, die Rabenschlacht, die Klage, Bitternof und Dietlieb Dieterichs-Fluest ecc.*»

No entra por hoy en mi intento discutir este punto. En la clasificacion de los libros caballerescos no he seguido á los escritores españoles como Gil de Zárate y Gallangos, que ponen el breton ántes que el carolingio, puesto que segun mis investigaciones y la opinion de Slegel, Villemain y otros, la mayor parte de los poemas de este son anteriores á los que tienen por tema las hazañas de Arturo y sus héroes. Estos estremos serán controvertidos en mis «Estudios sobre la lireratura caballeresca» que preparo para la estampa.

bro de los héroes» (Heldenbuch) que no es mas que una coleccion de rapsodias, atribuidas entre otros á Enrique D'Ofterdingen y á Wolfran D'Eschembach, pertenecen á este ciclo: «El libro de los héroes» contiene varios poemas, entre los que citaremos los siguientes:

«Rother,» rey ostrogodo raptor de la bella princesa hija de Constantino.

El Emperador Otnit, Hugens y Wolf Thierry.

La huida de Thierry al pais de los Hunos. Este Thierry es mas conocido con el nombre de Teodorico, rey de los ostrogodos.

La Córte de Attila.

En estas epopeyas nacionales se advierte como hemos indicado ya al hablar de «Los Niebelungens» la transicion entre la literatura y las costumbres paganas y la cristiana y romántica.

La mayor parte de estas leyendas tiene un fundamento histórico, en ellas está encarnado el espíritu y carácter de los pueblos germanos, si bien se advierte la modi-

ficacion introducida por el cristianismo. Todas ellas son posteriores ó coetáneas á los romances y canciones de los scaldos, troveras del norte de Francia, y á los Minnesægers alemanes, que se proponian por objeto en sus «lays» esos mismos temas ó los referentes al imperio carolingio.

La fuente de esta segunda série se ha fijado en la crónica apócrifa ó cierta de Turpin, arzobispo de Reims, que vivió por los años de 800. Hánse emitido variedad de pareceres respecto de esta obra. Mientras unos la atribuyen resueltamente al autor citado, otros creen que no hizo mas que arreglarla, tomándola de los romances vulgares, con el intento de excitar á la guerra contra los sarracenos. Hay quien la hace parto de un monge del Delfinado, llamado Soffredo, que la escribió en 1092, y otros, por último, del monge Roberto que vivió en tiempo del concilio de Clermont. Los que combaten la autenticidad de la historia de Turpin, alegan que este murió mucho tiempo ántes que Carlomagno, es decir, en 778, siendo así imposible que

describiera sus hazañas. Sea de esto lo que quiera, la historia en cuestion, apócrifa ó verdadera, se imprimió en francés por primera vez en 1505, segun algunos bibliógrafos; reimprimióse en Paris en 1527 y en Lyon en 1583. La primera edicion latina créese es la de Basilea hecha en 1574 con este título: «De vita Caroli Magni et Rolandi.»

Son infinitas las epopeyas pertenecientes á este segunda série, donde ya el elemento romántico y caballeresco se señorea sobre el bárbaro y el heróico. La idea fundamental es la cristiana, el espíritu profundamente místico. Es una lucha de razas y de creencias, de sentimientos y de tradiciones la que se refleja en estos cantos y crónicas escritos con un candor é ingenuidad admirables. En ellos se vé la union íntima del trono con el cristianismo y la caballería, de donde salen esos alardes generosos de valor, abnegacion y liberalidad, que convierten á los paladines en verdaderos tipos mitológicos.

Entre estos poemas figuran:

El gran poema de Rolando ó la batalla de Roncesvalles, escrito á mediados del siglo XII, por el clérigo Conrado.

Carlomagno, poema anglo-normando, del mismo siglo.

Flor y Blanca Flor, por Conrado Flecke, compuesto á principios del siglo XIII sobre los escritos de Roberto D'Orbent.

Enamoramiento di Carlo Magno, Venecia 1481.

La España historiada, poema en cuarenta cantos, traducido al italiano en 1488, é impreso en Venecia con este título: «La Spagna historiata.»

Historia de Carlomagno y de los doce pares de Francia, por Nicolás de Piamonte, Sevilla 1528.

En este período la guerra domina á la galantería: los caballeros solo se proponen vencer á sus enemigos que generalmente son paganos.

Ciclo bretón. La Caballería andante ha adelantado mucho en los libros que de ella se ocupan. Se encuentra en todo su es-

plendor y apogeo. Artus, rey de Gales y Cornualla se convierte despues de Carlomagno en el bello ideal de la caballería cristiana. A él aluden todos los poemas de este período que es el mas brillante de la institucion. La influencia de la muger es grande y decisiva, sus fueros están por encima de todo, y la galantería y el culto del amor no se separan ni un solo instante de los demás sentimientos que animan á los esforzados caballeros. Es la época en que la Iglesia se une resueltamente á la caballería animando á los paladines en sus empresas y bendiciendo sus hazañas. Entonces es cuando la mitología de la Edad media empieza á desplegarse con fascinador aparato, procurando imitar hasta en sus menores detalles á las de la antigüedad.

Conócese tambien este ciclo con el nombre de la «Tabla Redonda» y figuran en él desde Myrdhim ó el Encantador (Merlino) hasta Lanzarote del Lago, Tristan de Leonis, Tablante, Sogramor, con todo el séquito de paladines, doncellas, dueñas, gigantes, enanos, endriagos, encantadores y

silfos que forman el cuerpo de la mitología cristiana.

Artus constituyendo la órden de la Tabla Redonda en el castillo de Windefore, en union con los representantes de la teocracia y del sexo bello, echó los cimientos de la caballería galante y romántica que tanto habia de influir en las costumbres. Para que se vea hasta qué punto el elemento religioso y el femenino se asociaban al valiente vencedor de los sajones, reproducimos un párrafo de una crónica francesa del siglo XV donde se dá cuenta de la manera como se llevó á efecto la constitucion.

«Cuando el noble rey Arturo volvió victorioso á su reino de la Gran Bretaña, dispuso sus asuntos y residió allí durante unos cinco años en paz y tranquilidad, y despues ordenó se celebrase una fiesta y corte real el dia de Pentecostés; y mandó venir á ella á todos los reyes y príncipes sus aliados y súbditos para consumar y entretener mas y mas la buena alianza que con ellos le unía y señaló por sitio el castillo de Windefore cerca de la ciudad de Lóndres, cuyo castillo

habia hecho edificar. Se hicieron las ceremonias en la Iglesia de la ciudad porque está situada en pais de toda amenidad, tanto de rios como de praderas, vistas y otras complacencias, y en la dicha ciudad habia tres solemnes iglesias.... tambien habia en la ciudad dicha una muy noble universidad con doscientos cuarenta filósofos.»

Despues de hacer el cronista una larga enumeracion de todos los principes de las Galias, Ibernia, Inglaterra y Bretaña que asistieron al acto, prosigue:

«Los cuales todos reunidos y conducidos en muy buen órden en la iglesia catedral, el rey Arturo noblemente coronado y vestido de hábitos reales y por encima un manto á la real de armiño. Y estaban á su lado los dos arzobispos de Lóndres y de Therac, y el buen santo arzobispo Duvricius decia el oficio de la misa. Los reyes, duques y otros príncipes ya citados, estaban los unos delante del rey vestidos de armiños y los otros venian despues cada uno en su órden.

Y habia muy gran número de bocinas y otros bellos instrumentos sonantes, con maravillosa melodía, todos cubiertos de armiños. De otra parte estaba la reina Guennaram, muger del rey Arturo, que estaba vestida con hábito de reina adornado muy ricamente. Y estaba acompañada de otras cuatro reinas vestidas de paños de plata que eran sus parientas, y muy gran número de reinas, princesas y grandes damas. Y en este estado la reina, magníficamente conducida por los obispos y otros prelados del pais á la iglesia de los religiosos, y allí se hizo el divino oficio bien y solemnemente, y despues se volvieron al palacio de Windefore, donde tuvieron banquetes y fiestas segun el gusto de los «troyanos,» los hombres con los hombres, las mugeres con las mugeres muy honradamente. La cual compañía, así trunfalmente reunida se ha llamado la Tabla Redonda. Y esta fiesta fué continuada durante tres dias, durante los cuales se hicieron fiestas, torneos y otros agradables ejercicios, en tal excelencia que jamás ó an-

tes se habia oido hablar de semejante triunfo.»

Véase, pues, la parte importantísima que se atribuia á la religion y á la muger en estas ceremonias, que como se indica remedaban hasta cierto grado á las de los tiempos mas bellos de la Grecia. Otro cronista despues de hacer una descripcion parecida á la anterior, va enumerando los caballeros, príncipes y reyes que asistieron al acto, así como el escudo de armas que cada uno ostentaba en las suyas. Nombra á Artus, por su puesto, y despues á Lancelot del Lago, Boort de Gawes, Hawain Dorcania, Tristan de Lennoys, Lyonnet de Gawes, Helyas el Blanco, el Duque de Clarence, Héctor del Mares, Bltomberis de Gawes, Baheriet, Kewe el Senescal, Messire Juain, Braor el negro, Baudoyer el Condestable, Agrual de Ganalles, Seguradés, Patris el atrevido, Esclabor el Messonnier, Saphon el desconocido, Sagremor, Gyron el galante, Seguram el moreno, Galehault el blanco, el rey Melyadus, el rey Ban de Benayc, el rey Boort de Hawes, el

rey Lrarados, el rey Lac, el rey Clares, el rey Urten, el rey Loth, el rey Petmor, el rey Bandenagus, el Morout Dirlande, el rey Fharamond de Galia, Lamorat de Lytenoys, Danayme, Amilan, Brallain el caballero, Brallain, Gallegault, Perceval de Galles, Fergus el Blanco, Bronadas el español y ciento cincuenta y dos mas.

Estos caballeros se llaman á sí mismos, el orgulloso, el corazon atrevido, el fuerte, el negro, el rojo, el hablador, el afortunado, el duro, el de las siete fuentes, el sábio, el corredor, el de las duras manos, el del gran corazon, el rubio amoroso, el bello, el de la roca dura, el de la serpiente dura, el sin miedo, etc. La caballeria estaba en su mas brillante época; todo debia esperarse de ella, pues que su mision no era otra mas que enaltecer la verdad, la justicia y la belleza. Distínguense en este período las epopeyas siguientes:

Iwein, el caballero del Leon, por Hartmann.

Lancelot del Lago, por Zazichoven; siglo XIII.

Tristano é Iseo; siglo XII.

Merlin, por Roberto de Borron.

La demanda del Santo Greal ó Grial.

Percival, por Menestrier ó Cristiano de Troyes.

El Baladro del sabio Merlin con sus profecias; Burgos 1498.

Historia de Merlino; (Venecia) 1480.

La historia del valiente caballero Isaias el triste y de Mares el desterrado.

Triunfos de Sagramor; (Lisboa) 1554.

Giron el Cortés, (París 1519.)

Cíclo greco asiático. Este tercer ciclo corresponde al período de decadencia de la institucion. Inclúyense en él todas las crónicas fabulosas de los Amadises, Palmerines y Tirantes con sus compañeros, hijos é imitadores. Es esencialmente español y ficticio hasta el estremo de que los autores extrangeros no lo incluyen en sus clasificaciones, quizás por creerlo destituido de todo fundamento histórico. Sin embar-

go, bajo el punto de vista literario encierra no poca importancia para los eruditos, por comprender los poemas de «Amadis de Gales» y «Tirante el Blanco,» que están reputados como los libros mejores de su clase. Aparte de esto, en el ciclo greco-asiático está reflejándose la rápida é inevitable decadencia de la caballería. Las empresas son cada vez mas absurdas y disparatadas, los lances inverosímiles, las supersticiones groseras, y los agüeros y encantamentos destituidos de todo aparato de originalidad y gracia. El culto espiritual de la muger, el rendimiento de los enamorados caballeros se ha convertido en una série de aventuras sin encanto donde ni predomina la decencia ni el mejor gusto. De aquí los perniciosos efectos de la lectura de estas patrañas y quiméricas leyendas; con ellas se exaltaba la imaginacion de las doncellas, y la de los jóvenes tomaba un rumbo torcido; se corrompian las costumbres; y el sentimiento de la religion y del amor casto huian de los pechos de los hombres mientras en ellos

se aposentaban las pasiones mas groseras y repugnantes. Los siglos XIV y XV, pero especialmente el último, fueron víctimas del fatal influjo que en la sociedad ejercía esta literatura. Los duelos sin razon, los raptos, las seducciones, las locuras amorosas, los desafueros en los templos, el menosprecio de la justicia, hé aquí entre otras sus consecuencias. Una inmensa cantidad de poemas caballerescos brotaba de las prensas tipográficas poco tiempo hacía descubiertas. Una especie de vértigo parece se habia apoderado de los fabricantes de tamañas mentiras, hasta el estremo de que las publicaciones se sucedieran sin interrupcion.

A la decadencia de las costumbres corresponde la corruptela en el lenguaje. Quiero que hable por mí el señor Clemencin que considera á estos libros bajo el punto de vista literario. La autoridad de sus palabras reclama esta supremacia.

«Pudieran, dice, haber aprovechado los

datos que le suministraba la historia de la real y verdadera caballería en la Edad media: pudieran haber puesto en sus héroes las prendas de los caballeros sin pavor ni tacha, los rasgos de valor, magnanimidad, desinterés y ternura que se vieron en aquel tiempo: pudieran haber ajustado á él sus composiciones en la descripcion de las fiestas, armas, trages y costumbres; matizar la pintura de las virtudes con la de los vicios ásperos y groseros que dominaban entonces, y ahora repugnan á nuestra cultura; fundir y hermosear las ideas que los Arrestos y las Córtes de amor, la profesion y ejercicio de los Trovadores, las empresas de valor y galantería, las peregrinaciones religiosas ó guerreras á Tierra Santa, los climas ántes poco conocidos del Oriente, prestaban á la imaginacion é inventiva de los escritores. Pero nada de esto supieron hacer: tampoco supieron ceñir convenientemente la duracion de sus fábulas, ni subordinar á una accion los sucesos, ni variarlos agradablemente, ni siquiera dar á sus relaciones los atractivos propios del

curso tranquilo y apacible de la historia. Lanzadas y mas lanzadas, cuchilladas y mas cuchilladas, descripciones repetidas hasta el fastidio de unos mismos torneos, justas, batallas y aventuras con diferentes nombres; errores groseros en la historia, en la geografía, en las costumbres de las naciones y edades respectivas; golpes desaforados, hazañas increibles, sucesos no preparados, inconexos, inverosímiles; ternura á un mismo tiempo y ferocidad, dureza y molicie, inmoralidad y supersticion; tal es la confusa mezcla, el caos que ofrecen los libros caballerescos, escritos casi todos en los siglos XV y XVI, época ya en que los adelantamientos de la civilizacion y los beneficios de la autoridad pública sólidamente establecida por todas partes, presentaban mas claramente con su contraste lo inverosímil y lo ridículo de la profesion de los caballeros andantes. Los autores de sus historias no alcanzáron esta verdad, siquiera para asignar los sucesos á tiempos en que fueran posibles: por mejor decir, escribieunas historias imposibles en todos tiempos.

Agitados los mas de ellos de un furor insensato, no contentos con lo extraordinario, echaron tambien mano de lo portentoso, y amontonaron encantamentos y encantadores, rivalidades y guerras de nigrománticos, aventuras y empresas absurdas, prodigando lo maravilloso, de suerte que llegaron á hacerlo insípido, á la manera que el uso excesivo de los manjares y sabores fuertes llega á entorpecer el paladar y á embotarlo. De aquí nacia que la juventud, acostumbrada á las lecturas caballerescas, concebia un tédio insuperable al importante estudio de la historia, donde el órden y tenor ordinario de las cosas humanas no presentaba estímulos suficientes á su estragada curiosidad. Llenábase al mismo tiempo su fantasía de los ejemplos é ideas que encontraba en aquellas inmorales novelas; amores adúlteros, competencias de mozuelos que trastornaban el mundo, obediencia ciega á caprichos femeniles, venganzas atroces de pequeñas injurias, desprecio del órden social, máximas de violencia, fiestas de un lujo des-

baratado y loco, pinturas y descripciones de escenas lúbricas; y los libros de caballerías llegaron á ser tan perjudiciales á las costumbres, como insufribles á la razon y al buen gusto.»

## IV.

### Invectivas y censuras contra los libros de caballerías.

Las estravagancias y quimeras de las leyendas caballerescas no podian dejar de tener impugnadores. Ya desde los tiempos del Dante y del Petrarca se habia empezado á anatematizar la literatura caballeresca. El cantor de Beatrice habia colocado á los caballeros andantes entre los condenados, indicando de este modo, demasiado eficaz, el aprecio que hacia de sus personas y aventuras. En el canto V del «Infierno« dice:

«Vidi Paris, Tristano é piu dimille
Ombre mostrommi é nominnommi adito
Chamor di nostra vita dipartille.»

Petrarca en su «Triunfo de amo» cap. 3, se espresa en estos términos:

«Tristan y Lanzarote y gran compaña
de amantes cavalleros, va penando,
historia donde el vulgo mas se engaña.
Ginebra, Iseo luego y deste bando
No pocas, y la escuadra de Arimino
Que vá su mala suerte lamentando.»

El traductor de esta obra, Hernando de Hoces, que á la vez la glosa, añade de su propia cosecha:

«Es tanta la noticia que se tiene de quiénes fueron Tristan de Leonís y Lanzarote del Lago y las reinas Iseo y Ginebra, sus señoras, y todos los caballeros andantes, que cuentan haber sido en algun tiempo, que en ninguna parte del mundo, á mi pensar, dejan de tener noticia de ello y «mucho mas en nuestra España» donde habiéndose hecho á imitacion de estos libros algunos años ha los de Amadís y Palmerin aun menos verdaderos que los otros. . .

. . . . . .

deje engañarse el vulgo en semejantes historias, porque verdaderamente la leccion della es muy perjudicial (aunque para al-

gunos dulce) á causa de los malos ejemplos y deshonestidades que en ellas se hallan,» (y cita un caso).

Pedro Lopez de Ayala, cronista de Pedro I, hombre de mundo y de no poca esperiencia, se espresa así en el «Rimado de Palacio.»

«Plógome otrosí oir muchas vegadas
Libros de devaneos é mentiras probadas
Amadis et Lanzarote, é burlas sacadas
En que perdí mi tiempo á muy malas jornadas.»

Los escritores del siglo XV fueron mas esplícitos. El capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, primer cronista de Indias, quien á pesar de haber él mismo contribuido á la propagacion de la mala semilla con la traduccion del «Libro del esforzado caballero Claribalte» se espresa de este modo en sus «Quinquajenas».

«Santo consejo seria
Que dejasen de leer
Y tambien de se vender
Esos libros de Amadis.»

Y despues añade: «Ha crescido el libro de «Amadis» tanto y en tanta manera, que es un linage el que de él en libros vanos

ha procedido, mas copioso aun que el de los Rojas, y ha crescido tanto, que tiene ya hijos y nietos, y tanta multitud de fábulas extrañas, que parece que las mentiras é fábulas quizás van pasando á España, y así van cresciendo como espuma, et quanto mas cresce menos valor tienen tales ficciones, aun no para los libreros é impresores; porque ántes les compran esos disparates é se los pagan, que no los libros auténticos é provechosos».

Fray Luis de Granada, en la segunda parte del «Símbolo de la Fé,» capítulo 17, «prólogo sobre las batallas gloriosas de los santos mártires,» párrafo tercero, despues de llamar á los apóstoles «gloriosísimos caballeros,» dice:

«Agora queria preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas ¿qué los mueve á esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las mas admirables son el esfuerzo y la fortaleza. Porque como la muerte sea (segun Aristóles dice) la última de las cosas terribles y

la cosa mas aborrecida de todos los animales, ver un hombre despreciador y vencedor de este temor tan natural, causa gran admiracion en los que esto ven. De aquí nace el concurso para ver justas y toros y desafios y cosas semejantes por la admiracion que estas cosas traen consigo: la cual admiracion (como el mismo filósofo dice) anda siempre acompañada con deleite y suavidad. Y de aquí tambien nace que los blasones y insignias de las armas de los linages comunmente se toman de las obras señaladas de fortaleza y no de alguna otra virtud. Pues esta admiracion es tan comun á todos y tan grande que viene á tener lugar no solo en las cosas verdaderas, sino tambien en las fabulosas y mentirosas; y de aqui nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerias fingidas. Pues siendo esto así y siendo la valentia y fortaleza de los santos mártires sin ninguna comparacion mayor y mas admirable que todas cuantas ha habido en el mundo (pues basta para ser como digimos un hermosísimo espectáculo para Dios y para sus ánge-

les) y siendo sus historias no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas ¿cómo no holgaran mas de leer estas tan altas verdades que aquellas tan conocidas mentiras? A lo menos es cierto que los sanos y buenos ingenios, mucho mas han de holgarse de leer estas historias que las de aquellas vanidades, acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mugeres locas se envanecen, pareciéndoles que no menos merecian ellas ser servidas por aquellas por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos de armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estómagos y gustos dañados, sino con los sanos, á estos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas, pues con ellas (entre otros muchos frutos) como ya digimos, se confirma la verdad de nuestra fé.»

Luis Vives es mucho mas ámplio en su «Instruccion de la muger cristiana,» no obstante que tambien habla en su otra obra intitulada «De corruptis disciplinis». Oigámosle en el capítulo V de la primera:

«Ya no se leen otros libros sino vulgares,

donde no hallareis otra materia sino de armas y de amores; de los cuales libros soy cierto que no habia de hablar de lo que se debia hacer de ellos, si hablo con cristianos, y que es menester decir cuan gran perdicion es añadir alquitran al fuego ardiendo. Dirá alguno que se hicieron para los ociosos y jornaleros. Razon tienes: como si no fuese harta yesca para todos los males del mundo el ócio, sin que le pongas mas astillas. Dime, ¿y qué tienen que hacer las armas con las doncellas? que solo nombrarlas ella es abominacion. Oigo decir que en algunas ciudades y lugares las doncellas nobles van muy de grado á mirar los torneos y justas, y que ellas son jueces de quién es mas valeroso y esforzado en las armas; y de otra parte los caballeros dicen que tienen mas temor de la censura y juicio de ellas, que de los hombres. Hágote saber que no es muy católico el pensamiento de la muger que se ceba en pensar en las armas y fuerzas de brazos y cuerpo del varon. ¡Oh! ¿y qué lugar seguro puede tener entre las armas la flaca y desarmada

castidad? La muger que en estas cosas piensa bebe poco á poco la ponzoña, sin que la sienta; y la que ha pasado ó pasa por ello me lo diga: mortal es esta inficion; mas yo no la debo descubrir, por no inficionar á nadie con su aliento ponzoñoso. Respóndame alguno á esto: si el hombre cristiano no sé si es bien que tome armas en las manos ¿cómo será bien que la muger las vea de los ojos? Y pues no puede tratarlas con las manos, no menearlas con el pensamiento, que es mil veces peor.

Y dejando las armas y torneos aparte, díme, pobre de tí, ¿qué, estás leyendo agenos amores y poco á poco bebes el veneno que te ha de matar? dígolo, porque veo algunas que cuando quieren acabar de perder el seso, se ponen á leer estos libros para ocupar su pensamiento en aquellas cosas conformes á su locura. Estas tales no solo sería bien que nunca hubieran aprendido letras; pero fuera mejor que hubieran perdido los ojos para no leer, y los oidos para no oir. Porque «mucho mejor les sería sordas y ciegas,» segun el Señor dice

en el Evangelio, «entrar en el reino del Cielo, que no con dos ojos y dos oidos ser condenadas en el fuego eterno.» La muger que esto hace, no solo entre los cristianos es torpe y deshonesta, mas aun entre los judios y moros seria súcia y abominable. Por donde me maravillo mucho de los predicadores y pregoneros de la palabra de Dios cómo á cada sermon no dan voces sobre esto, como quiera que de cosas mínimas á voces revuelven al mundo. Y no dejo mucho de maravillarme asimismo de los padres cuerdos y maridos cómo permiten que sus hijas y mugeres lean tales libros, y de cómo todos á una disimulan y quieren mirar en la vida, órden y constitucion de los pueblos, y dejan que las mugeres, de donde depende toda nuestra vida, aprendan ser malas leyendo malos libros; en los cuales, aunque parece que hay alguna apariencia de bien, no la hay; porque es ponzoña en el vino, que mas pronto la lleva al corazon. Jamás nadie durmió seguro en medio de las sierpes y culebras, por mucho que la verdura del suelo y la sombra del

árbol se le hiciese agradable y le convidase á dormir. Así que las leyes y los oficiales reales deberian, no solo mirar en las causas y pleitos particulares, mas aun en las costumbres públicas, de donde nacen los pleitos y barajas y que se mandase con pregon general y determinadamente se ejecutasen las penas que nadie osase imprimir, ni tener tales libros. «Platon en su república tiene ordenado que no se puedan imprimir ni publicar libros sin que pasen por la Rota, y sean reconocidos y vistos por hombres letrados, porque ninguna cosa dañosa no salga en daño de todo un pueblo: y entre nosotros cada dia salen nuevos libros emponzoñados para inficionar el mundo todo, y no hay quien lo quiera mirar, y llamámosnos cristianos.»

Eso mismo se debería mandar por público edicto y mandamiento que nadie osase cantar por las ciudades ó lugares metro ni copla, ni otra cosa deshonesta; que ya, mal pecado, somos venidos á tanto, que no parece poderse cantar cosa que no sea llena de fealdad, y tal que ningun bueno la pue-

da oir sin vergüenza, ni ningun sábio sin escándalo; en tanto grado que parecen los que componen y los que cantan las tales canciones no entender en otro, sino cómo podrán corromper las costumbres de la ciudad, haciendo como los que inficionan las fuentes públicas de que los pueblos se sostienen. ¿Qué uso es este que ya no es tenida por cancion la que carece de honestidad? Todo esto deberian curar las leyes y fueros, si quieren los administradores de las tierras que las conciencias estén sanas. Lo mismo deberían hacer de estos otros libros vanos, como son en España, «Amadis, Florisandro, Tirante, Tristan de Leonís, Celestina, Alcahueta,» madre de las maldades: en Francia, «Lanzarete del Lago, Páris y Viana, Ponto y Sidonia: Pedro Provenzal, y Magalona, Melusina»; y en Flandes, «Flores y Blanca flor, Leonela y Cananior, Curias y Floreta, Píramo y Tisbe.» Otros hay sacados del latin en Romance, como son las Infacetísimas Facecias y Gracias Desgraciadas de «Pogio» Florentin, los cuales libros todos fueron escritos por

hombres ociosos y desocupados, sin letras, llenos de vicios y suciedad; en los cuales yo me maravillo como puede haber cosa que deleite á nadie, si nuestros vicios no nos trajasen tan al retortero; porque cosa de doctrina ni de virtud, ¿cómo la darán los que jamás la vieron de sus ojos? Pues cuando se ponen á contar algo, ¿qué placer ó qué gusto puede haber á donde tan abierta, tan loca y tan descaradamente mienten? El uno mató él solo veinte hombres, el otro treinta, el otro traspasado con seiscientas heridas y dejado por muerto el dia siguiente se levanta sano y bueno, y cobradas sus fuerzas, si á Dios place, vuelve á hacer armas con dos gigantes y matarlos, y de allí sale cargado de oro y de plata y joyas y sedas y tantas otras cosas, que apenas las llevaria una carraca de genoveses. ¿Qué locura es tomar placer de estas vanidades? Junto á esto qué cosa hay de ingenio, ni buen sentido, si no son algunas palabras sacadas de los mas bajos escondrijos de Vénus, las cuales guardan decirlas á su tiempo para mover de quicios á la que ellos dicen

que sirven, si por ventura es dura de derribar? Si para esto escriben, mucho mejor seria hacer libros de alcahueteria, con perdon de los oyentes: porque en otras cosas, ¿qué agudeza ó qué bien puede haber en unos escritores inespertos en toda buena doctrina que en su vida leyeron buen libro? Yo por mí digo la verdad que nunca ví ni oí á hombre que dijese agradarle sus obras de estos, sino á los que nunca tocaron ni vieron libro bueno. Y yo tambien he leido en ellos una vez; mas nunca hallé rastro ninguno de buen ingenio.»

Pedro Mexia, cronista de Cárlos V, en su «Historia imperial y cesárea», vida de Constantino, dice:

«Y en pago de cuanto yo trabaje en lo recoger y abreviar, pido agora atencion y aviso, pues lo suelen prestar á los triunfos y mentiras de Amadís y de Lincartes y Clasines y otros portentos, que con tanta razon debrian estar desterradas de España, como cosa contagiosa y dañosa á la república, pues tan mal hacen gastar el tiempo á los autores y lectores de ellos, y lo que

es peor, que dan muy malos ejemplos y muy peligrosos para las costumbres. A lo menos son un dechado de deshonestidades, «crueldades y mentiras« (Cervantes no podia amarlos). . . . . .

. . . . . .

tales hombres hay que piensan que pasaron así como las leen y oyen, siendo como son las mas de ellas cosas malas, profanas y deshonestas. Abuso es muy grande é dañoso que entre otros inconvenientes se sigue dél gran ignominia y afrenta á las crónicas y historias verdaderas, permitir que anden cosas tan nefandas á la par con ellos. »

Fray Antonio de Guevara, predicador y tambien cronista del mismo emperador se quejaba de que los hombres no se ocupasen mas que de leer libros que era afrenta el nombrarlos, y despues cita entre ellos á Amadis de Gaula, Tristan de Leonís y Primalion.

Diego Gracian, escritor del tiempo de Felipe II, en el prólogo á su «traduccion de Xenofonte» se esplica así:

«Ya que no haga otra cosa embotaré la

espada del enemigo que me matare; así yo por el consiguiente podré responder que ya que no haga otro provecho á lo menos embotaré con la leccion de esta obra á los lectores españoles el gusto del entendimiento para leer los libros de mentiras y patrañas que llaman de caballerias, de que hay mas abundancia en nuestra España que en ningunos otros reinos, habiendo de haber menos; pues no sirven de otra cosa sino de perder el tiempo y desautorizar los otros buenos libros, verdaderos de buena doctrina y provecho. Porque las patrañas disformes y desconcertadas que en estos libros de mentiras se leen, derogan el crédito á las verdaderas hazañas que se leen en las historias de verdad. Aunque ya se van apocando estos tales libros por el edito de los señores del Consejo que con graves penas prohiben que no se impriman otros libros sino cathólicos y buenos y provechosos á las buenas costumbres, y estos primeramente examinados por tales. Pero muy pronto se acabarian si como sabemos que se hizo en tiempo del Papa Nicolao V en

Italia, se hiziere assi agora en España. Los varones doctos de aquel tiempo se repartieron entre sí los libros griegos que habia buenos para los traduzir en latin y vulgar italiano, tomando cada cual el suyo y aun agora como lo hazen. Y assí devrian hacer agora los doctos en España, donde por la bondad de Dios florece el culto divino y la religion cristiana, sin mancha de secta mala, y las armas mas que en otro ningun reino y las letras mucho mas que en los tiempos pasados. Pues hay tanto número de personas doctas cada cual en su profesion, y pues hay tantos buenos autores en griego y latin que podrian traduzirse en vulgar castellano de los cuales así como de mar rio ó caudal podrian sacar razones de mucha y varia doctrina. «Y no andarían los nuestros tan embebidos en estos libros desvariados de patrañas fingidas. El cual ejercicio asi de leerlos como de escribirlos es indigno y muy ageno de hombres graves y cuerdos.»

Pero no han sido estos únicamente los

escritores y moralistas antiguos que han censurado los libros de caballerias. Tambien lanzaron contra ellos furiosos anatemas el P. Malon de Chaide, Benito Arias Montano; Melchor Cano, el autor del «Diario de las lenguas» y otros menos reputados. Era tan universal la censura de estos escritos, que Alejo Venegas decia lo siguiente:

»La leccion de los libros de caballerias era el único entretenimiento de la gente rústica y ociosa y el objeto de la censura de los hombres sábios y sensatos de la nacion.

Otros autores, como Francisco de Medina, Fernando de Herrera y Ambrosio de Morales, se limitaban á fulminar censuras puramente literarias contra los que tan mal uso hacian de la rica habla de Castilla, y Hurtado de Mendoza en sus cartas del «Bachiller de Arcadia» anatematizaba esplícitamente el estilo hinchado, ampuloso y las intrincadas razones de Feliciano de Silva.

Tambien tuvieron sus Aristarcos las exageraciones eróticas, faz importantísima de

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

la caballería andantesca, y que en el campo de las letras produciría la interminable série de composiciones que á principiar con la «Arcadia» de Sannazaro habia de continuarse durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Segun Ampere, Marcabrus, Vagueiras, Martin de France y otros, combatieron fuertemente la exaltacion amorosa que tan desenvueltas traia á las doncellas por mucho que fuese el recato con que sus padres ó deudos las hubiesen educado.

Empero no eran solamente los escritores quienes procuraban la extincion de la literatura caballeresca sin meterse á discernir si habia en ella algo que debiera salvarse. Cárlos V en una ley espedida en 1543 prohibe la impresion, venta y posesion en los dominios españoles de América de tales libros, medida que se reclamó para la península por las Córtes celebradas en Valladolid en 1555, en la peticion 107 de las sometidas á la atencion de la Corona. Hé aquí el texto de estos documentos que no dejan de tener importancia en la historia de nuestra literatura:

«Recopilacion de las leyes de los reinos de las Indias: título XXIV, ley IV. Que no se consientan en las Indias libros profanos y fabulosos.

Porque de llevarse á las Indias, dice, libros de romances que traten de materias profanas y fabulosas y historias fingidas se siguen muchos inconvenientes. Mandamos á los Virreyes, Audiencias y Gobernadores que no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar á sus distritos y provean que ningun Español ni indio los lea. (En Valladolid á 29 de Setiembre de 1543).»

«Peticion 107.—Otrosi decimos que está muy notorio el daño que en estos Reinos ha hecho y hace á hombres mozos y doncellas é á otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades, como son Amadís y todos los libros que despues dél se han fingido de su calidad y letura, y coplas y farsas de amores y otras vanidades: porque como los mancebos y doncellas por su ociosidad principalmente se ocupan en aquello, desvanécense y aficiónanse en cierta manera á los casos que leen en aque-

llos libros haber acontecido, ansi de amores como de armas y otras vanidades: y aficionados, cuando se ofrece algun caso semejante, dánse á él mas á rienda suelta que si no lo oviesen leido: y muchas veces la madre deja encerrada la hija en casa, creyendo la deja recojida, y queda leyendo en estos semejantes libros, que valdria mas la llevase consigo: y esto no solamente redunda en daño y afrenta de las personas, pero en gran detrimento de las conciencias, porque cuanto mas se aficionan á estas vanidades, tanto mas se apartan y desgustan de la dotrina sancta, verdadera y cristiana, y quedan embelesados en aquellas maneras de hablar, é aficionados como dicho es, á aquellos casos. Y para el remedio de lo susodicho, suplicamos á V. M. mande que ningun libro destos ni otros semejantes se lea ni imprima so graves penas: y los que agora hai los mande recoger y quemar, y de aquí adelante ninguno pueda imprimir libro ninguno, ni copla ni farsa sin que primero sean vistos y examinados por los de vuestro Real Consejo de Justicia: porque

en hacer esto ansí V. M. hará gran servicio á Dios, qnitando las gentes destas leciones de libros de vanidades; é reduciéndolas á leer libros religiosos y que edifiquen las ánimas y reformen los cuerpos, y á estos Reinos gran bien y merced.»

El Emperador no contestó á las peticiones de estas Córtes: hízolo el año de 1558 la Princesa doña Juana á nombre del Rey don Felipe que estaba ausente en los estados de Flandes. La respuesta á la referida peticion 107 fué la siguiente:

«A esto vos respondemos que tenemos fecha ley y pregmática nuevamente, por la cual se pone remedio cerca de lo contenido en esta peticion y otras cosas que convienen al servicio de nuestro Señor, la cual se publicará brevemente.»

Pues bíen, á pesar de que los hombres sábios predicaban un dia tras otro contra los libros de caballería, que el poder político les habia puesto tambien su entredicho, de que el buen sentido los rechazaba, las prensas de Medina del Campo, Valencia, Zaragoza y Barcelona, continuaban repro-

duciendo *tan nocivas historias*, sacando á luz otras aun mas perniciosas. Su funesto influjo se estaba sintiendo aun en las producciones mas graves, donde se advertia el prurito de abandonar los fáciles caminos de la sencillez y de la verdad para perderse en el laberinto de las patrañas y de las exageraciones. Hasta los historiadores verdaderos se vieron infestados de la general pestilencia, pues tenemos que los «Claros Varones de España de Hernando del Pulgar,» «Las crónicas del Reydon Juan el II,» la de don «Alvaro de Luna,» las de «Froissat,» «Alain Bouchard,» «Felipe de Conmines,» «Seyssel» y otras muchas ó están escritas á semejanza de los libros de caballerías, siendo exactos los hechos que narraban ó bien pueden calificarse de obras de gesta por la cantidad innumerable de hechos quiméricos que relatan. No sería difícil de colocar entre estas «La mar de las Historias,» «La gran conquista de Ultramar,» «La historia del Toison de Oro de Bertin,» «La historia de Sajonia de Witichindo,» los poemas de Bernardo del Carpio y otros.

Tan grande era el dominio de la literatura caballeresca en los siglos XV y XVI, que á pesar de haber decaido por completo, existia quien se entrega con verdadero ardor á sus estravagancias. La corte francesa aun mas que la española era el templo á donde habia corrido á asilarse tan funesta manía, inclinándose hácia una de sus maneras de ser, las galanterías que tantos cuadros de escándalo y de abyeccion habian de ofrecer al mundo. Hasta habia quien intentaba resucitar la caballería en sus primitivos fueros, y quienes como el mismo Cárlos V y su hijo Felipe II concurrian á torneos donde se representaban al vivo las pantomimas desastrosas de los tiempos medios. Así no debe estrañarnos que el Arzobispo de Bourges, al terminarse los Estados generales celebrados en 1589 propusiera el restablecimiento oficial de la órden de la caballería, y que Lord Surrey en el mismo siglo remedase á Suero de Quiñones desafiando á todos los que pasasen por el puente del Arno, con el intento de hacerles confesar la hermosura eminente de la bella

Geraldina. Tambien habia desafíos en toda regla á la usanza antigua. Basta recordar el concertado entre Cárlos V y Francisco I, en donde el último perdió hasta el honor dejando de concurrir á él. Pero qué más! Ese mismo Francisco I, no llevó de España á Francia el «Amadís» que hizo traducir, alcanzando tanta fama que los últimos ejemplares fuerou arrebatados á estocadas!

## V.

### El génio no inventa. Filosofía del Quijote.

Las obras destinadas por su mérito y significacion á salvar la ancha laguna del olvido, perpetuándose en la memoria y en el aplauso de las generaciones, nunca son producto de un talento aislado por muy grande que se le suponga, sino que tienen sus antecedentes en el ciclo respectivo y brotan espontáneas al contacto de coincidencias y circunstancias misteriosas que un observador atento mas que describir puede sentir y apreciar. El poeta, el literato, el filósofo, no hacen mas que dar formas regulares, imprimiendo el sello particular de su génio á los múltiples é informes elemen-

tos que existen diseminados en la atmósfera intelectual de su siglo. Ellos reunen los materiales al parecer mas refractarios, hallan en sus distintas fuentes los principios similares que un ojo grosero no sabria distinguir en sus relaciones y semejanzas recónditas, y amalgamando las verdades, afirmaciones y juicios que ya otros han vislumbrado ó presentido, funden el conjunto en una gran síntesis, donde se vé resplandecer la marca divina del talento. Así como en la naturaleza física existen terrenos y momentos á propósito para la germinacion de las plantas, así en el órden intelectual existen tambien épocas propicias y oportunas para la produccion de grandes frutos literarios ó científicos, que si allí fecundan los rayos esplendorosos del sol, aquí brotan bajo la presion nobilísima del estudio, la inspiracion y la inteligencia.

No son estas opiniones esclusivamente mias por lo menos en su orígen. Philarete Chasles cuando sostiene que todos los dramas de Shakespeare están tomados en sus ideas primitivas de crónicas, leyendas ó

producciones anteriores de distinto género, dice que á todos los grandes hombres, es la tradicion, es el pueblo, es el perenne comercio de las ideas y de los usos, los que les han legado los materiales para sus libros, que han recibido tales como eran en sí, fundiéndolos, trasformándolos, inmortalizándolos despues. De un pilar han hecho un dios, de un tronco de árbol una estátua, como aquel pintor español, prisionero de los moros, que no teniendo ni mármol que tallar, ni virgen que adorar, sacó de su hogar un leño convirtiéndolo en imágen divina. Lo que el génio hace propiamente es fecundar. Como se vé yo no hago mas que ampliar esta teoría, dándola fundamentos que la sana crítica no podrá rechazar. Mas como sigo el sistema de probar siempre una verdad teórica con otra práctica, citaré algunos ejemplos que justifican mi doctrina.

«La Divina Comedia» es el resultado de las creencias religioso-legendarias de los primeros siglos de la era cristiana y el reflejo de la Edad media. Considerada en su

totalidad, en sus caractéres y generales tendencias, se descubre que el poeta se ha propuesto esplicar la segunda vida, valiéndose para ello de la teologia (Beatrice) que amalgama, siguiendo las ideas predominantes en su tiempo con la poesía (Virgilio). Dante procura acomodar las distintas esplicaciones que ya se habian dado respecto á un problema que el dogma cristiano elevaba á artículo de fé, cuando antes no habia salido del círculo de la hipótesis. Las mil ideas que en aquel caos sin límites ha reunido el Dante con un esfuerzo portentoso de su imaginacion, son las mismas que han estado flotando sobre la conciencia de la sociedad cristiana durante los primeros siglos de nuestra era; son las que desde Carpe hasta Santa Perpétua, desde Gontran y San Saturnino hasta Ditrelhme, Wettin, Brendano, Alberico y tantos otros visionarios, emplearon en sus leyendas y narraciones, llevando con ellas el terror á los espíritus, que no otra cosa producian aquellos soñados viages al otro mundo, aquellas apariciones y aquellas revelaciones tan estu-

pendas y supersticiosas como descabelladas é inverosímiles.

«La Divina Comedia» es el receptáculo inconmensurable donde se reunen todas las consejas, todas las leyendas y tradiciones existentes en el siglo XIII respecto de la futura existencia. Sus materiales venian elaborándose desde muchos siglos antes, pues hasta en los poetas de la mas remota antigüedad se hallan los gérmenes de la que habia de ser el monumento poético mas significativo de los siglos medios. El cantor de la «*Citta dolente, del eterno dolore*» se inspira en los sentimientos del pueblo que le rodea, bebe los conceptos primordiales en la antigüedad, por él conocida, en la literatura mística y en las rimas y «fabliaux» de los bardos, ministreles, troveras y trovadores. Si unas veces inspirado arrebata á las leyendas su espíritu recóndito y misterioso, á las consejas vulgares sus rasgos, otras vá á buscar la forma y la espresion para sus cantos en los relieves y pinturas de las sombrías catedrales góticas. Por eso «La Divina Comedia» es á la vez pagana y católica, secular y

teológica, por eso mira al pasado, teniendo vuelto el rostro como Jano hácia lo futuro. Es la Edad media en resúmen, en gigantesco y proporcionado panorama, llena de nebulosidades y de medrosas fantasmas, de teología y de contradicciones; la Edad media con sus monges y sus señores feudales, sus errores políticos y sus heregías, sus elfos y sus presentimientos.

Dante no creó, no produjo una idea nueva, sino reasumió las conocidas, y con su síntesis preparó el terreno al Renacimiento. Su cometido fué realizar dentro de la evolucion cristiana lo que hicieran durante el politeismo, Teseo bajando á los infiernos arrastrado por un instinto de venganza, Pollux por la amistad y Orfeo por el amor.

Con el poema de Ariosto nos acontece lo propio. El «Orlando furioso» tiene su filiacion moral en las ideas caballerescas é históricas predominantes en los siglos XIV y XV. Sus antecedentes literarios en las crónicas de Turpin y en las leyendas provenzales coetáneas, en la «España historiata»

que hemos citado, en la «Historia de Carlomagno y de los doce pares de Francia» de Nicolás de Piamonte, en el «Morgante Maggiore» de Pulci, en el «Orlando inamorato» del Conde de Scandiano y en otras muchas producciones de esta índole, hasta el estremo de hacer decir á un crítico compatriota suyo que «tomó todo de los que le precedieron hasta los pasages rápidos y duros.»

Shakespeare no se comprende sin estudiar su época, y los poetas á él anteriores y coetáneos, pues en ellos se hallan los precedentes de sus dramas. El bardo inglés se inspiraba en las costumbres de su tiempo, en aquella mezcla bizarra de opuestos principios, de teorías atrevidas, de literaturas que nacian, mientras otras estaban pereciendo, de nuevos caminos abiertos á la actividad humana. Rodeado de contradicciones sin cuento, Shakespeare se separa de sus contemporáneos y olvidando lo mismo á Chapman que á Webster y Heyhood que pertenecen á su ciclo, se elevan del punto estrecho de un carácter especial

limitado, á la pintura de la humanidad en su conjunto. Al poeta se une el filósofo, al hombre inspirado el que estudia friamente los defectos capitales de la sociedad y los usos que deben corregirse. Este es el espíritu que ha presidido á la redaccion del «Macbeth,» el «Hamlet» y el «Othelo,» generalidades sublimes como las llama un autor. Son las ambiciones y sus remordimientos, el amor y su ciego fanatismo, el delirio melancólico y la duda que consume y asesina.

«El Paraiso perdido» ¿es otra cosa mas sino la consecuencia de la reforma protestante? ¿Todos los poetas de aquella época no están impregnados del espíritu bíblico que inspirára á Milton? ¿No ha tomado este mismo muchas de sus ideas de sus antecesores? Era tan comun y constante el uso de los textos sagrados, y la imitacion de su estilo se hacia de una manera tan servil, que hasta en las piezas mas licenciosas se encuentran los unos y la otra, llegándose hasta el estremo de que la «Cortesana amo-

rosa» de Ford, trate de seducir al jóven Hipólito, valiéndose de argumentos tomados de las Escrituras. Este era el libro popular, doméstico, usual, cuyo contenido se filtraba en las costumbres, en el lenguaje, en la literatura, en los debates políticos, no siendo por consiguiente de estrañar que dados estos antecedentes, Milton concibiera el plan de su epopeya, vaciando su pensamiento en un jigantesco molde.

Viniendo á nuestros dias el «Fausto» de Goethe, que ya he mencionado con distinto fin, robustece mis aseveraciones. Si en el órden literario reconoce por generadoras todas las producciones que empezando por la de Marlowe tienen por héroe á «Fausto,» en el moral el Doctor rejuvenecido es el hijo legítimo de esa tierra cubierta de selvas y de castillos, sembrada por todas partes de románticas ruinas, bosques misteriosos, vampiros, dueñas, hadas, y endriagos. En las páginas de ese libro que admira y asombra, pero que no escita simpatias, si no son las del peligro, está retratada la incredulidad de la reforma, el escepticismo de los

filósofos libres pensadores, el insaciable é inestinguible ardor de una raza cuya vida intelectual todo lo abarca, haciendo callar el corazon. Goethe hizo su libro condensando el trabajo que habian acumulado varias generaciones. «Fausto» desde las alturas de Harz y en la taberna de Auerbauch, lo mismo que en las orillas del rio Peneios, es la personificacion terrible y severa del espíritu filosófico y poético predominante en Alemania en el período á que sirve de centro y punto de partida.

El Quijote en su idea fundamental está incluido tambien dentro de esta teoría: Cervantes se inspiró seguramente para escribir su sátira ingeniosa contra los libros de caballeria en la crítica de los autores citados en el anterior capítulo, en lo que habian dicho en desprestigio de un género tan pernicioso como abundante desde el Petrarca hasta Tulia de Aragon, desde Lopez de Ayala hasta fray Luis de Granada; en las opiniones juiciosas de las gentes sensatas, en el ridículo inmenso que ya pesaba sobre la caballería andantesca. Cervantes

comprendió era llegada la época de condensar todas las censuras, el momento á propósito para arrancar de cuajo la bastardeada semilla, la ocasion propincua de poner término á los desafueros y desmanes que escritores mediocres estaban todos los dias cometiendo contra el buen sentido, la cultura del lenguaje y la moralidad pública. Sobre este primer empeño está su génio, que excedia de la talla necesaria para realizarlo. Por eso se le vé agrandar la órbita de su trabajo, traspasar los linderos que pareció fijar á su levantado pensamiento, y encarnar en su epopeya el ideal de la vida práctica del modo que entonces era presentido por los que mas lejos llevaban su dominio sobre lo futuro. Cervantes contempló todos los males que la literatura ficticia acarreaba á la nacion, su funesta influencia en el desarrollo y mejoramiento social, y profundamente revolucionario quiso oponer á la ya desvencijada máquina de las ideas anteriores, el sólido edificio de los nuevos principios que tan de acuerdo caminaban con la leyes que rigen la naturaleza

de todos los hombres y de cada uno.

Esto aparte de que en el órden literario tambien introdujo radicales reformas, atrevidas reglas, que hoy se aceptan como cosa corriente, que entonces debieron chocar á la mayoría de los cultos por la rígida inflexibilidad de sus cánones. Tan exacto es que la idea generadora del Quijote estaba en la conciencia pública, supeditada, sin embargo, á la tiránica ley de la costumbre, que no bien se dió á la estampa el libro, cuando fué acogido con universal complacencia, pues mas que otra cosa, de verdadero fenómeno debería calificarse la aceptacion de la obra de Cervantes, si no la halláramos justificada por la necesidad sentida y manifestada desde tiempos atras, de un correctivo que pusiera coto á los daños que estaban ocasionando las narraciones de las proezas caballerescas. Cervantes conocia perfectamente la literatura ficticia española é italiana. En su siglo la heredad literaria habia sido inundada por un torrente de imitaciones serviles en prosa y verso, que nada significaban sino decadencia y falta

de gusto. Vió los perjuicios que de tolerar semejante invasion se seguian á su pais y á la literatura, que tanto amaba, y comprendiendo todo el partido que podia sacar de una crítica severa pero delicada, de tamaños disparates, escribió su libro, que vivirá tanto como el mundo. No puede darse ni mayor ingenio, ni tanto donaire y gracia como la que Cervantes desplegó en la ejecucion de su proyecto. Cervantes imita lo mismo que combate, puesto que quizás no haya una sola aventura en el Quijote que no tenga sus antecedentes en los libros fabulosos: desde el título, y la suposicion de haberlo escrito un sábio moro, hasta el final, todo guarda una semejanza exacta con los poemas en prosa de la caballería. Empero si bien es cierto que la idea de las aventuras están tomadas del Amadís, del Tirante el Blanco ó del Romancero del Marqués de Mántua, es incontestable tambien que al entrar bajo el dominio de la fantasia de Cervantes, lo que en un principio aparece como un hecho cierto y hasta racional, se transforma en un suceso de pura inven-

cion que excita irremisiblemente el ridículo mas completo é inevitable. Don Quijote, alma del libro, desfacedor de agravios agenos y propios, enderezador de tuertos, amparador de toda orfandad y consolador de toda desgracia, empieza por hacer reir al lector con sus acordados despropósitos y discretas locuras, concluyendo por derramar en el alma una dulce melancolía al ver muertos en su corazon los mas nobles sentimientos de hidalguía, dignidad, compasion, liberalidad, amor y justicia. Don Quijote es la conciencia; la virtud que desea sacrificarse en aras de la felicidad agena, por el imperio de la verdad y el triunfo del derecho. Sancho personifica el egoismo de la vida práctica, es la fórmula ruda del llamado personalismo, es el instinto que atiende solo á la propia y esclusiva conservacion. Llanto y risa, seriedad y ridículo, poesia y prosa, bien y mal: hé aquí los dos términos de la produccion, en los cuales gira perpétuamente, semejando la realidad de la existencia. Mas vale Don Quijote con estar loco que muchos cuerdos que sueltos andan por

el mundo; mas atinados propósitos y elevados sentimientos, y fines nobilísimos y espedientes adecuados pueden esperarse del que pensaba concluir con todos los malandrines y follones de la tierra, que de muchos hombres que con ánimo tranquilo y criterio sanísimo viven entre nosotros gozando de envidiable reputacion por su seso y prendas recomendables. Dice Julio Janin, que el paladin de la Mancha, que se vá por los campos, buscando los entuertos que enderezar, los gigantes que vencer, dispuesto siempre á dejarse matar por la viuda, el huérfano, por la señora de sus pensamientos, es una figura digna de respecto y de la que causa pena el haberse burlado cuando se recuerda qué corazon tan noble cubria aquella armadura de carton, qué valiente caballero llevaba aquel escuálido rocin, qué buen señor servia ese escudero grotesco. Se irrita uno contra sí mismo del placer que se ha sentido con esa admirable historia, porque hay en ella mucho mas del hombre moral que de otra cosa, y porque un solo discurso del héroe recompensa con ex-

ceso los molinos de viento y el yelmo de Mambrino... Es menester tener un corazon muy perverso para no derramar lágrimas verdaderas cuando el buen héroe de la Mancha, el excelente caballero de la «Triste figura» vuelve á su morada molido á golpes.

¿Pudiera decirse que Cervantes á la vez que combatía la literatura caballeresca en sus males gravísimos manifestaba la tendencia á crear una nueva especie de caballería sin que esta fuese por supuesto la tendencia fundamental de su obra? ¿No hay motivos para discurrir así, examinando atentamente, profundizando el espíritu de su libro? ¿El Quijote aparte del lado ridículo, de la mision puramente crítico literaria, que pasó, no ofrece otro lado interesantísimo, no está abarcando un fin que no se hace inoportuno, que no concluye? ¿Tuvo Cervantes conciencia de lo que hacía ó sin darse cuenta de ello, encerró entre las chistosas escenas de su fábula esa semilla eterna que habia de fructificar en lo futuro?

Casi me atreveré á contestar afirmativamente á estas preguntas que deben some-

terse al exámen de los hombres doctos. Yo creo que en el Quijote se pueden hallar dos caballerias. La que daba ó habia dado lugar á las exageraciones de los libros á ella consagrados, á la caballería del buen sentido, de la generosidad, de la razon; esa caballería que tiene un altar en todo pecho noble, que vive apegada á toda idea progresiva y moralizadora, que aborrece el dolo y la deshonra, la humillacion y el vicio, que se exalta ante la contemplacion de un desafuero y tiene una lágrima ó un apoyo para toda desgracia. Esa caballería hija de los verdaderos dogmas cristianos, que existe perenne en el fondo de todos los corazones, que nadie ni nada puede destruir, ni las leyes, ni las costumbres, ni los vértigos que arrastran á la sociedad en determinados periodos de su existencia; esa caballeria, en fin, que es la de los modernos hidalgos, la de todos los benefactores de la humanidad, la de cuantos han levantado su voz en defensa de los que sufren, de los desheredados, en contra de los irritantes privilegios, de la odiosa subdivision de gerarquias y

de cuanto contradice á la naturaleza humana. Y cuenta que esta aspiracion, que estos fines no constituyen una doctrina oculta, esotérica, nada de eso; es sí una segunda doctrina consignada al lado de la primordial, ó mejor dicho, es un segundo efecto, un otro resultado del conjunto general de elementos ordenados armónicamente en la obra; es la eficacia trascendental indirecta de la produccion, junto de la eficacia íntima, directa que tuvo y que pasó.

Meditando sobre el Quijote, leyendo cualquiera de sus aventuras, la mas sencilla, se determinan estos dos valores, estas dos significaciones que no se escluyen, ni pugnan entre sí, sino que son lógicas como los términos fatales de un silogismo. Cervantes destruia por un lado la caballería andante que encontraba viciada, puesta en desacuerdo con su siglo y con el ideal de la vida práctica, con el derecho y con la sana filosofía; por el otro presentía la existencia de otra segunda caballería que no habia de embrazar adarga, ni cubrirse con celada, pero que no por eso dejaria, an-

dando el tiempo, de obtener mas triunfos que su antecesora. ¿Qué representa hoy Don Quijote considerado filosóficamente? El tipo genuino del caballero hidalgo, justo, humano, misericordioso, tolerante con las debilidades y flaquezas humanas, intransigente con el vicio, la mentira, la inmoralidad y el crímen. ¿Qué es una quijotada? El arranque del alma cuando arrastrada por un ímpetu secreto de justicia ó compasion se lanza á proteger al débil ó á socorrer al que sufre. El egoismo de los descreidos podrá censurar esta conducta, la abnegacion de los buenos estará con ella eternamente.

## VI.

### La Estafeta de Urganda.

ESPÍRITU DEL GÉNERO LITERARIO Á QUE EL QUIJOTE PERTENECE.

Atravesamos una época de investigacion y de análisis. El espíritu crítico todo lo abarca, y no hay principio científico ni dogea religioso, ni institucion política, económica ó social por antigua y sólidamente asentada que se le suponga que esté exenta de su jurisdiccion. Las ideas de libre exámen, el insaciable deseo de conocer la razon de todas las cosas, de penetrar hasta en lo mas íntimo de lo que forma la urdimbre de las civilizaciones, agitan á los hombres, pero con particularidad á los que se dedican á estudios filosóficos. El siglo XIX no ha aceptado sino á beneficio de inventario las

afirmaciones que le legara el anterior, y de aquí el pretender persuadirse de si son justas y merecidas las reputaciones creadas, los respetos consagrados, ó si por el contrario deben desecharse las unas y prescindirse de los otros por inoportunos ó injustificados. Historia, religion, filosofía, costumbres, idiomas, todo se examina con ahinco, todo sufre un trabajo de descomposicion radical en manos de los críticos. De consecuencia en consecuencia se quiere bajar hasta el principio generador perceptible de las cosas, para conocer todas sus leyes. relaciones, modos, aspectos y resultados próximos ó mediatos.

El señor Benjumea dentro de las miras de esta época se ha propuesto describir y poner de manifiesto los secretos que en su creencia ha encontrado en la historia del Ingenioso Hidalgo. En el folleto en cuestion que equivale á un prospecto ó muestra de sus «Comentarios,» empieza asentando que tenemos únicamente el «presentimiento,» pèro no el «conocimiento» de los tesoros escondidos en la produccion de Miguel de

Cervantes: cree que hemos visto al Quijote armado y oculta la fisonomía con la visera de papelon y que nos hemos contentado con reir de sus acometimientos, burlarnos de su arrogancia, compadecernos de sus caidas y celebrar en coro los donaires de su escudero, es decir, que nos preocupábamos esclusivamente de la letra, abandonando el espíritu como cosa secundaria ó imcomprensible. Atiende despues el señor Benjumea al movimiento que en favor del Quijote se ha despertado en estos últimos tiempos, á la admiracion siempre creciente con que es saludado por todos los pueblos, al ahinco con que la opinion pública procura enaltecer el nombre de su autor, y de aquí deduce, considerando á aquella como á un gran jurado, que lo que pretende con todo esto es llamar al «emplazado» caballero para juzgarle, para desenvolver y desentrañar lo que está en él oculto, para buscar su alma por tanto tiempo suspirada, y ponerla de manifiesto á la consideracion de sus admiradores. ¿Para conseguir tamaño propósito, qué pretenderá la opinion pú-

blica de los críticos? Pretenderá, segun el señor Benjumea, que se satisfaga ese deseo vehemente, creado por el presentimiento de los comentadores del espíritu. Pretenderá que se remueva la superficie y se socaven los cimientos para recrearnos en su belleza orgánica, en la disposicion de sus partes y en la sábia proporcion del todo; que se descifre el misterioso lema y se halle el alma que inmortal le lleva de siglo en siglo triunfante, mientras tantas obras perecen, siempre nuevo, lozano siempre y vigoroso. Deseará conocer la alegoría de esos combates imaginarios, la moral de esas transformaciones, que, sin salir de lo natural y verosímil, frisan con los límites de lo fabuloso; la anagogia ó sobre-sentido de la personificacion del valor en un cuerpo decrépito, de la frescura de la imaginacion en un cerebro seco y trastornado; la significacion de ese guerrero de brazo débil, y leon en el ánimo; de ese anciano frugal y castísimo, y al par loco de amores; en una palabra, de esa contradiccion viviente, discrecion-locura, magestad-irrisoria, grandeza menos-

cabada. Deseará investigar, qué significa ese escudero que le sigue, en cuerpo y ánima su reservo, caminando por la misma senda con diversos fines y no menos maravillosa contradiccion de malignidad y sencillez, de ignorancia y de discrecion, de lealtad y de egoismo. Querrá saber lo que se simboliza en esa Dulcinea, aclimatada en todos los idiomas, y parte del lenguaje mitológico de nuestros dias, introducida no menos que el Quijote en la vida intelectual de todos los pueblos; lo que significan los gigantes enviados al Toboso; la misteriosa penitencia de Sierra Morena; los encantos que todas sus empresas tuercen, y finalmente por qué y con qué objeto se mueven los demás personages, que directamente intervienen, en el modo de ser de las diversas aventuras.»

El nuevo comentador afirma haber encontrado el hilo que conduzca por el hasta ahora difícil laberinto de este libro, y partiendo de que la letra del Quijote como la de todos los grandes libros «mata» y que solo su espíritu es el que «salva,» declara

que los pasados siglos no comprendieron el Quijote, y que este milagro es obra de la civilizacion moderna. Benjumea ha sido quien ha encontrado el espíritu verdadero de la obra, á favor de lo cual se propone esplicar satisfactoriamente todos y cada uno de los pasages hasta ahora reputados por ininteligibles.

Despues de este proemio, nuestro compatriota establece el método á que ha subordinado lo que llama «Génesis del Comento,» dividiéndolo en cuatro grandes secciones.

1.ª Espíritu del género literario á que el Quijote pertenece.

2.ª Exámen de la época en que vivió nuestro ingenio.

3.ª Crítica de todas sus obras.

4.ª Vida de nuestro gran poeta.

La atenta y desapasionada lectura de la «Estafeta de Urganda» hace creer que el propósito de su entendido autor, en la parte que es dado conocerlo, se dirije no solamente á ilustrar el Quijote y la vida de Cervantes con comentarios filosóficos y litera-

rios, sino tambien á poner al alcance de todos la doctrina recóndita, esotérica segun los términos de escuela, que entre sus páginas se encierra, doctrina ó espíritu que ántes que él habian vislumbrado algunos críticos, pero nadie descubierto en toda la série de sus afirmaciones. Esta opinion que por lo tocante al segundo estremo debe admitirse con toda reserva, pues no se vé esplicado el intento del señor Benjumea con la perspicuidad y precision que era necesario, me obliga á dividir este análisis en dos secciones distintas. Destinaré la primera á dilucidar cuanto se refiere á la idea fundamental de los nuevos «Comentarios,» la segunda á los estremos que se ciñen ya á la parte puramente literaria del libro, ya á la autobiografía del autor. Entro con desconfianza en este trabajo porque, como ya se ha dicho, el pensamiento del señor Benjumea no se conoce tan clara y terminantemente que no puedan deslizarse errores en su interpretacion; siendo esto tan exacto, cuanto que él mismo en su segundo comunicado á los periódicos de la

Corte atribuye las críticas que hayan podido hacerse de su obra á la carencia en ella «de una conclusion y sistema que envuelva y concentre el resultado de sus trabajos críticos.» Motivo bastante se me antoja para pedir el que no se olvide semejante confesion, que en su caso podrá servir de descargo á las faltas que involuntariamente pueda yo cometer.

## ESPÍRITU DEL GÉNERO LITERARIO Á QUE EL QUIJOTE PERTENECE.

Hé aquí la primera y principal cuestion de las varias que inicia el señor Benjumea. Séame permitido reproducir el párrafo en que reasume sus ideas acerca de ella, pues de este modo el lector podrá dar su fallo con verdadero conocimiento de causa.

«El grave daño en que se incurrió siem-

pre al criticar el Quijote, fué considerarle como un hecho aislado de la inteligencia de Cervantes; como si una produccion literaria de la grandeza del Quijote, pudiese ser un engendro caprichoso de la fantasía, ó como si, verdadero acto de la inteligencia, no tuviese sus antecedentes y relaciones con otros actos de la misma naturaleza, con hechos y circunstancias de la vida del escritor y de su época. Lo único que se tuvo presente fué su mezquina relacion visible y tangible con la literatura caballeresca, y esto, desgraciadamente, por quienes no comprendieron ni el espíritu ni la influencia de estas producciones de la Edad media.

Ahí están el Quijote y los libros desde Amadis hasta don Policisne, trasquilados á cruces por la tigera implacable de los eruditos, «sin haber sacado nada de sus entrañas, pudiendo aplicarse «á esta infructuosa y triste tarea,» estos versos de «il Caporali,» amigo de «Cervantes:»

«Perche la pica stride, e si consuma
Quando che viva si sente pelare,
E tirar via la carne con la piuma.»

Y desde Turpin (el verdadero y el falso) hasta Fortinguerri, ¡cuántos matices en el pensamiento, cuánta diversidad en la intencion de estos coronistas! Pero ¿quién habia de pensar que la Reina Iseo del ciclo de Arturo y la Tabla Redonda, tuviese que ver con la hija de Latana, con esa Angélica antojadiza del ciclo Carlovingio ni con las Orianas de la familia moderna de Gaula? Y estas damas no trasmitian el cetro del Catai á humo de pajas. Cervantes sabia muy bien qué relacion existia entre el prototipo del caballero andante Hércules (fuego universal), y los Heráclidas de la Edad media, tan guerreros como predicadores, tan teólogos como capitanes, que comienzan en Perceval, Lanzarote, y continuan por Roldan, Reinaldos, Oliveros y Amadises, hasta terminar en su Quijote y en su contemporáneo el Caballero del Sol, de Pedro Villalumbrales. Cervantes conoció la significacion y correspondencia que habia entre la mitología clásica y la romántica, lo que unia la figura de la Helena Troyana con la doncella de la selva de Ardeña, las Circes y Me-

deas con las Morganas y Urgandas, los centáuros hijos de la niebla y del aire, y los gigantes follones malandrines.

«Creyóse que el autor del Quijote era enemigo de esta literatura, y todo se trastrocó volviendo lo de arriba abajo; cuando no ha habido escritor mas enamorado de estos libros y mas deseoso de seguir el verdadero espíritu de ellos en teoria y en práctica.» Pero á nosotros nos bastó saber que todo este centon de historias era una máquina de disparates, y que si D. Quijote encuentra una encina en el campo, no era porque es propiedad de la tierra el producir encinas, sino porque tal ó cual caballero, en tal ó cual capítulo de su historia, se encuentra con este árbol. Si se cae del caballo, es porque otro caballero se habia caido ántes que él, hacia setecientos años; si encuentra una doncella, es porque otro andante tuvo igual hallazgo, y finalmente, si bebe, si duerme, si come ó si anda, es porque los caballeros habian bebido, dormido, comido y andado ántes que él. Pero esto seria interminable; baste decir que la

obra que salió al público en 1833, y que era como las «summas» en materia de comento, dejaba el Quijote como salió de las manos de Bowle, si ya no es que la crítica iba hácia atrás, como los potros de Gaeta. Me ha sido necesario emprender el importantisimo estudio de la literatura caballeresca, para conocer sus elementos, mitología y caractéres principales; para deslindar la amalgama que tuvo con la clásica, y seguir sus sucesivas manifestaciones, desde la sincera fé del Obispo de Reims, hasta los asomos de la sátira en Pulci, Boyardo, Ariosto y Cervantes: en cuyo tiempo ya Villalumbrales, manifestaba paladinamente el simbolismo moral de los endriagos y gigantes en la defensa que hizo el Caballero del Sol de la razon natural.»

Varios puntos controvertibles se deducen lógicamente de este primer párrafo.

Nadie puede creer que el Quijote fuese un hecho aislado de la inteligencia de Cervantes, porque nadie cree, suponiéndole suficientemente ilustrado, que el génio inventa nada en este órden de ideas, lo cual

contradiría ese aislamiento; por el contrario la concepcion primitiva del Quijote debió venirse elaborando en su cerebro de tiempo atrás, por mas que la forma fuese la inspiracion de un momento. Cervantes no trazó un plan, ni se fijó un método, ni meditó con escrupulosidad y detenimiento, puesto que el Quijote segun la opinion del señor Hartzenbuch, digna de tenerse en cuenta, fué escrito cuando Cervantes era viejo y pobre, falto de memoria y de libros, lo que ocasionó que la parte erudita fuera tan inexacta, y que cuando llegaba al fin de un capítulo no recordase lo que habia puesto al principio. Cervantes, además, no se paró á ver si habia defectos de órden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fué componer una fábula regular y rigorosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerías, llevando el contentamiento á todos los espíritus y la satisfaccion á todos los gustos. Cervantes siempre que habla de su obra justifica esta opinion. Hasta en

el «Viage del Parnaso» dijo lo siguiente:

«Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
En cualquiera sazon, en todo tiempo.»

¿Si esto no fuera así, cómo se esplicarian las graves inexactitudes, los anacronismos y contradicciones del Quijote? ¿Cómo se comprendería que Cervantes se condujese con tanto descuido y negligencia? Él mismo lo puso muy por debajo del «Persiles y Segismunda,» que tituló grande obra, colocándola sobre las demás y patentizado que no atribuia grandes pretensiones literarias al Quijote.

Antes que el Sr. Hartzenbusch, Clemencin habia dado la misma esplicacion á los lunares que se hallan en la agradable historia. Estoy muy lejos de creer, dice, que su conducta fué efecto de largas y profundas meditaciones; ántes al contrario todo muestra que no procedió con sujecion á plan alguno formado de antemano, y que el Quijote se fundió como por sí mismo, en la oficina de un feliz y bien organizado

entendimiento. Por mi parte, como ya lo he consignado, conceptúo que la idea fundamental, el gérmen del Quijote existia de tiempo atrás en la inteligencia de Cervantes, haciéndolo así presumir sus conocimientos en la literatura caballesca y en la escuela del mundo: la realizacion, la parte artística, fué obra más que de raciocinio de sentimiento é intuicion.

De todos modos es lo cierto que casi todos los comentadores han visto los antecedentes literarios del Quijote en los libros de caballerias, sus precedentes morales en las censuras hechas por los filósofos, sus relaciones con circunstancias de la vida del autor. Desde Gayton hasta Bastus no hay un solo anotador que no halle semejanza y relaciones entre el Quijote y los libros de gesta, relaciones que no son por cierto mezquinas y despreciables como quiere el señor Benjumea, sino importantísimas y muy significativas, como que dan razon de la historia retrospectiva y laboreo intelectual del libro. El conocimiento de esas mismas relaciones hace que este sea mas aprecia-

do, puesto que dan testimonio del ingenio y chiste de Cervantes, de su gracia y de su talento, de la felicidad con que llegó á la meta que se habia propuesto.

Cantú dice por lo que respecta á las relaciones del libro con la existencia y condicion del autor:

«Bajo aquella perpétua risa, al través de la oposicion que establece entre la materia egoista de suyo, y el espíritu que se lanza á toda especie de sacrificos, ora se ria de aquella, ora se compadezca de esta, se trasluce el descontento que apenaba el ánimo de Cervantes, al ver desconocidos y sin recompensa los generosos sentimientos que en su juventud lo han lanzado á los campos de batalla y hecho soportar con heróica constancia los tormentos de la esclavitud; al paso que en la gloria no halló tampoco mas que amarguras, ingratitudes y desengaños. Él, el primer escritor de su siglo, se veia pospuesto en las regiones del favor y de la gloria á la miserable turba que sabe adular, y llamó tan poco la atencion de sus contemporáneos, que no se sabe á pun-

to fijo donde murió, así como no se sabe donde nació (1).

Véase, pues, que aun sin necesidad de mayores investigaciones resulta la inexactitud probada con que ha procedido el señor Benjumea.

Dejando á un lado lo de que Cervantes conocia la relacion que existia entre el prototipo del caballero andante Hércules y los Heráclidas de la edad media, entre la mitología clásica y la romántica, afirmaciones en mi sentir aventuradas, me fijaré en la mas importante de todas las que encierra el párrafo, y que constituye como el punto de donde arranca nuestro compatricio para establecer su sistema de interpretacion.

¿En qué se apoya el señor Benjumea para afirmar que no ha habido escritor mas enamorado que Cervantes de los libros de caballería? Si solo se funda como parece en el hecho de haber Cervantes salvado de la hoguera encendida en el corral de su ca-

(1) Cantú se equivoca: Ya consta que Cervantes nació en Alcalá de Henares el 9 de octubre de 1547 y que murio en Madrid el 23 de abril de 1616.

sa las historias de «Amadís de Gaula» «Palmerin de Inglaterra» y «Tirante el Blanco,» en que intentó escribir el «Bernardo,» y en que por último arregló el «Orlando Enamorado de Boyardo,» á proporciones escénicas, en verdad que son fundamentos muy deleznables para dar como cosa incontestable el delirio de Cervantes por las epopeyas é historias fabulosas. Segun esto todo cuanto se dice en contra de ellas, lo mismo en la primera que en la segunda parte del Quijote, nada significa. Es decir, que en el sistema del señor Benjumea, lo claro, lo terminante, lo rotundo, lo que no admite interpretacion, encierra un sentido oculto que equivale á lo contrario de lo que arroja el literal sentido de la frase; mientras lo puramente hipotético, lo dudoso, lo indirecto, lo que cada cual puede interpretar á su manera, es lo que merece verdadero respeto, lo que debe servir de criterio para juzgar al Quijote. Tan peregrina lógica en verdad que debe dejarnos pasmados. Cervantes se propuso lo contrario de lo que anunció; Cervantes no quiso destruir los libros de ca-

ballerías, sino escribir uno mas perfecto, puesto que los existentes eran fatales. Cervantes amaba con delirio todas aquellas aventuras maravillosas, todos aquellos delirios y encantamentos que ridiculiza en su fábula.

Cuando en el prólogo de la primera parte dice «que toda su obra no es mas que una invectiva contra los libros de caballerías,» nos engaña.

Cuando añade que su «escritura» no «mira mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías,» sean buenos ó sean malos, se burla de nosotros.

Si amplía aun mas su censura repitiendo poco despues que «lleva la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos mas;» si en el capitulo V maldice á los tales libros; si en el VI los condena al fuego salvando dos ó tres por su valor literario ó quizás por aquello de que no hay libro por malo que se le suponga que no contenga algo de bueno; si en el XXX ma-

nifiesta que las aventuras caballarescas son «invenciones, mentiras y necedades,» tambien se mofa de sus lectores, pues que cree lo contrario.

Si en el XXI pone en boca del zagal Andrés la «maldicion contra los caballeros andantes;» si en el siguiente capítulo hace una crítica discretísima de los disparates é indecencias que los tales libros contienen; si los llama «compostura y ficcion de ingenios ociosos;» si afirma que se componian para entretenimiento de gentes rústicas, pues jura que tales caballeros fueran en el mundo, ni tales hazañas ni disparetes «acontecieran en él,» si indirectamente crítica que los señores del Consejo den licencia para la impresion de «tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio,» no hay que creerle, pues se está mofando.

Si en los capítulos XLVII y XLVIII dá mayores proporciones á la crítica séria, analizando menudamente los libros de caballerías hasta presentarlos por el lado mas ridículo posible, mas absu[illegible]o y despreci-

ble, si los califica de «perjudiciales,» de «disparatados,» si añade que son en el «estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, nécios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, agenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como agente inútil; si llega hasta señalar los males que estaban ocasionando á la sociedad y á las letras, todo esto no significaba que Cervantes fuera contrario de ellos, pues «no ha habido escritor mas enamorado de estos libros y mas deseoso de seguir el verdadero espíritu de ellos en teoría y en práctica.» (1)

En la segunda parte de su obra revela Cervantes la misma ojeriza contra la literatura caballeresca, y para que no quedase duda de que se habia propuesto su ruina, terminaba aquella con las palabras que ántes de ahora quedan citadas, pero que convie-

(1) Benjumea.

ne reproducir. Dice que para hacer burla de tantas salidas y jornadas como hicieron los andantes caballeros, «bastaban las dos (debió decir tres) que el suyo hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron: que él habia sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no habia sido otro su deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías; que por las de su verdadero Don Quijote iban ya tropezando y habian de caer del todo sin duda alguna.»

Pero no es esto solo. Si Cervantes nos engañaba ocultándonos sus intentos, tambien su rival Avellaneda se engañaba á sí propio cuando decia en el prólogo de su libro que tanto Cervantes como él «tenian un mismo fin, que era desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa.» Todos los eruditos que han escrito sobre el Quijote, todos los hombres doctos ó ignorantes que lo han leido, todos se han equivocado, cre-

yendo lo contrario de lo que realmente era. ¿Pero qué contestará el señor Benjumea ante los resultados que tuvo la obra en el órden moral y literario? Si el intento de Cervantes no fué destruir la literatura ficticia, lo cierto es que dió por tierra con ella, cubriéndola del mas soberano ridículo. Cervantes ama con delirio la literatura caballeresca, Cervantes conoce su alta significacion y su simbolismo, quiere enaltecerla, sublimarla, quizás purgarla de la mala semilla que la trae á su decadencia, y al efecto la ridiculiza hasta matarla: hé aquí un enigma, un hieroglífico incomprensible. Por fortuna Cervantes con sus nobilísimos intentos, no podia, en el declive ya de su existencia, cuando su reputacion estaba asentada sobre sólidas bases, intentar la rehabilitacion de una literatura tan dañosa, que servia de pasto al entretenimiento casi esclusivo de gentes ociosas y de baja estofa. No era posible que el mismo que estaba presenciando los estragos que en las costumbres hacian los tales libros, las censuras que contra ellos se fulminaban, lo mismo en España que en

Italia (1), concibiese el inoportuno empeño de levantarlos en la consideracion pública, consagrando á tan baja empresa sus nobilísimas facultades.

Pero no es el señor Benjumea el primitivo autor de esta paradoja, ni debe echársele á él toda la culpa. D. Vicente Salvá defendió que Cervantes no trató de atacar la esencia de los libros de caballerías, sino que intentó limpiarlos de sus absurdos y desatinos, añadiendo que no hizo mas que escribir otro libro mas del mismo género, que ha acabado con todos sus antecesores por la inmensa superioridad que sobre ellos tiene. (2).

No sé como el señor Salvá pudo espresarse en estos términos. ¡Decir que el Quijote equivale á un libro mas de caballerías, pur-

(1) Tulia de Aragon en Italia combatió enérgicamente los libros de caballerías, lamentándose de que contuvieran «cosas lascivas, deshonestas é indignas, de que no solo las monjas y las doncellas, las viudas y las casadas, las admitiesen en sus habitaciones, sino hasta las mugeres públicas.» Habiendo conocido en su propio ejemplo el gran daño que causa el raciocinio en las almas juveniles y mas todavia la lectura de cosas lascivas y deshonestas» escribió el «Guerrino detto Meschino» con la intencion de alabar á Dios.

(2) V. E. de Ochoa. Apuntes para una biblioteca.

gado de los defectos que en aquellos se notan! ¿Puede darse mas desatinado juicio? ¿Pues qué en todas y cada una de las páginas de la inmortal sátira no está presentada la caballería militante del peor modo posible? ¿No se advierte que las hazañas y los hechos que muy formalmente se relatan en el «Caballero del Sol», en «D. Belianis de Grecia» ó en «Félix Marte de Hircania», en el Quijote se narran siempre en sentido burlesco, excitando la risa del lector y el desprecio de lo ridiculizado tan hábilmente? ¿Si Cervantes pretendió solo corregir los vicios introducidos en la literatura caballeresca, por qué no escribió en sério un nuevo libro de la misma índole, que conocimientos y facultades tenia para ello? ¿Qué significa entonces Sancho Panza, el sándio escudero, el egoista servidor del encantado caballero? ¿Qué significan los distintos caractéres introducidos en la fábula para contribuir al descrédito de la caballería y de su literatura? Admitiendo que Cervantes intentó reformarla, es necesario admitir dos consecuencias fatales para su renombre:

Primera. Que equivocó el camino. Segunda. Que obtuvo por su torpeza un resultado contraproducente, pues su Quijote fué el golpe de gracia asestado contra aquella literatura de quien se supone estaba tan enamorado.

Como Salvá, un escritor francés, apasionadísimo de la literatura ficticia hasta el punto de haber escrito una imitacion en verso de Amadís, sostuvo que Cervantes no quiso matar los buenos libros de caballería. Creuze de Lesser, que este era su nombre, dijo que nuestro manco no habia hecho la guerra mas que á los malos libros; que destruyendo la inundacion no detuvo el curso del rio Y despues esclama en un trasporte de cariñoso afecto hácia los libros de gesta, «Amadis y Rolando vivirán siempre lo mismo que las agradables y sencillas historias de la Tabla Redonda.» El tiempo se ha encargado de desmentir estas afirmaciones, pues por mas que Cervantes en el escrutinio salvase á tres paladines fabulosos de la general conflagracion, sus hazañas pasaron al dominio del olvido. Lo mismo el

célebre «Tristan» entre los franceses y alemanes, que el «Amadis» entre los españoles, son conocidos solamente de los eruditos, pues para la generalidad están muertos por completo, así como

«Tant de chateaux forcés, de Geans pourfendus»,
«De chevaliers occis, d' enchanteurs confundus.»

por mas que pertenezcan al ciclo de Arturo ó al de Carlomagno, que para la generalidad tan insípidos y destituidos de gracia son actualmente los unos como los otros. Yo en mi particular no soy enemigo de los libros de caballerias, pues tanto bajo el aspecto literario como bajo el social, creo que tienen un gran valor ante el filósofo y el historiador.

En esos libros, pero mas especialmente en los poemas en verso de los ciclos carolingio y breton, se encuentran reasumidas las primitivas tradiciones de los pueblos indígenas de la Europa. Hay quien asegura despues de haberlos examinado que mientras los unos son genealogias mas ó menos completas de las dinastías célticas, los otros ofrecen el carácter de la cosmogonia y de

las fábulas teológicas primitivas. La Edad media con sus defectos y sus perfecciones, sus recuerdos y sus esperanzas, está tambien reflejándose en esas composiciones, que encierran para nosotros un interés histórico de mucha trascendencia. Esas rapsodias que andando el tiempo dieron lugar á las epopeyas en prosa, constituyen un cuerpo de tradiciones curiosísimas que ya es tiempo de apreciar en lo que valen: si los poemas antiquísimos de los celtas, bretones y escandinavos, si los romances primitivos de las lenguas de *oil* y de *oc* ó del informe «romance», no pueden ejercer ninguna influencia perniciosa en las costumbres, gracias á la ilustracion del siglo, deben ser de gran utilidad en el órden literario. Así lo han comprendido muchos hombres eminentes que se han dedicado á salvar de la polilla de los archivos esos restos preciosos de una civilizacion que sirvió de cuna á la presente. Southey en Inglaterra publicó la «Muerte de Artus»; Waltter Scott «Tristan el Escocés»; en Alemania Goerres dió á la estampa el «Lohegrin»; Muller «el Perce-

val»; Docen varios fragmentos del «Titurel»; Lachmann el «Wigalois», Benecke el «Iwein»; Hagen el «Tristan». «Los Niebelunges» han sido tambien traducidos y comentados, y por último, lo mismo Goethe que Tiek, los Schlegels y otros muchos escritores se han entregado al cultivo de esta literatura.

En Francia tambien se han hecho y están haciendo importantísimos trabajos, pues háse publicado el «Brut», traducido los «Niebelungens» y otros poemas alemanes, vertiéndose tambien al francés moderno algunas epopeyas galas antiquísimas. M. Eugene Baret ha escrito un libro con el título «Del Amadís de Gaula» y de su influencia sobre las costumbres y la literatura de los siglos XVI y XVII.» En idioma francés publicó Francisco Michel en Lóndres en 1836 el «Carlomagno» poema anglo-normando del siglo XII. dado á luz por primera vez: despues ha dado á la estampa varias antiquísimas epopeyas entre las que figuran el «Roman de la Rose» y otras. Mr. Loundre ha rehabilitado la memoria de Merlin que

es la personificacion de la primitiva nacionalidad anglo-sajona, pues publicando ántes que nadie en la «Revista de Paris», (1846) una historia del célebre encantador, hizo que en Alemania M. Karl Immermann lo eligiese por héroe de un drama, que en Inglaterra Mr. Alfred Tenny buscase en su biografía los elementos de un poema, y que en el mismo Francia Egard Quinet lo eligiese asimismo como el personage de una de las fantasías épicas. No hace muchos meses que un miembro del Instituto de París, el Vizconde Hersat de Villemarqué, ha escrito una historia de Merlin, ocupándose de sus obras, y de su influencia en las costumbres de su época, despues de haber dado á luz importantísimas producciones relativas á los poemas de la Tabla Redonda y á las leyendas bretonas y galesas. Por último, M. de Teroulde publica en estos momentos la leyenda de «Rolando» y la «Crónica de Turpin».

En nuestra España, donde el estudio de la Edad media ha estado tan abandonado, se ha empezado á trabajar en el mismo

sentido, pues el «Poema del Cid,» «el Cancionero de Baena,» el del señor Duran y otras composiciones del ciclo legendario, han sido objeto de eruditos trabajos. Tambien la «Biblioteca de autores Españoles» ha publicado un volúmen de libros de caballerías con un excelente prólogo del señor Gayangos. Por los años de 1827 el señor Salvá en el «Repertorio Americano,» periódico español impreso en Lóndres, habia dado á luz curiosas investigaciones sobre este género líterario; en fin, para que se comprenda qué general es la reaccion en favor de la literatura caballeresca, puedo decir que hasta el Portugal, representado por dos de sus mas ilustres hijos, los señores Garret y Herculano, ha hecho algo en favor de su análisis y discreta apreciacion (1).

Dando ya término á estas observaciones, que ampliaría con mucho gusto á permitirlo la índole de este Ensayo, volveré al tema principal.

Además de los autores citados, Viardot

---

(1) Véase además la nota de la página 73.

y algun otro han consignado diferentes sugestiones en el sentido que se espresa el señor Benjumea; pero en mi concepto tan deleznables son las razones de los unos como la rotunda afirmacion del otro. En esta cuestion, yo digo como mi ilustrado compatricio, entre «Cervantes y los críticos, Cervantes,» pues me atengo á sus frases, á sus terminantes palabras, á lo que nos ha dicho sin ambages ni rodeos, de una manera clara, esplícita y concluyente. Si el señor Benjumea quiere que descendamos al terreno de las hipótesis, que hagamos cálculos sobre las intenciones de Cervantes, que filosofemos, no tengo inconveniente; pero dejando siempre sentado que esto no pasará de un pugilato del espíritu, que no ha de perjudicar nunca á la obra.

Adolfo Puibusque, autor de una historia comparada de las literaturas española y francesa, examina la influencia que en la esfera del arte ejerció Cervantes con sus producciones en prosa y verso, pero muy principalmente con el Quijote. Hablando de la novela *(roman)* dice, que sabemos bien

lo que ha sido despues de Cervantes, y en seguida pregunta: ¿Pero ántes qué era? La pintura de los estremos, de los «andantes caballeros,» ó de los «truanes» es decir, de «Don Amadís de Grecia,» ó de la «Pícara Justina.» ¿Dónde se la encontraba? En las nubes del mundo ideal ó en el fango del mundo real. De un lado no se quería representar á la humanidad tal como era en sí; del otro se huia de ofrecerla como debia de ser. Cervantes fué poeta sin ultrajar la razon, y hombre sin envilecer su naturaleza; cambió la índole de la caballería y supo hacer de ella un uso tan feliz que la rodeó de un interés que ántes no tenia, transformacion ingeniosa que creó al mismo tiempo la novela cómica y la moral, dando el tono á la una y la otra y estableciendo la subdivision racional entre la poesía y la prosa con exactitud matemática.

Efectivamente antes de que Cervantes lanzase al mundo los «hijos de su entendimiento», la novela habia seguido dos caminos distintos, á cual peores, bajo el punto de vista del arte y de la moral, pues ámbos

llevaban irremisiblemente al mal gusto, á la exageracion y á la perversion de los buenos instintos. Si el primero no era otro que el de las crónicas fabulosas, el segundo tenia por límites la pintura de los séres mas abyectos de la sociedad con la narracion de las escenas que de ellos podian esperarse. La verdad habia huido de todas las composiciones de esta índole, y en su lugar se habia colocado el trono de la mentira y del error. No pidais á semejantes libros por regla general ni gracia, ni donaire, ni inventiva que recree y que sorprenda por la originalidad de los recursos, pues no hallareis en ellos mas que lugares comunes. Cervantes creó un nuevo género literario, la verdadera novela moral, el verdadero poema de la existencia con toda la fuerza cómica de la vida práctica; al mismo tiempo concluía con la caballería andante á la antigua, y presentía la caballería á la moderna, aquella caballería que habíamos de hallar en Lope de Vega y en el maestro Tirso, en Moreto y en Calderon. Asi es como yo me esplico su influencia en la esfera del arte; de este

modo es como únicamente pienso que puede decirse que Cervantes no fué enemigo de la caballería. Entendiendo por esta los sentimientos nobles, hidalgos, humanitarios, la verdad, la dignidad, ¿quién duda que Cervantes debia estar enamorado de ella? Pero no eran estos ciertamente los libros de caballerías que con el poderoso ariete de su péñola destruia hasta reducirlos á la nada.

El Sr. Benjumea parece como que duda en el párrafo en cuestion de que Cervantes se propusiera imitar en su libro á los de caballeria. Bastaria citar las palabras del prólogo para convencer al mas terco de que este fué su intento; pero si esto no bastase, el exámen de la obra pone punto á toda vacilacion. Desde un cabo á otro el Quijote está trazado á la manera de las epopeyas fabulosas. Si los autores españoles atribuyen sus historias á sábios ó encantadores de lejanas tierras, Cervantes cuelga la suya al moro Cidi-Hamete Benenjeli.

Feliciano de Silva habia atribuido el «Don Florisel de Niquea» á la Reina Zirfea, al griego Galerin y al latino Talistes Campaneo;

Garci-Ordoñez de Montalvo «las Sergas de Esplandian» al griego Helisabad.

El citado Silva, su «Don Amadis de Grecia» al sábio Alguife.

El autor anónimo del «Caballero de la luz ó Lepolemó» al griego Altisidoro y al árabe Xarton.

Gregorio Fernandez el «Don Belianis de Grecia» al sábio Friston.

Melchor Ortega el «Don Félix Marte de Hircania» al historiador Polibio Ateniense.

Dionisio Clemente el «Don Valeriano de Hungria» á Arismenio.

Cervantes pone en boca de Don Quijote los mismos razonamientos que se leen en los libros de caballerias, y no costaría gran diligencia el ir señalando una por una las escenas y frases que estan imitadas de aquellas historias. Los comentadores españoles, sobre todo Clemencin y Bastus, han señalado muchas de estas relaciones; el estudio que, por mi parte, he emprendido para formar una idea apropiada de lo que era el Quijote, me ha hecho descubrir muchas analogías y semejanzas, muy curiosas

algunas de ellas. He hallado que el ilustre soldado imitó hasta nombres usados en las fábulas caballerescas, que colocó en la suya, ridiculizándolos: el de Altisidora en el «Espejo de Príncipes y caballeros,» corresponde á Archisilora reina de Caria, y en «Don Florisel de Niquea» á la hermosa Archisidea. En el primer libro existen otras concordancias mas ó menos directas con el Quijote, hallándose en el espíritu y estructura de los versos, en la manera de referir las aventuras, y en el carácter general de la produccion. Un caballero enamorado canta en una selva sus desdichas, lo cual nos hace recordar el canto que en el capítulo XXVII oyen el cura y los que le acompañan. En Don Lisuarte de Grecia tenemos la Insula de la Hojablanca; Baltenebros pidió á Amadís lo armara caballero; Oriana escribia á Amadis que no se le presentase, poniendo á su carta este sobrescrito: «Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon, y vos sois el que me feriste.» ¿Quién no se acuerda involuntariamente de la carta de Don Quijote á Dulcinea?

Si Amadís y tantos otros caballeros sostuvieron la hermosura de sus damas, tambien Don Quijote mantiene la de la suya, y Brimarte despues de derribar á un su contendiente le dice: «muerto sois si no conoceis que vuestra señora no iguala á la hermosura de mi Onoria. ¿La aventura del vizcaino entre otras no es un recuerdo de este suceso? ¿Pero á qué seguir buscando relaciones cuando tantas han amontonado los eruditos? Baste decir que hasta en los detalles mas minuciosos Cervantes no perdia de vista los libros de caballerias, y para citar un solo caso recuérdese el de las ramas que Sancho cortaba cuando se disponia á ir al Toboso con la mision para Dulcinea de su señor á quien dejaba en el bosque haciendo la penitencia que Baltenebro realizára en la Peña pobre. Este hecho no era nuevo, pues en el romance del Marqués de Mántua, este hace lo mismo cuando quiere salir del monte donde Carloto asesinó á su sobrino Baldovinos.

«Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare,

Acia do sintió la voz
Empieza de caminare,
Las ramas iba cortando
Para la vuelta acertare.» (1)

Y nada de esto debe estrañarse porque así cumplía al propósito de Cervantes que dijo en el prólogo «que mientras mas perfecta fuera la imitacion que hiciera, tanto mejor sería lo que escribiese».

Quede, pues, consignado que el señor Benjumea en este primer paso, y como base fundamental de sus comentarios, ha debido equivocarse, puesto que Cervantes por mas que libertase de la hoguera algunos libros de caballerias, y por mas que intentara escribir el «Bernardo», y arreglase el «Orlando Inamorato» siempre se mostró enemigo de un género tan defectuoso y nocivo. Tambien aparece de este somero análisis que el Quijote está cortado en el molde de los libros de gesta, que imita en todas ocasiones, sin que esta circunstancia perjudique ni un ardite su bondad intrínseca, sino que por el contrario la acrecienta y avalo-

(1) Cita de Bastus.

ra. Cervantes tomaba de otros la idea de las aventuras que despues ampliaba, modificaba ó engrandecia segun cumplia á su intento, siendo su obra de puro entretenimiento, lisa, llama y sencilla, por mas que examinada desde un punto de vista determinado, equivalga entre otras cosas á un libro de filosofía moral.

## VII.

### Exámen de la época en que vivió nuestro ingénio.

ANÁLISIS DE SUS OBRAS.—EL QUIJOTE.

El señor Benjumea anuncia que en sus comentarios ha establecido la relacion que existe entre los vicios de las instituciones sociales y la crítica de Cervantes. Añade despues que no sigue la ruta trazada por Rios y Navarrete, y otros críticos que de grado se convinieron en andarse por las ramas, firmando una especie de «micrografía» en la que no entraba por sus grandes dimensiones la idea trascendental de la sátira del Quijote. Hay abusos propios y peculiares de una época, vicios en ella característicos, que cambian, se transforman y desaparecen arrastrados por la corriente

de la civilizacion, y contra estos iba dirigida, segun el nuevo comentador, la sátira especial de Cervantes, ó sea lo que constituye su idiosincracia.

Tenemos, pues, que la sátira del Quijote es de dos maneras: una de los vicios que entran en la categoría moral y que no cambian nunca, y en este terreno la crítica de Cervantes encaja no solo en su época sino en todas las épocas imaginables: otro de los defectos que aparecian en la complexion especial de su tiempo, y bajo este aspecto el infortunado vate asesta sus tiros contra el Santo Oficio, sin que se crea por esto que la doctrina esotérica del Quijote va dirigida contra el temido tribunal, sino contra el orígen de su desventura, que se enlaza indirectamente con la existencia de esta institucion y con el fanatismo religioso de Felipe II. La causa directa del infortunio de Cervantes provino de los abusos y de los males generados tal vez contra la voluntad y espíritu de la institucion misma, cuyo celo esplotaron muchos de mala fé. La Inquisicion, añade, fué instrumento, no

causa de su desventura; así es que Cervantes supo distinguir el culpable, que encubierto bajo el seudónimo de Avellaneda no era otro sino el doctor Blanco de Paz.

El señor Benjumea se equivoca en mi sentir en esto último, ó por lo menos no tiene los fundamentos necesarios para afirmarlo de una manera concluyente. Procede cuerdamente separando la crítica trascendental del Quijote de la crítica particular que en la obra puede contenerse; pero es esta segunda tan secundaria y tan sujeta á error en su determinacion, que no debe sériamente ocupar á los críticos, ni hacer descansar sobre ella todo el artificio, todo el ingenio y toda la intencion del libro. El Quijote se entiende perfectamente sin estar al cabo de los negocios particulares entre Cervantes y su adversario Blanco de Paz, pues el primero no escribió su obra con la mira de tomar venganza ó buscar desagravio de los ataques de que habia sido objeto por parte del último, sino con el propósito de destruir los libros de caballerías, encerrando la leccion en una fábula

que produjese eterno é inofensivo contentamiento á toda suerte de lectores. Convengo en que Cervantes en más de un pasaje del Quijote aludiría á Blanco de Paz ó á cualquiera otro de sus émulos, ¿pero es esto fácil de determinar? ¿semejantes detalles pueden nunca constituir el fundamento de la inmortal produccion? El autor del segundo Quijote, el apócrifo Avellaneda, no es el doctor Blanco de Paz, sino el Padre Aliaga, lo cual hace caer por tierra todo el castillo de naipes que ha levantado con su raro ingenio el señor Benjumea.

No es mi intento entrar en una larga disertacion sobre este punto, uno de los mas controvertidos de la historia literaria del Quijote, asi es que reservando á mis observaciones la ampliacion necesaria para el dia en que se publiquen los «Comentarios» del señor Benjumea, me contentaré por hoy con reasumir lo mas importante de cuanto diligentes críticos han escrito sobre el asunto. ¿Quién es el autor de la segunda parte del «Quijote» que impresa en

Tarragona en 1614 corre bajo el seudónimo del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda? Hé aquí la pregunta que hace mucho tiempo vienen haciendo los comentadores del Quijote, sin que se haya contestado por nadie de una manera tan satisfactoria que acalle todo género de dudas. Mientras unos han creido que el falso Avellaneda era Mateo Aleman, autor del «Lazarillo de Tormes,» no muy amigo de Cervantes por cierto, otros con el francés Germond de Lavigne han afirmado que el antagonista de nuestro ingenio no fué otro que Bartolomé Leonardo de Argensola. Estos dos pareceres, sin embargo, como hijos de meras sospechas y destituidos de todo fundamento, pues se han apoyado solo en la idea de que tanto Aleman como Argensola miraban con desvio y hasta con ojeriza á Cervantes, han sido desechados por completo cuando nuevas investigaciones han venido á ofrecer otros nombres con mas rasgos de verosimilitud.

Cean Bermudez, despues de haber en-

contrado en el archivo de Indias la «Informacion hecha por Miguel de Cervantes de lo que habia servido á S. M. y de lo que habia hecho estando captivo en Argel,» interesantísimo documento que estractó y que publicó por primera vez el señor Navarrete, se atrevió á conjeturar que el verdadero autor de la segunda parte del Quijote era el licenciado fray Juan Blanco de Paz, quien residiendo en Argel al mismo tiempo que Cervantes fué su mayor enemigo, procurando perderle por cuantos medios estaban á sus alcances. Esta opinion, no despreciable por cierto, no tan sólo por la autoridad de Cean, sino por los datos que arrojan tanto la citada informacion, que hemos examinado en su original, cuanto la «Topografía de Argel» del padre Haedo, fué acogida posteriormente por Navarrete y Clemencin con las reservas que eran de esperar por parte de hombres tan discretos y competentes en estas controversias. Porque concediendo que Blanco de Paz era el autor de la desventura de Cervantes, es decir, el intrigante que le malquistó una

vez vuelto á España con los que estaban en el poder, hasta el punto de tenerle arrinconado cobrando diezmos, ó siendo dependiente de un empleado subalterno, se ocurren dudas de tanto peso que no debe el recto juicio decidirse desde luego á atribuir al malévolo domínico la redaccion de la obra que tantos disgustos habia de acarrear al ingenio complutense. No hay ni el mas leve indicio de que Blanco de Paz fuese escritor, ni nada que abone la suposicion enunciada, pues los mismos que la han acogido, hánse cuidado de añadir que si él no fué precisamente el autor de la segunda parte del Don Quijote, pudo muy bien á á su vuelta á España influir con algun otro fraile de su instituto para que la compusiese, recayendo las sospechas ya sobre el autor de la «Pícara Justina,» fray Andrés Perez, leonés, enemigo de Cervantes, ya sobre un tal Alonso Fernandez, tambien domínico, natural de Palencia que publicó varios libros devotos por los años de 1611 al 1626. Además de esto, todos los críticos han convenido en que el falso Ave-

llaneda era aragonés, pues sus modismos y las espresas indicaciones de Cervantes autorizan para pensar de esta manera, (1) y bien es sabido que Blanco de Paz fué natural de Montemolin, lugar de Estremadura, junto á Llerena, lo cual acaba de convencernos de que no es la persona que se oculta bajo el velo del seudónimo.

Otra opinion mas fundada corre hoy en gran valimiento por el mundo literario. Don Adolfo de Castro, diligente editor del «Buscapié» que ilustró con interesantes notas, demostrando en ellas una rara erudicion, parece fué el primero que por los años de 1846 señaló al Padre Fray Luis de Aliaga, confesor del rey Felipe III, como verdadero autor del «Quijote» en cuestion, tomando

(1) Mas segura es la noticia que tenemos de que era aragonés y no de Tordesillas, como quiso suponerlo, no solo porque lo declara así Cervantes repetidas veces, sino porque lo acredita y pone manifiesto su lenguaje y estilo, y el uso de ciertas voces y modismos propios de aquel reino, y que no pudo ó no supo evitar, como lo evitaron otros buenos y cultos escritores aragoneses de aquella edad, especialmente los dos hermanos Argensolas, de quienes decia Lope de Vega, que «parece vinieron de Aragon á reformar en nuestros poetas la lengua castellana.» (NAVARRETE.)

para ello pie en varios documentos impresos que habia examinado en el curso de sus pesquisas literarias.

Cuatro años despues, en 1850, el mismo señor publicó al frente de su «Buscapié» un discurso preliminar donde se halla el siguiente párrafo:

«Un antiguo literato residente hoy en Cádiz (1) grande amigo del ilustre aleman Juan Nicolás Bolh de Faber, y editor de los «entremeses» de Cervantes en 1814, mil veces me ha comunicado sus sospechas de que fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III y domínico aragonés, quizá pudo ser el autor de la segunda parte del Quijote escrita por el que se decia Alonso Fernandez de Avellaneda.

Fundaba su opinion en la semejanza de estilos que hay en esta obra y en «la Venganza de la lengua española contra el autor de cuento de cuento» por don Juan Alonso Laureles, «aragonés liso y llano y castella-

(1) Este literato era don José Cavaleri y Pazos, que en 1816 en la imprenta de Hércules, á cargo de D. F. A. Sanchez, publicó ocho «entremeses» de Cervantes. (N. del A.)

no revuelto.» *Es cierto que parecen* escritos de un mismo autor en alguno que otro pasage y sobre todo en lo de denostar furiosamente al autor adversario. Si en la «Segunda parte del Quijote», Cervantes recibió tales injurias, en la «Venganza de la lengua Castellana», Quevedo no quedó menos malparado.»

El señor don Cayetano Alberto de la Barrera, partiendo de esta conjetura, ha escrito un largo artículo, que se ha publicado en la «Revista sevillana de ciencias, artes y literatura» que con tanto acierto dirigió el señor Fernandez Espino, donde demuestra con nuevos documentos y sólidas razones que por hoy no puede atribuirse á otro que no sea al Padre Aliaga la «Segunda parte del Quijote» impresa en Tarragona.

En tan interesante trabajo se prueba que el padre Aliaga era designado por algunos con el nombre de «Sancho Panza,» citándose para el efecto una décima compuesta por el conde de Villamediana, que existe

inédita en la Biblioteca Nacional, y que al pie de la letra dice así:

«*Sancho Panza el confesor*
*Del ya difunto monarca,*
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador,
El cuchillo del dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado
Que será segun he oido;
Un inquisidor inquirido
De confesor confesado.»

Es este un testimonio irrecusable en tan árdua controversia que por otra parte aclarara el soneto que Cervantes puso al frente de su libro en boca de Gandalin, así como las dos décimas del poeta entreverado. Cervantes aplicó el dictado del Padre Aliaga á su escudero, de donde parece proceder la ojeriza del encumbrado domínico y el que este consignara en el prólogo de su Quijote estas significativas palabras:

«Pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte, pues no podrá por lo menos dejar de confesar «tenemos ambos un fin», que es desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de caballerias, tan ordinaria en gente

rústica y ociosa, si bien en «los medios diferimos», pues él «tomó por tales» (por uno de ellos) el «ofenderme á mí» (llamando al escudero de don Quijote con el apodo que distinguia á Aliaga) y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones mas estrangeras, etc. (Lope de Vega)». y algunas líneas mas abajo:

«No solo he tomado «por medio» entremesar la presente comedia con las simplicidades de «Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie, ni de hacer ostentacion de «sinónimos voluntarios»; si bien supiera hacer lo segundo, y mal lo primero, cuyos textos están indicando claramente que él era el ofendido, proponiéndose al usar del carácter de Sancho no ofender á nadie como habia hecho Cervantes.

El señor Alberto de la Barrera trae curiosísimos argumentos en apoyo de su opinion, algunos de los cuales deben acogerse con mucha cautela, sobre todo los que se fundan en anagramas, de donde tantas especies gratuitas pueden deslizarse; pero de cualquier modo resulta que hoy por hoy el

escritor á quien con mayores probabilidades puede atribuirse la segunda parte del Quijote es al Padre Aliaga, destruyéndose cuanto se habia dicho en otro sentido.

Repito que esto no arguye el que Cervantes dejase de aludir en algun pasage de su obra al mencionado Blanco de Paz, pues puede muy bien referirse á él en determinadas aventuras y haber dado motivo, sin embargo, para que el confesor de Felipe III escribiese su libro con la intencion manifiesta de perjudicarle. Son dos cosas muy distintas y muy óbvias que no deben confundirse si se desea caminar por el buen sendero en cuanto al libro insigne se refiere. Así es que conviene insistir en que no fué Blanco de Paz el encubierto de Tarragona, ni la entidad moral que Cervantes personificaba en aquel encantador invisible que de ordinario perseguia á Don Quijote. Ni el génio enemigo es el licenciado estremeño, ni el Quijote es siempre la alegoría de Cervantes.

Dice en el párrafo tercero del Génesis de su comento el señor Benjumea, que en punto al exámen de las obras de Cervantes, entraba en un terreno vírgen. Es cierto, pues aunque algunos críticos las han examinado, ha sido tan de pasada que no pueden apreciarse sus escritos como un trabajo tan completo y metódico que sea suficiente á llenar las miras del menos descontentadizo. El propósito del folletista es recomendable, su empeño utilísimo por mas que resintiéndose del sistema que se ha trazado, haya motivo para esperar ofrezca ámplios temas de controversia tan pronto como entre en el dominio del público. Asegura que el episodio del «Curioso Impertinente» no es pegadizo ó independiente de la idea principal, en cuanto á pintura de afeccion de ánimo ó *pathos* llevado á la exageracion, pues si los demás episodios se enlazan con la accion esterna, visible, este se une estrechamente con la interna y la idea fundamental. Fuerza es aguardar á que salgan á luz los comentarios para ver cómo el señor Benjumea justifica este aserto, así como el

de que el Licenciado Vidriera es el embrion del Quijote. Desde luego se alcanza una inmensa diferencia entre uno y otro, pues si bien es cierto que en aquel, Cervantes ridiculiza un carácter social, y que en este censura tambien vicios y defectos de su época, esto no arguye el que sea necesario el estudio de la novela del primero para entender la historia del segundo, pues la índole y tendencias de cada una son distintas por completo. Benjumea vé en todas las obras de Cervantes la personalidad tangible del autor encarnándose en sus héroes, siendo este poder de transformacion lo que hace colosal la figura del Quijote, porque su imaginacion no reconoce límites. Yo veo en todas las obras de un autor cualquiera la marca de su talento, el trasunto de su existencia, las mas íntimas convicciones de su alma, su alegría y sus penas, sus esperanzas y sus recuerdos; esto mismo se encuentra en las producciones de Cervantes, pero no el que los héroes de sus novelas sean su personificacion, no que el Anselmo equivalga á Vidriera, ni este á Qui-

jote. Cervantes escribia sus obras sin esa conexion íntima y rigorosa que se quiere establecer. Una cosa son sus entremeses y otras sus novelas ejemplares; una su «Persiles y Segismunda» y otra su «Galatea». En esta lo vemos disfrazarse con el nombre de Elicio: en el «Viaje del Parnaso» él es el poeta que con Mercurio emprende la árdua jornada: en «D. Quijote» transmigra de uno á otro personaje, lo cual es muy natural, sin que haya fundamento para denunciar la existencia de ese plan preconcebido, de esa trabazon que ha descubierto el señor Benjumea. Díganos solamente que de todas y cada una de las obras de Cervantes se pueden sacar materiales preciosos para ilustrar su biografía, y nadie se atreverá á replicarle.

---

En el párrafo siguiente al que acabo de examinar vuelve nuestro folletista á fijarse

en la Historia del Ingenioso Hidalgo, aseverando que su primer deseo al proponerse comentarla, fué conocer la significacion histórica de Cervantes, su mision en la esfera del arte. Segun Benjumea, si Cervantes no pertenecia á la nueva zona civilizadora, si se encerraba dentro de los confines del viejo mundo, si nó vivia y respiraba en la naciente atmósfera reformadora de los siglos XV y XVI, poco habia que esperar del Quijote en nuestro siglo y en los venideros, hijos legítimos de aquel gran movimiento. Si Cervantes se hubiese limitado á destrozar pergaminos, vuelto el rostro hácia la Edad media, imagínese una disposicion de Felipe III contra el género censurado, y no se concebiría hoy el Quijote, ni Cervantes habría pasado á la posteridad. Luego si la época presente solo se recrea en el sentido alegórico del Quijote, Cervantes tiene vueltos los ojos al porvenir, y los acontecimientos del hidalgo en «al» consistian que en dar lanzadas contra ovejas y molinos. Si el hidalgo de la Mancha no se hubiese armado mas que para atacar

vicios pasageros de la complexion literaria y aun social de su época, el libro del Quijote se podriría en los estantes de las bibliotecas, sin salvarle todo el donaire del autor, como sucede con el «Hudibras» que es el Quijote de los ingleses, y el cual anda arrinconado á pesar de lo peregrino de su estilo y el singular orígen de su sátira.

Ya he dado mi opinion acerca de esa segunda vida del Quijote que forma nuevamente el punto de partida para las investigaciones del señor Benjumea. Diré, no obstante, que si se trata de determinar el fin que Cervantes se fijó como meta de su trabajo, la idea primera, fundamental de su libro, débese repetir que no fué otra en el órden literario sino la destruccion de los libros de caballerías, en el moral la correccion de los males que su lectura estaba ocasionando á la sociedad, en el artístico consignar reglas y modelos del mas esquisito gusto, que en lo futuro habian de ejercer gran influencia en la literatura. En este concepto Cervantes tenia efec-

tivamente vuelto el rostro hácia lo pasado, porque de lo pasado venia el mal que combatia, porque era su consecuencia inevitable, su hijo legitimo; empero si se atiende á la segunda significacion de su obra, significacion no premeditada, hija del génio y de sus admirables intuiciones, si nos fijamos en la doctrina perenne é imperecedera del libro, entonces veremos tambien que la obra abarcaba lo porvenir, por mas que su valor primero se hubiese encerrado en los dominios de una época determinada.

Cervantes no armó á su buen hidalgo con otros propósitos que con los que tan esplícitamente anunciara y que por cierto no eran de un órden secundario, y dudo mucho que una pragmática de Felipe III hubiera conseguido con su eficacia legal lo que Cervantes con su crítica discreta y contundente. ¿Pues qué, no hacía largo tiempo que los hombres ilustrados venian combatiendo los libros de caballerías? ¿No se habia espedido hasta una pragmática para evitar su propagacion en el Nuevo Mundo?

¿No existía el convencimiento de que aquella literatura era perjudicial, deshonesta, lasciva, mentirosa y de baja ralea? Y sin embargo, continuaba en boga, y los libreros de Logroño, Valladolid, Sevilla, Zaragoza y Medina del Campo hacian sudar las prensas reimprimiendo las falsas historias sin importarles nada tan ineficaces declamaciones. Y esto se comprende perfectamente. Prohibidos están hoy mismo muchos libros, anatematizados se encuentran por los poderes religioso y civil, y sin embargo todo el mundo los lee siempre que la ocasion se los depara. Teniendo en cuenta la natural propension del hombre á disfrutar de todo lo prohibido, se alcanza sin esfuerzo que la medida de Felipe III no hubiera obtenido los apetecidos resultados, sino uno totalmente contrario aumentando el crédito de los libros: Cervantes los atacaba con sus mismas armas y no pretendia quitarlos de la circulacion, sino destruirlos, y que consiguió su empeño no hay para qué dudarlo, pues despues de haber aparecido su Don Quijote solo se hicieron

de ellos algunas muy contadas reimpresiones.

La desaparicion del «Hudibras» se esplica satisfactoriamente. ¿Cuál fué su mision? Servir la causa monárquica, ridiculizando el celo pernicioso y hasta feroz de los puritanos. Butler vivia enmedio de una sociedad desconcertada por los excesos de la revolucion y cansada de sufrir las impertinencias y desafueros de los radicales. Era menester un arma de eficaz alcance que demostrase todo lo absurdo del rigorismo republicano; era necesario combatir el mal por medios suaves é indirectos que no exasperasen. «El Hudibras» imitacion del «Quijote,» con su caballero puritano y su escudero Ralpho, sirvió admirablemente aquella idea; pero como su fin era concreto, sus alcances determinados y conocidos, naturalmente pasadas las circunstancias que lo inspiraron habia de caer en el concepto público. Además Butler no tenia el génio que Cervantes, ni su obra las proporciones gigantescas del Quijote; era un remedo de la Historia del Ingenioso Hidalgo, falta de

las dotes literarias que tanto abundan en el poema español. Aparte de esto, como dice muy oportunamente Villemain, el «Hudibras» no agrada á todo el mundo como Don Quijote, y la fidelidad misma de sus parodias lleva consigo algo de aquel fastidio que siempre acompañaba á los originales puritanos. El caballero Hudibras es una copia exactísima de los reformadores pedantes, pero está muy lejos de rivalizar con el amable y admirable loco de la Mancha, y en cuanto al Ralpho, aunque tenga algunos puntos de contacto con Sancho, sus argumentos de púlpito ó de regimiento no igualan ni con mucho á la série de discretísimos proverbios del buen escudero.

El Quijote por el contrario tendrá siempre vida propia, porque aparte de sus perfecciones literarias y valor moral, encierra una pintura exactísima de las costumbres españolas, que suple la falta de una epopeya nacional.

No es nuevo este pensamiento, pues ya lo han sostenido victoriosamente distingui-

dos literatos. Uno de ellos, Slegel, dice que la novela de Cervantes merece su celebridad y la admiracion de todas las naciones de la Europa, cuyo objeto forma hace ya dos siglos, no solo por la nobleza del estilo y por lo perfecto de su esposicion; no solo porque de todas las obras del espíritu es la mas rica de invencion y génio, sino aun porque es un cuadro animado y enteramente épico de la vida y del carácter de los españoles.

De aquí el que la novela tenga siempre un nuevo mérito y atractivo, mientras tantas imitaciones como se han hecho de ella en España, Francia, Inglaterra y Alemania ó han envejecido ó nadie las recuerda ya. Equivócanse en gran manera los que solo miran en la novela de Cervantes nada mas que la sátira, sin atender á la poesia que en ella tiene un carácter enteramente español, pues los que sepan colocarse en ese espíritu y comprenderlo, hallarán que lo chistoso y lo grave, el ingenio y la poesía, están reunidos del modo mas feliz en ese rico cuadro de la vida, por cuya razon uno

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

no recibe valor sino del otro. Derrama la obra un brillo particular sobre la literatura española, y con justo título añade el citado autor, se ensoberbecen los españoles de una novela tan esencialmente nacional, ya que ninguna literatura posee una obra semejante.

Vea el señor Benjumea por qué razon vive perenne el interés y el atractivo del Quijote, y cual es el motivo de que siendo su objeto capital la destruccion de los libros de caballerías, sea leido y ensalzado con tanto encomio por propios y estraños. El Quijote es el cuadro mas rico de la vida, de las costumbres, del génio de la nacion española; allí en pintoresco é inimitable panorama está retratada nuestra raza con sus preocupaciones y sus rasgos nobilísimos; con sus esperanzas, sus grandezas y sus defectos. En el Quijote se encierra toda laprosa y toda la poesia de la existencia práctica; de un lado es el ideal bello de la generosa y bien encaminada voluntad; del otro el lado egoista y práctico de los acontecimientos de la

actividad humana con su desencanto y sus miserias, constituyendo segun el parecer de muchos, casi un poema épico, si bien de un género particular y enteramente nuevo.

La popularidad creciente del Quijote no es un misterio. Un compatriota distinguido, que la muerte ha robado hace poco tiempo á la literatura nacional, el señor Gil y Zárate, reasume en pocas líneas cuanto puede descirse para esplicarla. «¿Qué obra es esta, pregunta, que sin reproducir sucesos de aquellos que mas pueden interesar á las naciones por estribar en ellos su grandeza y su gloria, teniendo solo por objeto criticar un género de literatura que ha desaparecido, sin mas héroes que un loco y un grosero palurdo, ha pasado de obra de circunstancias á obra inmortal, y es hoy el libro, no solo de España que le dió ser, sino de todas las naciones que nos le envidian. ¿En qué consiste ese encanto, ese poder que ejerce en cuantos le leen, y que permanece aun despojado de la rica vestidura que le presta un lenguaje seductor y armo-

nioso? Consiste en que en ninguna obra ha derramado la imaginacion con mas abundancia sus inapreciables tesoros, y en ninguna se ostentan mas al propio tiempo las elevadas dotes de la razon mas cultivada. En otras, estas dos facultades del entendimiento se perjudican una á otra. O la imaginacion rechaza al buen juicio, ó este ahoga la imaginacion. En el Quijote se dan la mano y marchan juntas como buenas amigas, cual si hubiesen celebrado un pacto entre sí para producir con sus esfuerzos reunidos un libro incomparable.

»Así, pues, nada le falta al Quijote. El que busca una fábula ingeniosa é interesante, la encuentra tan artificiosa, tan variada, que jamás se agotan las aventuras de toda clase, los lances sorprendentes, desde los sueños extravagantes de una imaginacion enferma, hasta los triviales sucesos de la vida privada; el que anhela descripciones bellas, las halla á cada paso tales y tan varias que no pueden menos de embelesar por su exactitud y la valentía del pincel con

que están ejecutadas: el que exige caractéres bien diseñados, admira mil de mano maestra que denotan profunda observacion y conocimiento grande del corazon humano; el que pide filosofía, la encuentra en todas las páginas: el que necesita lecciones de moral, de política, de literatura, las tiene con profusion y de la mas sana doctrina; el que quiere reir, rie; el que se complace en llorar, llora; no hay estado de la sociedad que no se encuentre descrito; no hay condicion que no pueda aprovecharse de sus máximas. Las selvas y las ciudades, las chozas y los palacios, los desiertos y las amenas campiñas, los campos y los talleres todo se recorre, todo se vé con admirable exactitud y con aquel realce que presta la mágia del estilo. Hállase, en fin, el lector en un inmenso panorama donde se descubren á la vez todas las cosas, todos los hombres y todas las ideas. Fruto de un feliz ingenio no formado exclusivamente en la lectura de los antiguos libros, no aprisionado en la imitacion de lo que otros hicieron, sino aleccionado en la escuela del

mundo, de donde saca todos los materiales de su obra para disponerlos del único modo que le aconseja su imaginacion fecunda, lozana y libre.

»Cervantes que conocia bastante las obras de la antigüedad para apreciar sus bellezas y haberse formado por ellas el gusto, no las estudió á tal punto que, llevado de una servil admiracion creyese un deber suyo el sujetarse á ellas. Tampoco las ideas y doctrinas de su tiempo tuvieron en él tal influencia que se entregase ciegamente á su imperio, siguiendo el rumbo estraviado por donde se iban precipitando los mejores ingenios. Cervantes no obedeció mas que á su propia inspiracion; no imitó mas que á la naturaleza; no pretendió hablar mas que como todos hablan. Así fué siempre original, siempre español; así á pesar de combatir las ideas de su siglo, fué entendido de todos, y de todos admirado; así, su obra, en vez de envejecer, parece adquirir cada dia nuevas bellezas: porque esta obra no está fundada en sistemas arbitrarios y pasageros, debidos á circuns-

tancias especiales ó civilizaciones dadas; sino en aquellas doctrinas sólidas que son de todos tiempos y que hacen eternas las producciones del entendimiento humano.

## VIII.

### La afeccion cerebral de Don Quijote.

No es posible seguir al señor Benjumea en todas las cuestiones de mas ó menos valor que promueve en su opúsculo, sin escribir un voluminoso libro. Por eso dejo á un lado por ahora el ocuparme de diferentes estremos filológicos y literarios que se contienen en los párrafos 5 y 6 de su «Génesis» para fijarme por un momento en el 7 donde habla de la locura del «Quijote.»

El exámen de la afeccion cerebral de Quijano, dice, no corresponde á los médicos. En las afecciones reales como en las pintadas, los filósofos y los filántropos han hecho mas adelantos que los médicos, por lo mismo que es enfermedad del ánimo y

no del cuerpo, aunque Demócrito se afana por hallar el sitio de la melancolía.» La locura es un Proteo que reviste infinitas formas y se revela con infinitos y diversos síntomas, y no pertenece á la medicina, ni á la jurisprudencia, ni á la moral el señalamiento de los diversos grados que existen entre lo que el lenguaje vulgar llama cordura y locura. La accion mas cuerda tiene sus ribetes de locura y la mas loca de cordura. El sentido comun que se arroga la facultad de regularlas, juzga siempre colectiva, nunca absolutamente: y asi lo que el sentido comun consideró en una época cordura, llámase locura en otra por el mismo comun sentido, y lo que locura, accion discreta. Por lo regular, el juicio de este árbitro se encierra en un círculo estrecho, y atiende solo á las circunstancias mas visibles y aparentes, mas mezquinas é inmediatas. Así todas las acciones cuyos móviles, por ser mas altos ó profundos, traspasan la pequeña órbita vulgar y ordinaria, son incomprensibles para el sentido comun, y á cualquier lado de la

balanza que se inclinen, está aparejado para llamarlas locuras, ó lo que es lo mismo *ex-centricidades*. La dolencia del hidalgo tiene su nombre especial, que es «melancolía,» afeccion que se encuentra en casi todos los héroes y heroinas de Cervantes, puesto que toman este tinte del pintor que los traza, sujeto tambien á esta enfermedad ó pasion propia de los estudiosos, de los poetas, de los corazones ardientes y generosos, y de las almas enamoradas de la belleza, de la virtud y de la verdad. La mayor parte de los filósofos, de los poetas, de los ascetas, y de los enamorados han sido melancólicos: lo fueron Platon, Zenon, Pitágoras, Demócrito, Aristófanes, Moliére, Shakespeare, Racine, Pascal, Schiller; lo fueron los monges y anacoretas, las Teresas de Jesus, los Loyolàs, y finalmente todos aquellos que han tenido grande amor, ya sea de los bienes eternos, ya de la sabiduría, de la virtud, de la gloria, de la fama, de la inmortalidad ó de la belleza. Como todas estas grandes pasiones se hallan reunidas en el héroe de Cervantes, la melancolía

debia ser mas intensa, y esta intensidad no podia explicarse sino por una fórmula comun, inteligible y tangible á la vista de los lectores, que era adoptar en el comienzo la expresion de que se le secó el cerebro y perdió el juicio. Pero la locura está contradicha á cada paso por el autor, y si se entiende que Cervantes la pintó cual aparece en un individuo, no hay exactitud en la pintura. Don Quijote como carácter simbólico y complejo no podia ser individualizado en su dolencia moral. Esto seria un contrasentido en que no incurre un maestro de la talla de Cervantes. Lo que hay en el hidalgo es exageracion del *pathos* en todas las direcciones correspondientes á los fenómenos que en la humanidad entera se observan, segun los fines y objetos dignos de esa pasion fuerte. Considerar la locura como medio de ridiculizar la aficion al género caballeresco, ya que no la institucion misma de la caballeria, es disminuir en mucho el mérito de la invencion. Por último la esposicion que hace Cervantes de este desórden ó locura de

Don Quijote, «solo aparente,» tiene dos objetos, uno el ocupar el lugar de máquina poética sin faltar á lo verosímil, el otro es servir de pasaporte á ideas y verdades que se decomisaban en su tiempo por las aduanas de la inteligencia.

Hasta aquí el extracto imparcial de las opiniones del señor Benjumea, quien en mi sentir procede equivocadamente cuando asegura que el exámen de la afeccion cerebral de Quijano no corresponde á la medicina por ser enfermedad del ánimo y no del cuerpo. En verdad que no me esplico cómo una persona de reconocido talento se permite resolver ex-cátedra una cuestion tan compleja, tan espinosa, tan controvertida como es la que sirve de tema á este capítulo. Cuando los hombres mas eminentes en las ciencias médicas y filosóficas no se atreven á fallar en el gran debate suscitado sobre este tema hace siglos, cuando las mas brillantes teorías si se apoyan en el esclusivismo del sistema, caen en desgracia al contacto de los hechos prácticos que las anulan ó modifican, cuando

en estos mismos momentos los que conocen á fondo la materia, dudan, estudian, investigan y aguardan á que nuevos descubrimientos vengan á aclarar un problema que tanto afecta á la humanidad; el señor Benjumea dá el punto por suficientemente discutido y sin salvedades de ningun género asienta que es el espíritu el que padece en los alucinados. ¿Cómo puede el espíritu, que es inmaterial, sufrir ningun género de lesion por mínima que se le suponga? ¿Cómo lo que no está compuesto de partes puede alterarse, siquiera sea parcialmente? Pero no pretendo prejuzgar la cuestion. El señor Benjumea insiste en que la afeccion del héroe manchego debe denominarse melancolía, y como de esta premisa saca consecuencias importantes para robustecer la totalidad de su sistema de interpretacion, preciso es refutar cumplidamente sus ideas hasta presentarlas desnudas de toda razon y de todo fundamento. Afortunadamente anteriores estudios me facilitan el camino para llegar al término apetecido.

Por mas que se diga en contra, la locura

bajo cualquiera de sus múltiples aspectos cae rigorosamente dentro del dominio de las ciencias médicas. La medicina es la que ha investigado sus causas, la que ha estudiado en las casas de reclusion y en los hospitales sus síntomas y sus caractéres, la que despues con el escalpelo en la mano ha creido á veces hallar sus antecedentes y sus resultados en la inspeccion anatómica del cadáver de los alienados. El médico ha sido el primero que ha visto la parte principalísima que en la terrible enfermedad tomaba el ánimo, y á sus esfuerzos se debe el que á las inmundas prisiones donde se encerraban á los orates y al tratamiento brutal á que se les sujetaba, se hayan sustituido los manicomios con todas las ventajas que trae consigo el sistema filantrópico y humanitario que en ellos se observa.

Empero estas consideraciones serian muy deleznables si no hubiera otras mas eficaces en el órden científico para robustecerlas. ¿Qué es en último término la locura considerada filosóficamente? Un trastorno radical entre las relaciones de los órganos y

del yo; una perturbacion íntima entre los sentidos y la inteligencia; un desacuerdo total entre la sensibilidad y las impresiones trasmitidas por ella y la conciencia. Y si esto es asi, si el mundo exterior no se revela al espíritu sino por el ministerio de los órganos materiales, si son las alteraciones morbosas de los mismos las que impiden que la sensacion llegue hasta el alma tal como es en sí para convertirse en la idea: ¿cómo puede cercenarse á la medicina el tratamiento de las afecciones cerebrales?

Es incontestable que mientras existen autores que refieran la locura en todos sus géneros á lesiones puramente orgánicas, otros la colocan esclusivamente en el intelecto. Morgagni creyó que el endurecimiento del cerebro, su blandura y los derrámenes serosos en los ventrículos eran la causa eficiente de los desarreglos intelectuales; Cullen, una excitacion desigual del cerebro; segun Foderé no puede haber locura que no dependa de un daño en la masa cerebral, daño resultante de un vicio en

la sangre de los dementes; Gall y Spurzheim la esplican por una inflamacion de la masa encefálica; y Broussais por su irritacion; Greding la atribuye al engrosamiento de los huesos del cráneo; Rush vió el orígen de la dolencia en los vasos sanguíneos del cerebro; Pinel, aunque refirió la enfermedad á un desarreglo nervioso, asignó un papel secundario á la anatomía patológica en la enagenacion, sirviendo de generador á las ideas de su discípulo Esquirol, quien afirmó resueltamente que las alteraciones materiales no podian ser el orígen del delirio de los enagenados. Estas opiniones han vuelto á ser revisadas posteriormente, habiéndolas modificado hasta sus mismos autores en la parte que les ha sido posible. Brierre de Boisemont con otros muchos han combatido las ideas materialistas de sus predecesores y coetáneos en su aplicacion á la locura, mientras el doctor J. Moreau en su obra de la Psycologia mórbida en sus relaciones con la filosofia y la historia ó de la influencia de las nevropatias sobre el dinamismo intelec-

tual, afirma que es indispensable el ver en la locura una suerte de eretismo ú orgasmo nervioso, una cosa semejante á una acumulacion de nevrosidad en el cerebro de donde las chispa mas ténue (causa ocasional) puede en cualquier momento hacer saltar todos los fenómenos constitutivos de la aberracion mental.

Este sábio especialista comprueba su tésis con numerosas pruebas fisiológicas y físicas que la índole de este ensayo me impide reproducir. Despues de un estudio concienzudo y detallado de muchos alienados y de los estados patológicos que en ellos se determinaron, concluye el doctor Moreau por establecer cuatro estados mórbidos en los cuales el individuo se halla predispuesto á la locura y al idiotismo.

1.º Las afecciones que interesan mas inmediatamente los centros nerviosos, encefálicos y raquidianos, tales como las congestiones, las hemorrhagias, los reblandecimientos, la fiebre cerebral, las convulsiones sin carácter determinado, la epilepsia y el histerismo.

2.° Las nevroses caracterizadas por una lesion exaltacion ó diminucion) de la sensibilidad especial ó general.

3.° Las nevralgias de todas clases.

4.° Las nevroses de los diferentes órganos, como el asma constitucional, las gastralgias etc.

De aquí se deduce que las anomalías de la inteligencia, sus modificaciones accidentales ó congénitas, cualquiera que sea la época en que se desarrollen, comprendiendo hasta la vida intrauterina, reconocen por orígen las mismas condiciones orgánicas que todas las demás perturbaciones funcionales de los centros nerviosos. De la predisposicion en que constituyen al indivíduo estos estados, resulta para la inervacion un otro estado especial, una especie de diátesis nevrósica, en una palabra, un estado habitual de «sobreexcitacion» que no aguarda sino la ocasion mas insignificante para acrecentarse, para transformarse en una individualidad mórbida, que segun los caractéres que presenta, parece no ser mas que la misma «sobreexcitacion» elevada á su

grado máximo al «summum» de intensidad. Este estado nervioso especialísimo puede muy bien permanecer latente y existir al lado de una salud inmejorable.

Al lado de estas teorías mas ó menos esclusivistas se han producido otras que establecen una especie de transaccion entre ámbos sistemas. Royard Collard, pero mas especialmente Main de Biran, nos ha legado trabajos preciosísimos en este sentido, y al último se debe la opinion de que para hallar los verdaderos caractéres de la locura es preciso buscarlos en las relaciones de lo moral con lo físico del hombre, afirmacion que establece un sensible progreso sobre las conclusiones anteriores.

Sin que sea mi ánimo proclamar una nueva teoría, ni corregir las conocidas, que no es mi competencia tamaño intento, me creo suficientemente autorizado para reivindicar los derechos de la medicina por lo que respecta al tratamiento de esta enfermedad. Ya es tiempo de dejar á un lado las doctrinas que se fundan en sistemas filosóficos materialistas ó espiritualistas. Considerar al hombre

atendiendo solo á su aspecto físico, ó examinarlo haciendo preponderar el espíritu sobre la materia, envuelve error. El hombre es una unidad sintética, indivisible, rigorosa, matemática. En él se confunde lo físico con lo intelectual sin que sea dado al talento mas perfecto establecer una línea divisoria entre ámbos. Si el espíritu obra es á condicion de apoyarse en el cuerpo, si los órganos funcionan es en inmediata relacion con lo que constituye la racionalidad. ¿Quién podrá decir hasta aquí llega la accion material de los sentidos, aquí empieza la esfera de la inteligencia? ¿Y á qué conduce esta subdivision cuando nada significa el hombre tan luego como se rompe la armonia que entre sus partes componentes existe? ¿Compréndese el hombre-materia; alcánzase la posibilidad del hombre-espíritu? El hombre es uno con sus distintos modos de ser, físicos, intelectuales y morales. Para nosotros lo que nos importa es el indivíduo en su virtualidad, en su eficacia, en sus relaciones, en sus maneras de obrar y de desenvolverse en el tiempo y en el espacio. De

aquí el que sea ociosa toda discusion sobre si la locura se debe buscar en la lesion de los órganos ó en la perturbacion intelectual; é inconveniente el declararse partidario esclusivista de cualquiera de estos dos estremos, pues las afecciones mentales participan de los dos caractéres, tienen su aspecto material y su aspecto espiritual y por consiguiente reclaman el tratamiento del médico que no olvida el uno por el otro.

Tambien se equivoca el señor Benjumea cuando asienta que la accion mas cuerda tiene sus ribetes de locura y viceversa. Nuestro compatriota lleva sus ideas hasta la exageracion, puesto que no es posible afirmar sériamente que se carece de un criterio apropiado para juzgar las acciones de los hombres, lo cual presupone su bizarra teoría. El sentido comun á quien cree tan limitado, pocas veces se equivoca en sus juicios sobre los hechos humanos que llegan á su conocimiento. ¿Podrá decirse que hay ribetes de locura en sacrificarse por un padre, puesto en inminente riesgo de perder la existencia, en aceptar las calami-

dades de la tierra antes que consentir en la deshonra? ¿Podrá aseverarse que tiene visos de discrecion el atacar inopinadamente á sus semejantes en un rapto de delirio, el llegar hasta los bordes del abismo arrastrado por los instintos destructores que se desenvuelven feroces é incontrastables en el orate? El sentido comun hace perfectamente en llamar «ex-centricidades» á aquellos actos, no que traspasan la pequeña órbita vulgar y ordinaria y que como tales son incomprensibles, sino que se salen fuera de lo que razonablemente debe esperarse de los hombres que viven en sociedad sufriendo la presion de las circunstancias. Llámanse «ex-centricidades» á las prácticas absurdas y poco cuerdas de algunos hombres, á sus caprichos, á sus resoluciones estremas, á la falta de lógica y de sana filosofía en sus raciocinios. Desígnanse tambien con el mismo epíteto, las manifestaciones externas de lo que se llama «humor», asi como los accesos melancólicos que sufren determinadas personas. ¿Cree el señor Benjumea que en tésis general estas «ex-

centricidades», estas manias, estos caprichos, estas faltas de consecuencia tienen móviles altos y profundos? ¿Cree que tiene algo de alto y de profundo el mofarse en ocasiones de los sentimientos mas cariñosos y legítimos, el faltar á sabiendas á las buenas prácticas de educacion, el cometer en público acciones chocantes é indecentes, el vestir de una manera bizarra y contra los usos establecidos, el conducirse, en fin, de una manera distinta que los demás hombres? Para mí cuando observo las «ex-centricidades» en grandes hombres, en inteligencias privilegiadas, creo que son efecto de estados particulares del cerebro que podría determinar la psicologia mórbida; pero cuando las hallo en la generalidad, entonces no veo en ellas mas que «ex-centricidades.»

---

La dolencia de Quijano no fué la melancolía. Hubo un tiempo en que se confundió esta enfermedad con la lipemania y la mo-

nomania, pero observaciones posteriores y los adelantamientos realizados en las ciencias médicas han puesto de manifiesto las diferencias esenciales qne separan las unas de las otras. La melancolía es una pasion del ánimo engendrada á la vez por causas físicas y morales en combinacion. Los indivíduos de un temperamento nervioso ó bilioso, lo mismo que aquellos que se hallan dominados por el sistema hepático ó hemorroidal están muy espuestos á contraerla, asi como los que se dedican á grandes trabajos mentales, lo mismo que los poetas y los autores dramáticos, y que todos aquellos que tienen en un constante ejercicio el sistema nervioso. Los antiguos consideraban que la melancolía dependia de una depravacion de la bilis, la cual volviéndose negra, oscurecia los espíritus animales, encontrándose apoyada esta teoría por las autoridades de Galeno y Rhazes. Los médicos modernos sin olvidar la parte principalísima que en la dolencia tiene el temperamento, han atendido tambien á las causas morales que pueden ocasionarla, como son

los disgustos domésticos, la adversa fortuna, el amor contrariado, los celos, el terror, el amor propio herido y la cólera. La melancolía por regla general trae tristes y taciturnos á los que la padecen. El melancólico huye de la gente, mira á sus semejantes con indiferencia ó desvío, busca la soledad, y se ocupa poco de lo que no interesa á la idea que domina en su cerebro: de aquí el que los melancólicos sean muy apropósito para el cultivo de las artes y de las ciencias que reclaman meditaciones profundas y constantes y una abstraccion completa de los múltiples motivos de distraccion que rodean la existencia social. Esto hizo decir á Aristóteles que los hombres de genio son ordinariamente melancólicos, aseveracion confirmada en el terreno práctico, pues melancólicos fueron Sócrates y Mahoma, Felipe II, el Tasso, Pascal, Colon, Alfieri, Zimmermann en grado superlativo, Goethe, Byron, Federico el Grande, Cromwell, Haller, Harrington, San Ignacio de Loyola, Espronceda, Larra, Bernardin, S. Pierre, Silvio Pellico, Arolas,

Lamennais, Hoffmann y muchos otros cuyos nombres no recuerdo en este instante.

Don Quijote no tenia nada de melancólico por mas que en varios capítulos de la historia se nombre esta enfermedad.. Tampoco destruye esta opinion el que al terminar la vida del honrado caballero se afirme que segun el parecer del médico «melancolias y desabrimientos le acababan,» pues si por una parte la frase usada en plural está indicando que con ella no se determina una dolencia concreta y conocida, por la otra se comprende que Cervantes no siendo un hombre científico seguía las opiniones dominantes en su época, que como he dicho confundia á la melancolía con otras afecciones del cerebro. En cambio de esto tenemos que en el capítulo XXVI de la primera parte se dice que el cura y el barbero sabian ya la «locura» de Don Quijote y el «género de ella,» el cual se esplica en el XXX, diciéndose que fuera de las simplicidades que decia tocante á sus caballerías, en lo demas no habia nadie que lo juzgase sino por de muy buen en-

tendimiento.» Este texto no admite duda alguna, *resultando que lo que* Quijote padecia era una «monomania razonante» (1) engendrada por la lectura y meditacion de los libros de caballerías, afeccion que sobreexcitaba los nervios y la masa encefálica hasta constituir un estado patológico. Esta disposicion morbosa era causa de frecuentes alucinaciones, las que le hacian considerarse á sí propio como un caballero andante, reproduciéndose aquellas cuando tomaba una rústica venta por un gótico castillo, un rebaño de ovejas por un vistoso escuadron de apuestos guerreros, unas mozas lugareñas por altísimas damas radiantes de hermosura y siempre que los sucesos le daban pié para que su dolencia se manifestase. La monomanía es una especie de locura figurada, que se caracteriza por un delirio esclusivo sobre un ob-

(1) Clasificacion de Esquirol. La monomanía razonante equivale á la «manía razonante» de Pinel, á la «locura moral» de Prichard, y á la «locura de accion» de Brierre de Boisemont.

jeto, conservando la integridad de las facultades respecto de todos los demas actos del espíritu. La monomanía es intermitente ó remitente, y está sujeta á grandes cambios y modificaciones. Es la enfermedad del hombre moral, depende de sns afecciones, de sus estudios, de las relaciones que le unen con sus semejantes, de las ideas predominantes en su época y de los sucesos que ante su vista se desenvuelven. Durante el predominio de los últimos emperadores romanos se conoció la monomanía del suicidio, la Edad media engendró la monomanía caballeresca y la erótica, la reforma protestante la monomanía religiosa y las reformas y luchas sociales de nuestros dias las monomanias políticas.

No es de estrañar, pues, que Cervantes personificase en Don Quijote la dolencia andantesca como personificó la erótica en Crisóstomo y en otros héroes de su novela. El hidalgo manchego entregado asíduamente al estudio y meditacion de las hazañas de los andantes caballeros, habia concluido por perder en parte el dominio de su in-

teligencia, y de aquí el que sin reflexionar lo que hacia y dejándose llevar de sus alucinaciones, abandonase la comodidad de su casa y saliese á la campaña en busca de entuertos que enderezar y de menesterosos que socorrer. Cervantes obró sábiamente y como hombre conocedor de las flaquezas humanas, elevando hasta la categoria de una afeccion mental la pasion andantesca de Quijano. ¿Era por ventura el primer individuo que habia perdido la razon por consecuencia de los libros caballerescos? ¿No se conocian estos actos ejecutados por personas muy calificadas que mas que de hombres cuerdos debian referirse á inteligencias enfermas y alineadas? Quijano es el tipo donde se reunen todos los dislates de sus antecesores, donde se graduan y sintetizan sus locuras, necedades y estravagancias. Quijano no es melancólico, pues no huye de las gentes, no tiene nada de hipondriaco ni misántropo, ama por el contrario entrañablemente á sus semejantes, está pronto á sacrificarse por ellos y se entrega á las mas espansivas confianzas

tan pronto como discretamente se le presenta la propicia ocasion. ¿Hay un carácter tan amable, tan sufrido, tan caballeresco, tan benévolo como el suyo en toda la historia? ¿Se revela algun síntoma, algun rasgo en su conducta que se asemeje á los que se manifiestan en los melancólicos? Su dolencia es, como ya he dicho, una monomanía, por mas que Cervantes sea el que efectivamente tenga tambien algo de melancólico, como todos los grandes hombres, y en este sentir no deja de haber algun trasunto de su «estado normal» en los hijos de su talento. Don Quijote lo mismo que Juana del Arco, Simon de Caus, Fourrier, Augusto Conte, y otros muchos monomaniacos, persigue un ideal quimérico, habiéndose formado en torno de este centro un mundo completamente imaginario que no le impide, sin embargo, raciocinar cuerdamente en cuanto no se referia á su vesania. De este modo Cervantes que demostraba los males que en el órden social y de una manera indirecta acarreaba la profesion de las armas como la compren-

dian los dados á la literatura ficticia, señalaba tambien sus estragos en el órden físico. ¿Hay en esto algo estraño, oculto, esotérico, algo que no se esplique por sí solo? ¿Puede, conocidos estos antecedentes, negarse la eficacia de la locura parcial de Don Quijote como un nuevo medio de ridiculizar las mentidas narraciones de los libros de gesta?

---

En el párrafo siguiente á los que quedan analizados, el nuevo comentador del Quijote parece como que empieza á hacer la aplicacion de sus doctrinas. Despues de tratar largamente en su anunciada obra de las diversas fases del carácter de Don Quijote, que es simbólico, haciendo igual estudio del de Sancho, nos anuncia que pasa á esplicar el misterio y causa solapada de sus locuras reales, no de las aparentes. Sin seguir adelante, encuentro algo que objetar al señor Benjumea. Si Don Quijote personifica el tipo del caballero andante tal como se comprendia en su época, víctima de todas las

manias y preocupaciones caballerescas de los siglos medios, si en él se reflejan los errores que por lo tocante á este órden de ideas abrigaban lo mismo el alto vulgo que los plebeyos, si Sancho es la encarnacion tambien de las pasiones pequeñas y ruines que arrastran á los hombres que solo atienden al egoismo de su individualidad; entonces el sistema del señor Benjumea se podrá sostener con fruto, pero nó si por ese simbolismo entiende lo que parece deducirse de las palabras que siguen á aquella primera afirmacion. Hélas aquí en abreviado compendio.

El exámen del espíritu de las mitologias clásica y romántica demuestra, que el gigante fué una expresion metafórica del mal, una figura retórica, una imágen, un signo, un emblema, en que, por la identidad de los mundos moral y físico, se significó el abuso, el desórden, el desconcierto, lo descomunal y desmesurado, la desproporcion y la sinrazon, la fealdad y la tiranía, la soberbia, la malicia, la ignorancia y las malas pasiones. Todas las teogonias simboli-

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

zan la omnipotencia de las pasiones y vicios en el gigante, porque como los efectos del mal sean monstruosos y repugnantes, contrarios al órden, al concierto, á la proporcion, á la razon, á la belleza, al bien y á la sabiduria, tal monstruosidad no tiene imágen que mejor la represente que el gigante. Sale el hombre de la mano de Dios y destinado á poseer el bien y la sabiduría, pero el gigante del mal le vá al encuentro, y se traba una batalla contínua, que es la vida humana. Por eso en las epopeyas caballerescas el gigante está siempre «condenado» á ser vencido, y el caballero «predestinado» á ser vencedor. La genealogía del gigante es siempre análoga en todos los pueblos, siempre es hijo de sugestion del demonio y de una muger. El combate de la sabiduría y la fuerza moral reunidas en uno contra la fuerza material reunida en muchos, es el gran mitho de la humanidad. Verdad, virtud, belleza, hé aquí los atributos, el lema de la humanidad militante. Estos son los de Don Quijote. ¿Qué importa que sea anciano y débil de

cuerpo? Su fuerza hercúlea está en el alma. Sus combates con la lanza no son mas que representaciones. El amor del caballero no es el amor de Aldonza, sino el de la sabiduria. Dulcinea es el alma de Quijano objetivada, el anagrama exacto de «dina luce», la digna «donna Lux» de Guinicelli, la *donna filo*sofía del Dante, (beatitudo-Beatrix), la Angélica de Boyardo y Ariosto, la Isette de los bardos de la Armórica, la Oriana de las epopeyas grecogalas. La prueba material de esta significacion se halla en el nombre de Alonso, alusion al único recuerdo en nuestra pátria de la alianza del poder y la sabiduría, Don Alonso el Sábio. «Potestas et sapientia», aspiracion constante de la humanidad, esperanza del filósofo, sueño de los poetas, profecia de los inspirados. De aquí el pronóstico del consorcio del furibundo Leon Manchego (poder) y la blanca paloma Tobosina (sabiduria), con que quedó Don Quijote «consolado.» Que Dulcinea sea el alma objetivada del hidalgo, se comprueba tambien por la observacion del nombre «Aldonza», leve modificacion del

«Alfonsa», ó lo que es lo mismo «Alonsa», que es terminacion en el género femenino de «Alonso», nombre del hidalgo. ¡Cuántas nuevas bellezas, qué verdadero mérito en esa concepcion colosal, que solo apreciábamos hasta ahora, por presentimiento de que algo existia latente y oculto en su seno! Por eso con una gracia inimitable pone Cervantes, con intencion, en boca de Sancho: que le parece ver á los pobres gigantes por el Toboso «hechos unos bausanas», buscando á Dulcinea. Y tal es la grandeza de esta obra y el poderio asombroso del ingenio de su autor, que en lo visible y en lo oculto, en lo aparente y en lo verdadero, en lo literal y en lo alegórico, tiene dos valores distintos, sin perjudicarse el uno al otro.

Ya tenemos esplicado no solamente el misterio de las locuras reales de Don Quijote, sino tambien la causa de ellas: tambien sabemos por qué el señor Benjumea indicó al hablar del espíritu del género literario de la obra, que Cervantes sabia muy bien qué relacion existia entre el prototipo

del caballero andante Hércules (fuego universal) y los Heráclidas de la Edad media, tan guerreros como predicadores. Es decir que el buen manco estaba al alcance de la filisofía recóndita que entrañaban las mitologias pagana y cristiana, que conocia su espíritu y significacion. Uniendo unas deducciones con otras, venimos á sacar en claro que el hidalgo manchego no representa ni con mucho lo que todo el mundo ha creido, es decir, la exageracion de los sentimientos é ideas caballerescas, los dislates de un hombre que con un corazon bellísimo se deja, sin embargo, arrastrar por la pasion qne constituye su monomanía: nada de esto, el Quijote, como creacion de la fantasía, tiene una virtud oculta; encierra un simbolismo trascendental, «y no es lo que es», sino lo que ha descubierto el señor Benjumea. Consecuente con su primer error incide en este que no deja de ser gravísimo. El Quijote representa á la bumanidad, es su arguetipo, adornado con los atributos de la verdad, de la virtud y de la belleza; sus combates con la lanza son me-

ras representaciones, y su amor hácia Dulcinea no es el amor terreno, ni aun siquiera el platónico, sino el amor de la sabiduría, el «philos» de los griegos, puesto que la moza toboseña es nada menos que el alma objetivada del inmortal Cervantes. .

. . . . . .

Cayó por tierra el edificio levantado á costa de tantos desvelos é investigaciones Todos nos hemos equivocado lastimosamente; el sentido literal de la obra es letra muerta, letra que mata, letra que se revela contra la verdadera significacion del libro. Cervantes no pensó ni un momento siquiera en combatir la literatura caballeresca y su ya decandente ó casi arruinada institucion, sino escribir una produccion que encumbrada á las regiones de la mas abstrusa metafísica, diese la clave de la importancia y papel que en el órden social tenia y representaba la mitologia de la Edad media. Déjese á un lado por ineficaz cuanto Cervantes dice para esplicar el objeto de su libro; no se atienda ni por un momento á lo que nos enseña su lectura, pues que siguiendo

este camino nos equivocaremos. Ya no estamos en el caso de creer buenamente lo que los autores nos dicen en sus obras, sino lo que nosotros opinemos que ellos pensaron en lo mas profundo y velado de sus entendimientos. Ya la intepretacion racional, lógica de una obra de esta índole no procede, sino la adivinacion hipotética de aquellos misterios que nos proponemos de antemano hallar en lo que está claro como la radiante luz del medio dia.

Por supuesto que el señor Bejumea no aduce ningun argumento digno de tenerse en cuenta para robustecer su estraña y originalísima doctrina, sino que adoptando el método menos filosófico posible sienta sus principios sin cuidarse de justificarlos. ¿En qué se funda, vuelvo á preguntar, para negar las consecuencias legítimas que se deducen del libro que comenta? ¿Qué documentos, qué razones alega para destruir el sentido literal, forjando una esplicacion hija esclusiva de su fecunda imaginacion? ¿Qué datos posee para suponer en Cervantes las miras profundas que le atribuye por

lo que respecta á los mithos de la antigüedad y de la Edad media? Y aparte de esto, ¿cómo se esplica que Cervantes que no se dedicó á escribir obras de metafísica, publicase una cuyo valor nadie habia de comprender? ¿Cuál era su intento, si el de concluir con los libros de caballería, ridiculizándolos, merece desecharse? ¿Levantar en el aprecio público este género literario por medio de una produccion mas perfecta ó esplicar el simbolismo de los tipos consignados en las historias fabulosas? Si lo primero, en verdad que erró el camino, pues colocó la losa del sepulcro sobre el cadáver que queria vivificar; si lo segundo, su empeño no tenia eficacia objetiva toda vez que á nadie habia de aprovechar su enseñanza. Don Quijote no es la humanidad, no es el bien, la verdad y la belleza en armónico conjunto, ni equivale al principio del bien en oposicion al principio del mal, significado en el gigante que de contínuo le persigue: en el corazon de Don Quijote se encuentran aquellos sentimientos, pero él no representa mas que la reu-

nion de las ideas caballerescas de su época en cuanto tenian de exageradas y de erróneas. Es el hijo natural de la Edad media, con sus pasiones elevadas al «summum» gracias á la monomania de que el autor le ha adornado; es la preocupacion viviente que alimentaba las estrañas leyendas de la caballería, tan plagadas de absurdos, necedades é inverosimilitudes. En Don Quijote se halla la secreta aspiracion del alma hácia la verdad y el bien; pero que al traducirse en hechos se descarria funestamente bajo la presion del medio moral en que el hidalgo vive y de la dolencia que le aqueja y que no está radicada esclusivamente en su cerebro, sino que existe tambien en mayor ó menor proporcion en otras muchas cabezas. El gigante que trastorna y troca todos sus proyectos no es la personificacion del mal, como lo entiende el señor Benjumea: no es el tipo que se halla en todas las teogonias, que se encuentra en las sagradas letras y que se descubre en las creencias primitivas de todos los pueblos; es únicamente la personificacion

de todos los génios enemigos que se hallan en cuantos libros de gesta precedieron al de Cervantes, en todas las leyendas caballerescas anteriores á su historia. En el Quijote se puede encontrar la lucha de las pasiones humanas en proporcionado é interesantísimo cuadro; puede hallarse sin gran esfuerzo el bien y el mal separados juiciosamente; pero entre esto y atribuirle un sentido oculto que nadie hasta ahora habia sospechado, hay una distancia que no podrá nunca salvar toda la inventiva de nuestro comentador. Otro derrotero muy diferente hubiera seguido Cervantes á haberse propuesto la empresa que le atribuye, pues por lo tocante á conocer la índole de la época en que vivia y la manera de influir en la marcha de las ideas, no era el rescatado cautivo hombre que fácilmente se equivocaba.

---

Pero si todo esto es estraño, mas peregrina es todavia la idea de que Dulcinea

no es mas que el alma objetivada de Cervantes. No me sorprende semejante interpretacion: Gabriel Rosseti (1) no hace mucho que se empeñó en probarnos que la multitud de sonetos que escribieran los poetas italianos de la Edad media, encubrian una idea política, encerraban una secreta doctrina de oposicion contra Roma; eran, en fin, el vehículo de las opiniones reformistas de sus autores en el órden social. Para Rosseti los poetas no cantan el amor que los enloquece, ni la hermosura de sus damas, ni el deliquio que les ocasiona el recuerdo de sus perfecciones, ni sus ánsias amorosas, sino pura y simplemente la regeneracion de su pátria que presienten y promueven con sus estrofas. Como Benjumea, halla misterios, secretos y cosas recóndidas donde todo es sencillo, llano y comprensible. Recuerde nuestro compatriota el fallo que la opinion ha pronunciado sobre el libro de Rossetti, y pro-

(1) El misterio del amor platónico en la Edad media, procedente de los misterios antiguos 1840. Lóndres.

cure no incluya en su desfavorable censura sus Comentarios. Dulcinea, estudiada en la obra, no representa como se habia creido el tipo de las damas y princesas á quien rinden culto los caballeros; tipo presentado en caricatura para que concuerde con el tono general de la produccion: el amor platónico de Don Quijote no es el resúmen de los sentimientos eróticos que adornaron á los fingidos y enamorados paladines, la censura delicada de la pasion predominante en el siglo, como lo ha afirmado un médico célebre; nada de eso; Dulcinea es un mitho, es Cervantes, es su espíritu encarnado allí, encerrado bajo la dura corteza de la grosera labradora; es la verdad, es la belleza, es la ciencia. Don Quijote tambien es Cervantes, y su alma en sus espontáneas tendencias hácia la posesion de estas dotes; es la espresion del amor, de la sabiduria, de lo mas noble y espiritualizado de su ser.

La inspeccion somera de la obra destruirá semejantes hipótesis. En el capítulo XIII (primera parte) dice Don Quijote «yo

no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su pátria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas.»

En el capítulo XXV confiesa esplícitamente que «sus amores y los de Dulcinea han sido siempre platónicos, sin estenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré decir con verdad, añade, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces y aun podrá ser que de estas cuatro veces no hubiera ella echado de ver la una que le miraba.» Si efectivamente Dulcinea fué la personificacion de la ciencia, el alma objetiva-

da de Cervantes, ¿cómo se esplicaría este pasage? ¿Pues qué, aceptando la hipótesis, habriamos de suponer que Cervantes no habia amado la ciencia desde doce años atrás? Y hago esta pregunta porque admitiendo un criterio es menester resolver con él todas las dificultades que se presenten, y aunque el libro tenga dos valores, en cada uno de ellos ha de haber lógica y correspondencia. Pero no tengo necesidad de ampliar mi razonamiento, el mismo Cervantes esplica claramente lo que significa Dulcinea, toda vez que en el capitulo citado consigna estas terminantes palabras: «así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la Tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdadera-

mente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sugeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre mí falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, asi en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades

pretéritas, griega, bárbara, ó latina, y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.»

¿Habrá quien otorgue la razon al señor Benjumea despues de leido esto? ¿Puede creerse que Cervantes personificase á la ciencia, á la sabiduria en aquella moza de «rostro amondongado, alta de pechos, y ademan brioso,» que tan en ridículo pone en el capítulo XXXI? ¿Era posible que nadie se figurase que el alma objetivada de Cervantes estaba representada en su novela por la hija de Lorenzo Corchuelo, por aquella de quien decia Sancho que tiraba de una barra como el mas forzudo zagal, por aquella moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, cuyo olorcillo hombruno tan mal parecia al bueno del escudero? ¿Cabe en cabeza humana que el ingenio por excelencia se mofase hasta tal punto de lo mas elevado que hay para el hombre, fuera del órden religioso, esponiéndolo así al ludibrio y á la mofa de cuantos leyesen su produccion?

No hay comparacion posible entre la «donna luce» de Guinicelli, la «donna filosofía» del Dante y Dulcinea: por el contrario existe una relacion muy directa entre las heroinas de todos los poemas caballerescos, á quienes pone en ridículo Cervantes, y la zafia labradora de la Mancha. Si con Don Quijote combatia los delirios caballerescos, con Dulcinea censuraba hasta ridiculizarla la eratomania, que estaba infestando la poesia bucólica. Sabido es que en su tiempo fueron innumerables los libros que se escribieron en apologia del amor, tal como lo entendian los poetas coetáneos; y Cervantes aunque en su «Galatea» habia tambien rendido culto á la mania dominante, no por eso dejó de censurarla muchas veces en el Quijote.

La Beatriz del Dante es en efecto la personificacion de la ciencia segun la comprendia la Edad media. Si Virgilio era la poesia, Beatriz era la teología. Esto se concibe sin gran esfuerzo leyendo la «Divina Comedia» que es una eterna alegoria. ¡Pero qué manera de proceder tan distinta

en ámbos vates! Todo lo que Cervantes deprime á la dama del caballero andante, Dante ensalza al ídolo de su alma. En el amor del poeta florentino hay dos fases, una real, otra ficticia. Dante empezó por querer á una muger con una pasion real, que andando el tiempo y combinándose con sus estudios místicos y sus invenciones poéticas, constituyó aquella aspiracion eterna, aquel goce inefable que se revela en su epopeya. Él mismo autoriza para pensar asi, pues en el *Convito* dice:

«He afirmado que la dama de la cual me he enamorado, despues de mi «primer amor» fué la mas bella y mas recatada hija del emperador del Universo á la cual Pitágoras llamó filosofía.» Y en otro sitio: «Por mi dama entiendo siempre aquella de quien he hablado en la cancion anterior, es decir de esta hermosa potencia, filosofía, cuyos rayos hacen reverdecer las flores y fructificar la verdadera nobleza del hombre.» Cervantes no podia encarnar en Dulcinea su alma, ni su amor á la filosofía, puesto que tan escéntrica empresa no se justifica-

ría nunca. ¿Qué opinion tenemos de Dulcinea al terminar el libro? ¿Nos interesa por ventura ese ser secundario, que Cervantes aparta de nuestra vista, y que no entra en el cuadro general, sino como un término indispensable para hacer resaltar uno de los caractéres de la dolencia que el héroe padece? ¿Es posible que Cervantes, que tanto amaba la verdad y la ciencia, la envolviese en un tan grosero manto? Muy ingeniosas son las observaciones del señor Benjumea, pero muy deleznables: el buen sentido y la sana crítica las rechaza de consuno.

Pero separándose de la letra del libro y entrando en el campo de las conjeturas, en su mismo terreno, donde ha creido por conveniente colocar los comentarios del Quijote, si algo se ha vislumbrado por los eruditos, cede en descrédito de la teoría preconizada por el señor Benjumea.

El señor Gimenez Serrano en el opúsculo titulado «Un paseo á la pátria de Cervantes» entre otras tradiciones por él re-

cogidas con referencia al Quijote, refiere una sobre la heroina de su libro. Fugitivo Cervantes llega al Toboso, donde un rico labrador llamado Lorenzo, le alberga en su casa. Este tenia una hija muy coqueta y muy galanteada, y como cundiese la noticia de que habia llegado un viejo sacamantas, huyendo de otro pueblo, aquella misma noche varios mozos alegres y partidarios, por lo que se deja entender, de la doncella, fueron á su casa á buscar á Cervantes con el intento de darle un baño en las «Tenagerías,» segun acostumbraban hacer con los recaudadores de apremio. Lorenzo se opuso á esta injusticia por medios indirectos, pero su hija entregó á Cervantes, dando motivo para que los villanos realizáran en parte sus designios, pues tropezando con la turba unos cuadrilleros de la Santa Hermandad, rescataron al infortunado poeta llevándole preso á Argamasilla.

El señor Barrera se hace cargo de esta tradicion y despues desciende á curiosísimas investigaciones. Segun él «Dulcinea»

es la hija de un doctor Zarco de Morales que vivia en el Toboso, en cuyo pueblo se conservaba años hace el recuerdo de haber sido allí atropellado y maltratado Cervantes por cierto chiste ó picante requiebro que dirigió á una moza, y del cual se ofendieron sus parientes ó interesados. En el mencionado lugar existe todavia una casa denominada «de la Torrecilla» donde la tradicion afirma que vivió la famosa Dulcinea de quien Cervantes en el capítulo XXXII de la segunda parte hizo decir á Don Quijote:

«Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linages que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que «no le cabe poca parte,» á la sin par «Dulcinea» por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Helena y España por la Caba, aunque con mejor título y fama.»—Y ántes en el capítulo 13 de la parte 1.ª:—No es (el linage, prosapia y alcurnia de Dulcinea) de los antiguos Curcios... ni de los modernos

Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia...; «pero es de los del Toboso de la Mancha,» linage, «aunque moderno,» tal, que puede dar «generoso principio» á las mas ilustres familias de los venideros siglos.»—En otro pasage (parte 2.ª capítulo 3.º) puso en boca de Sancho lo siguiente: «Nunca... he oido llamar... Don» á mi señora «Dulcinea,» sino «solamente la señora Dulcinea del Toboso...»

Pues bien: la Relacion dada al Gobierno en 1576 por el pueblo del Toboso, que con otras se conserva en la biblioteca del Escorial, (relativas todas al mismo punto de la citada Argamasilla), dice que la mayor parte de su poblacion era de moriscos, y «que no habia nobles, caballeros ni hidalgos.» «Son todos labradores los vecinos» (dice) «sino es el Doctor Zarco de Morales que goza de las libertades que gozan los hijosdalgo por ser graduado en el colegio de los Españoles en Bolonia en Italia.»—Nótase la burlesca y maligna ironía con que

Cervantes habló en el primer pasage copiado de «los hidalgos linages del Toboso,» y la marcada alusion del segundo al único... linage «de los del Toboso de la Mancha, aunque moderno,» capaz de dar «generoso principio,» á los mas ilustres de la posteridad: alusion afirmada por las expresiones de Sancho.

Con estos antecedentes sorprende agradablemente al curioso el saber que «la casa de la Torrecila,» donde los Toboseños aseguran por tradicion que vivió «Dulcinea» es cabalmente la que habitó con su familia el «único y moderno» hidalgo espresado en la referida Relacion, el doctor «Zarco de Morales.» Este señor doctor (en jurisprudencia sin duda) llamado «Esteban Martinez Zarco de Morales» fué hijo de Pedro Martinez Zarco y de doña Catalina Morales: probablemente el mas rico é ilustrado del pueblo; así es que formó y firmó con un deudo suyo la citada Relacion de 1576 á nombre y por comision de sus convecinos. uvo Tun solo hijo á quien por un capricho, originado de su educacion y

residencia en Italia, puso el nombre de «Flaminio.» Este procreó otro del mismo nombre en cuya cabeza fundó el doctor su abuelo un mayorazgo el año de 1599. —Falleció el doctor Zarco en Febrero de 1600—Del espediente judicial seguido entre sus sucesores sobre la capellania en que despues se convirtió dicho mayorazgo constan estas dichas noticias y la siguiente: —El doctor Zarco de Morales tuvo dos hermanos llamados Bartolomé y «Ana.» Esta, segun se infiere del silencio de las diligencias judiciales «no llegó á tomar estado;» y debió nacer ántes del año 1557 en que dan principio los libros de la parroquia del Toboso, puesto que no existe en ellos su partida de bautismo. «Ana Zarco de Morales,» hermana del doctor Zarco, es persona á quien puede fundadamente sospecharse que aludió Cervantes en su pintura de Dulcinea.—Hija de labrador y educada en una tosca poblacion, «Ana Zarco» debió de estar muy instruida en las faenas domésticas de semejantes casas, y avezada á las costumbres que le son ane-

jas. Permaneciendo soltera, es de creer que siguiese habitando la casa paterna en compañia de su hermano, cuyas preeminencias hidalgas de Colegial Boloñés la grangearian el tratamiento medio de «Señora.» (1) El vicio tan frecuente en los lugares de burlarse «con todos» y hacer de todo «mueca y donaine,» pudo tenerle en mas alto grado nuestra «Ana,» orgullosa con los humos de su hermano el doctor.

»El nombre de «Dulcinea» es contrahecho por el estilo de muchos pseudónimos usados en los libros poéticos y novelescos, conservando solo alguna sílaba ó letras del verdadero. Así Cervantes hizo del suyo propio ELICio, y llamó á su «Catalina» GALATeA; Lope de Vega se llamó BELArdo: Arguijo ARcIciO y ARGIO. En «Dulcinea» vemos la sílaba AN, la letra C, la preposicion

---

(1) En el epitafio de *Dulcinea* hecho por el *Tiquitoc, académico de la Argamasilla, dice su autor:*

«Fué de castiza ralea,
*Y tuvo asomos de dama;*
Del gran Quijote fué llama
Y fué gloria de su aldea».

DE y la letra L de «Ana Zarco de Morales.» Y en el otro nombre que la dá Cervantes de «Aldonza Lorenzo» vemos terminante la palabra ANA, la letra inicial Z y las letras D, E, y L. Por la inversa: tambien de aNA ZarCo DE mOraLES se saca DOLZENEA.— Dice que fué hija de «Lorenzo Corchuelo», en cuyo nombre hallamos Z..RCO; y de «Aldonza Nogales», que presenta casi completo el nombre de «Catalina Morales»; (...AL..N..A ..O..ALES). A estas mis observaciones anagramáticas añadiremos la que hace el señor Clemencin de ser los nombres «Nogales» y «Morales» propios ámbos de árboles, consonantes y equisílabos. Y al mismo tiempo, las muy delicadas de nuestro ilustre escritor el señor don Juan Hartzenbusch en sus «Observaciones al comentario del Quijote por» el insinuado «Clemencin».—«Tomando solo de «Ana Zarco de Morales» el nombre «Ana» con el apellido último de «Morales» y repitiendo una vez las letras O, L, y S resultan los nombres «Aldonsa Loremsa; pero usando tambien del primer apellido «Zarco» y repitiendo

una O y la L salen perfectamente las dos palabras «Aldonza Lorenzo...» Aun hay más. A la madre de «Dulcinea» dió Cervantes el nombre de «Aldonza Nogales»; la madre de «Ana Zarco» se llamaba «Catalina Morales»: antepóngasele un «de» al apellido y con las letras de él y del nombre, repitiendo la C, la N y la O, formaremos «Aldoncia Nocales»... Si no se pone la preposicion y se repiten la C y la O resulta «Altancia Nocales»... Todavia puede añadirse algo. «Cervantes llamó al padre de «Dulcinea», Lorenzo Corchuelo» y aunque las letras de este nombre no se avienen con las de «Pedro Martinez Zarco» padre de «Ana»; aunque es probable que con el sobrenombre de «Corchuelo» diminutivo de «Corcho» quiso Cervantes ridiculizar el original que tuvo presente y tildarle de seco y soso, de hombre de poco peso y leve capacidad; todavia examinando las letras de las palabras «El hidalgo Zarco» (pues así vulgarmente se le llamaría) y repitiendo las letras E, O, R y C. dan las dos dicciones «Lorenzo Gorchielo», sobrando las letras

A, A y D.—Por último, añadiré que en el nombre de «Dulcinea» puede tambien calcularse la significacion de «dulce Ana ó Anica».

«Las circunstancias que constan reunidas en «Ana Zarco de Morales,» de solterona y hermana del mas notable toboseño, agregadas al hecho que parece muy probable de haber estado Cervantes de comisionado cobrador en aquel pueblo, dan materia para mil cálculos, apoyados en la tradicion, sobre lo que pudo ocurrir al «escritor alegre» con dicha señora, y motivar acaso al maligna comparacion que hace de la «fama de «Dulcinea» con la de «Helena» y de la «Caba» y el burlesco retrato que de ella nos pinta.»

Estas son las investigaciones que el señor Barrera reasume en su curioso artículo. Para mí los anagramas son un terreno muy falso donde es muy fácil resbalar, pero á pesar de todo creo que basta con los argumentos que se aducen por los eruditos y con las observaciones que yo he consignado, para demostrar paladinamente que

Dulcinea del Toboso no es el alma objetivada de Miguel de Cervantes, ni mucho menos la ciencia y la sabiduría como se pretende en el opúsculo que tengo á la vista.

## IX.

### CONCLUSION.

El Sr. Benjumea consagra los párrafos nueve, diez y once de su Introduccion á anunciar los distintos intentos que se ha propuesto para enaltecer el Quijote. Ofrece al público una historia del libro, en la cual comprenderá todo lo que la posteridad ha hecho para ilustrar la gran obra de Cervantes, en los libros, en los teatros, en los lienzos, en los mármoles y bronces: en una palabra, lo que se debe al buril, al pincel y á la pluma, desde las planchas de Laginet hasta los cuadros de Leslie; desde el Quijote de Guillen de Castro hasta el de don Ventura de la Vega; desde el pastor estravagante de Sorel hasta el héroe de Albert

Auber; desde las páginas de Mayans hasta el Quijote en el siglo XIX. Tambien nos ofrece un exámen de las imitaciones del Quijote; desde el «Qnijote» de Avellaneda hasta el «Quijote hembra» de Carlota Lennox. Bajo el epígrafe de «crítica de los críticos comprende las ilustraciones debidas á la péñola, empezando por el «Buseapié».

El exámen de los críticos españoles á quienes el señor Benjumea se propone tratar severamente, constituirá una seccion aparte y será una de las mas extensas de sus comentarios,-llevando por divisa «Entre Cervantes y los críticos, Cervantes».

Anuncia tambien que vá á restablecer el verdadero sentido del texto, corrigiendo todas las incorrecciones que existen, lo mismo en el Quijote que en las demás obras de nuestro ingenio. Por último, promete una nueva biografía de Cervantes, anunciando que ha sido grande su labor y que ha tenido mucho que componer, soldar, destruir, quitar y añadir, como que la suma total de las conocidas le presentaban la caricatura, no el retrato del héroe. Con este

motivo desciende á curiosos detalles sobre los cuales podria decirse algo si no me asaltára el temor de dar á este ensayo mayores dimensiones de las que son convenientes.

Prescindiendo ahora de todos los motivos de censura que he encontrado en esta parte principalísima del trabajo del señor Benjumea, cumple á mi imparcialidad dejar consignado de una manera terminante mi opinion sobre el conjunto. Tengo formado el convencimiento de que ningun anotador ó comentador ha hecho un servicio tan relevante á nuestra literatura, por lo que respecta al Quijote, como el que ha empezado aquel á prestarle con su crítica. Su erudicion, la elevacion de sus miras, su laboriosidad, la diligencia y el ahinco con que se conoce trabaja en el desempeño de su difícil empresa, son prendas y circunstancias que recomiendan su libro á la atencion de todas las personas ilustradas, asegurándole un éxito brillante siquiera no sea duradero. De seguro que sus comentarios han de excitar profundamente la curiosidad del mundo literario, como ya la ha excita-

do su «Estafeta de Urganda»; pero á pesar de la novedad seductora de sus ideas y del atractivo de que sabe rodearlas, á la postre habrá de convencerse de que ha caminado por errado sendero, mezclando hipótesis insostenibles, y sus propias filosofías son materiales preciosos que la posteridad agradecida aceptará con cariñosa veneracion.

Yo no tengo mas que alabanzas para sus intentos en cuanto se refieren á desentrañar la vida de Cervantes, oscura aun en muchos puntos, á analizar sus obras concienzudamente, á poner de manifiesto todas las bellezas orgánicas que atesoran, á demostrar con especialidad las raras perfecciones que el Quijote por sí solo encierra. Cuanto á estos estremos atañe es altamente meritorio, no así el empeño de encontrar en el Quijote un simbolismo, una doctrina esotérica, un espíritu recóndito, un segundo valor hasta ahora desconocido, y que sin poderlo evitar destruye por completo el primitivo, el que todos apreciábamos, el que tanto contentamiento produce y ha producido á propios y á extraños, el que

gin necesidad de comentarios ha llevado la fama del libro á todos los puntos civilizados del globo y forma la delicia de cuantos tienen la dicha de comprenderlo.

---

Acompañan á la «Introduccion» y «Génesis» que he examinado, una «narracion preliminar documentada» parte integrante de los Comentarios, y un espécimen del comentario relativo á la autobiografía ó personalidad de Cervantes. La primera es una especie de extracto de la informacion practicada á solicitud de Cervantes en Argel, y que original se encuentra en el archivo de Indias segun ya he indicado: el segundo tiende á probar que el enemigo encubierto á que alude Don Quijote en todas ocasiones, es el doctor Blanco de Paz, quien consta fué antagonista de nuestro ingenio, por lo menos mientras permaneció cautivo en Argel. Para robustecer su opi-

nion analiza las aventuras de los disciplinantes, hallando que el nombre del licenciado Lopez de Alcobendas, encierra exactamente el anagrama del epígrafe del suceso que es este: «Es lo de Blanco de Paz.» El descubrimiento es peregrino, pero no basta para el caso, pues como ya he dicho, pudo muy bien Cervantes aludir en esta y aun en otras ocasiones á su enemigo, y no ser sin embargo este el que está personificado en el nigromante que persigue á Don Quijote. No son, despues de todo, estos estremos bastante importantes, al lado de las cuestiones que ya quedan planteadas, para detenerse en ellos, tratándose de un libro sin pretensiones como el mio, y cuya mira principal es promover la honrosa controversia, la discusion que lleva al esclarecimiento de la verdad. Por eso no se estrañará ponga aquí punto á mis observaciones, dejando tambien de decir lo que se me ocurre sobre los comunicados que el señor Benjumea ha dirigido al «Contemporáneo» en justa defensa de su folleto. Salgan á luz sus «Comentarios» y entonces

sin temor alguno, sin el riesgo de entender mal su pensamiento, por no haberlo desarrollado cual era necesario, censuraré todo lo que en ellos se oponga á lo que lógicamente se deduce de la obra, aplaudiendo tambien todo lo bueno que en ellos encuentre, y que me prometo no ha de ser poco: siempre por supuesto con el criterio que he sentado en este trabajo y el deseo mas vivo de llegar al acierto y á la verdad. Un mismo fin nos anima, pues tanto el señor Benjumea como yo, no tenemos otro sino es el enaltecimiento, la mayor gloria del inmortal Miguel de Cervantes y Saavedra.

# NOTAS.

**Página 9.**—Para corroborar lo que se dice sobre la popularidad del Quijote, no solo dentro sino fuera de la Península, indicaré aquí ligeramente las traducciones que de él se han hecho.

## EN FRANCIA.

César Oudin, tradujo parte de la obra poco despues de publicada, y en 1616 dió á luz la traduccion íntegra.

J. Rosset, 1618, tradujo la segunda parte.

Filleau de Saint Martin, 1677, tradujo la obra entera.

Forian, idem.

Dubournial, todas las obras.

De l'Aulnay, el Quijote en 1821.

Viardot, en 1836.

De Bretonne, en 1837.

Hay además varias versiones anónimas.

## EN INGLATERRA.

Se conocen diez, á saber: las de Skelton, Gayton, Phillips, Ward, Motteux, Ozell, Durfey, Jarvis, Smollet y Wilmot. Hay además una anónima.

## EN ALEMANIA.

Ticknor enumera cinco entre las que figuran las de Soltau y Luis Tieck.

## EN ITALIANO.

La de Brunet.

Se conocen además traducciones en holandés, dinamarqués, ruso, sueco, polaco, latino y hasta persa si no me equivoco.

**Página 50.**—Además de lo que allí se manifiesta sobre los fines que se propuso Cervantes al escribir su obra, se puede añadir lo siguiente que es un estracto de las opiniones de Rios.

«Lo cierto es que el principal fin de Cervantes no fué divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delica-

da sátira que hizo de las costumbres de su tiempo, sátira viva y animada, pero sin hiel y sin amargura: sátira suave y halagüeña, pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad misma. . . . . .

. . . . . .

Su principal objeto es la correccion de los vicios de su época. Este es el primero, pero no el único asunto de su moral. En ella se comprenden tambien aquellos defectos, que por ser mas frecuentes y perjudiciales á la sociecad y literatura hicieron mayor impresion en el ánimo del autor, celoso del bien de los hombres y en especial de los de su nacion. De manera que la moral de esta fábula no solo es útil por los varios objetos que abraza, sino tambien por la discrecion con que la reprende, á medida del esfuerzo preciso para desarraigarlos del espíritu del vulgo.

Esto claramente se vé en la correccion de las estravagancias caballerescas, la cual sobresale mas y tiene mayor realce cuando se dirige contra las que el vulgo miraba como acciones heróicas, y es mas sencilla y natural cuando se propone por objeto aquellas que se oponian directamente á la Religion y á las leyes. Tal era la costumbre de invocar los caballeros á sus da-

mas para que los socorriesen cuando se veian en algun apuro ó en peligro próximo de muerte: costumbre característica de los caballeros andantes, como evdiencian las leyes de Partida; pero costumbre enteramente contraria á la Religion y aun á la razon misma. Cervantes para corregirla, haciéndola ridícula, se valió del coloquio de Don Quijote y Vivaldo, (parte I) en la cual este interlocutor manifiesta con una razon tan clara y sencilla que la espresada costumbre era indigna del cristianismo y propia solamente de idólatras y gentiles, que deja mudo á Don Quijote, sin embargo del necio y porfiado teson con que se empeñaba siempre en sostener y llevar á cabo todos los abusos caballerescos.

Así debia suceder con este que autorizaba á los caballeros andantes para consagrar sus errores, adorar sus imaginaciones y persuadirse á que los atributos de la divinidad existian en los objetos de su pasion ó de su fantasía. Ceguedad mucho mayor que la del paganismo. . . .

. . . . . .

Los que pensaban de serlo (caballeros) se creian exentos de la autoridad de las leyes, superiores á magistrados y obligados á cubrir con su sombra y proteccion á todos los delincuentes y facinerosos. . . . . La caballería andante trastornaba los pactos fundamentales de la sociedad. Cervantes empleó para atacar el

mal las armas de la ironia, de la moral y del escarmiento.

El espíritu caballeresco incitaba á defender todo lo que se acogia bajo su sombra y á impugnar cuanto se resistia á sus caprichos, sin mas exámen ni otro fundamento. Creian bien hecho todo lo que ejecutase un caballero, y tenian por supuesto este título para justificar cualquier crímen contrario á la razon y á las leyes, á las que solo les parecia que *estaba sujeta la plebe*.

**Página 75.**—La Crónica de Turpin.—Como esta obra, segun la opinion mas admitida, dió ocasion á que se escribieran multitud de obras de gesta, creo conveniente reproducir algunas de las eruditas investigaciones publicadas por M. de Villenave en el tomo III de «la France Litteraire.»

Este libro famoso es muy poco conocido, no solo en el extrangero sino en Francia, donde parece deberia ser popular. Segun el parecer del citado autor, la «Crónica de Turpin» es el primer monumento de la literatura francesa, en el círculo de la novela histórica y heróica, y la que revela el estado moral y religioso de la Francia en los últimos tiempos carolingios, así como el partido que Boyardo y el Ariosto, y ántes que ellos los

primeros novelistas y romanceros de Francia y España, de Inglaterra é Italia, han sacado de las tradiciones antiguas y fabulosas de Carlo-Magno y demás paladines.

La crónica se conserva manuscrita en muchas bibliotecas públicas y se imprimió con este título: «Joannes Turpinis de gestis Karoli magni et Rolandi,» incluyéndose en una série de antiguas crónicas de Alemania, publicada por Justo Reuberus en 1584. En las crónicas de S. Denis se encuentra una version francesa de la misma.

Existen muchas opiniones sobre la época en que se escribió. Papire-Massou cree que se compuso reinando Cárlos el Calvo. El arzobispo de Marca, coloca su aparicion en el siglo X, mientras otros sábios la adelantan hasta el XII. El mismo de Marca afirma que su autor fué un canónigo de Barcelona. Gui Allard sostiene que la crónica fué escrita en 1092 por un monge de San Andrés de Viena.

Entre los traductores se nombran á Mikins ó Miguel de Arnas, hijo del condestable de Flandes, quien segun Du Cange llevó á cabo su trabajo en 1207; pero Fauchet asegura que el traductor mas antiguo fué Maitre Jehans que vivió por el mismo tiempo. La tercera version se atribuye á Roberto Gaguin, y que fué impresa en Paris en 1527.

Esta famosa produccion está dividida en 33

capítulos. El primero tiene este sumario, «De como el señor Santiago el apóstol se apareció al noble rey Carlo-magno, despues que hubo visto el gran grupo y multitud de estrellas colocadas en el cielo del lado de España y hácia la parte de Galicia.»

En el segundo se refiere cómo Carlo-Magno sitió á la ciudad de Pamplona y se apoderó de ella milagrosamente por sus oraciones y súplicas.

En el tercero se habla de la destruccion de los ídolos de los Sarracenos, á escepcion del ídolo *Salam* (1) en el cual Mahoma habia encerrado una legion de diablos.

En los siguientes capítulos se habla de la vuelta á Francia del Emperador, de la invasion en la Península por el rey africano Aygoland, de las guerras entre ambos soberanos y de la batalla de Roncesvalles. Tambien se refiere la derrota de las armas imperiales, así como las luchas, hechos de armas y sitios que tuvieron lugar en Francia por consecuencia de la entrada en ella de los sarracenos, concluyéndose con el triunfo de la idea cristiana que se sobrepone á la pagana.

El elemento de lo maravilloso juega un importantisimo papel en todas las narraciones; mas

---

(1) ¿No son iconoclastas los sarracenos?

que crónica *es un poema heróico* de un género particular, donde se ven encerrados los gérmenes de la epopeya moderna. Actos de valor, tradiciones, escenas románticas, proezas singularísimas, ejemplos de abnegacion y de virtud, de pequeñez y de cobardía se hallan en ella, constituyendo un cuadro exactísimo del primer período de la Edad media.

Pasan de quinientos los libros que se han escrito sobre la clave de esta crónica hasta el siglo XVII, muchos de ellos en verso.

**Página 126.**—Para que se vea con cuanta razon he afirmado que el fin principal de Cervantes al escribir su libro no fué otro que combatir los de gesta, insertaré parte del erudito prólogo que el señor Castro puso á la última edicion de su «Buscapié.» Son datos curiosísimos que conviene conozca todo el mundo, y donde por otra parte se hallan detalles que confirman mi teoría sobre la mision del génio.

Pero el pensamiento de escribir un libro contra los *Caballeros del Febo* y los *Felixmartes de Hircania* ¿fué enteramente original de Cervantes? ¿Este autor sin otro estímulo mas que su aficion á componer obras de apacible entrete-

nimiento, se determinó dedicar su ingenio y su pluma á desterrar del mundo las novelas caballerescas?

Bien sé que á estas preguntas nada responden los historiógrafos y los comentadores de Cervantes; pero yo creo satisfacer la curiosidad pública, si bien temo que muchos calificarán de presuncion ó de osadía mi propósito de adivinar los pensamientos de un tan grande autor como Cervantes, y dos siglos y medio despues de su existencia.

El primer libro que se escribió con el intento de desterrar la lectura de los *Amadises* fué intitulado *Caballeria Celestial*, obra de Hierónimo de San Pedro. La seguada parte de esta obra que tengo presente salió á luz en Valencia el año de 1554 El héroe de este libro es Jesucristo, á quien convierte el autor en un caballero andante, llamado del Leon. Por estas y otras sandeces, en ofensa de la religion cristiana, la *Caballeria Celestial* fué prohibida rigurosamente por el santo oficio, segun se prueba por los primeros índices espurgatorios.

Antes de publicarse el *Quijote* salió á luz en 1598 una obra intitulada *Crónica é historia general del hombre*, escrita por Juan Sanchez Valdés de la Plata. En su prólogo dice: «Viendo yo, be»nignísimo y discreto lector, que los mancebos »y doncellas, y aun los varones ya en edad y es-

»tado, gastan su tiempo en leer libros de vani-
»dades enerboladas... y blasones de caballerías
»de Amadises y Esplandianes con todos los de
»su vando, de los cuales no sacan otro provecho
»ni otra doctrina, sino hacer hábito en sus pen-
»samientos de mentiras... y siendo tan grande
»la aficion que tengo á los que leen y se quieren
»aprovechar de las escrituras, y tanta que ha
»bastado a ponerme en cuidado de hacer esta
»obra... con la cual *quizás los aficionaré á leer en*
»*ella, y en los autores que en ella alego, y los apar-*
»*taré de leer tan grandes vanidades y mentiras co-*
»*mo en los libros sobredichos hay.*»

Creo que la lectura de esta obra engendró en Cervantes el deseo de escribir el *Quijote*. Juan Sanchez Valdés de la Plata fué un médico natural de Ciudad-Real, que floreció en la mitad del siglo decimosesto. Su *Crónica é historia general del hombre* no se publicó en su vida, sino muchos años despues de su muerte, y á espensas de su viuda doña Ana Flores de Villamayor y de su hijo Luis Sanchez, abogado tambien en Ciudad Real. Cervantes estuvo preso en la Mancha, segun refieren sus historiógrafos, el año de 1599. Nada de inverosímil tiene, pues, la conjetura de que este autor estando en prisiones, leyó un libro recien impreso en Madrid y obra de un médico manchego, famoso en su pátria. Desde luego se puede afirmar que la *Crónica é historia*

*general del hombre* no seria del agrado de Cervantes; pues aunque en ella hay cosas de mucha erudicion y doctrina, tambien se encierran patrañas y desatinos. Creo, pues, que el manco de Lepanto con la lectura de la obra de Juan Sanchez Valdés de la Plata, se determinó á escribir, siguiendo el mismo propósito, un libro; pero no ajustándose á la gravedad de cosas científicas, sino dando suelta rienda á los donaires con los cuales mas fácilmente se atrae la atencion de los hombres.

Y ser muy verosímiles estas mis conjeturas se prueba por un dicho de Cervantes en que no han tropezado sin duda alguna Pellicer, Arrieta y Clemencin. Al fenecer la primera parte del *Ingenioso hidalgo*, se leen estas palabras que se refieren á Don Quijote. «Ni de su fin ni acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzára ni supiera, si la buena suerte no le deparára UN ANTIGUO MÉDICO que tenia en su poder una caja de plomo.»

Me parece que en este embozado pensamiento confirma Cervantes lo que he dicho de haber inventado el libro de Don Quijote á causa de la lectura de la *Crónica del hombre*, escrita por Juan Sanchez Valdés, *antiguo médico manchego*.

Aun hay mas en el asunto. Yo creo firmemente que Cervantes, á mas de ser incitado por el libro de Sanchez Valdés á componer una sátira

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

contra *las novelas caballerescas*, quiso retratar á uno de los muchos hidalgos que vivian en su tiempo, incesantes lectores de las fingidas hazañerias de los Amadises y Palmerines, y residentes en los lugares y aldeas de España, léjos de la córte. Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, en una obra intitulada *Estafeta del Dios Momo* (Madrid—1627), la cual no es otra cosa que una coleccion de cartas burlescas, donde se ven retratados los caractéres estravagantes y ridículos que en aquella edad existian, pone una dirigida á *Paladio pobre y desvanecido hidalgo, residente en una aldea, contínuo cazador de liebres, y gran lector de libros de caballerías:* cualidades todas que pertenecen á las puestas por Cervantes en la persona del fabuloso Don Quijote. La carta de Salas Barbadillo comienza así:—«Aprende vuesa merced, señor »Paladio, en donde Belianís de Grecia á romper »lanzas, y es tan mal agüero para sus calzas, que »ellas andan siempre rotas, y hasta ahora ninguna »lanza ha roto. Acúsanle los villanos de su aldea »de muy mentiroso, y yo le disculpo porque »aprende á mentir en dos escuelas. La una es la »caza, inventiva de fábulas y sueños: la otra la »contínua leccion de esos libros caballerescos y »andantes. De dia hecho capitan de sus galgos, »mata liebres cobardes y fugitivas: de noche, le»yendo libros fantásticos, vé muertes de ferocísi»mos gigantes... Notable familia es la vuestra: un »mozo, un rocin y dos galgos.»

Ahora bien: cuando Alonso de Salas Barbadillo, uno de los mas discretos novelistas del siglo XVII, incluia entre los retratos de personas estravagantes, que vivian en aquellos tiempos, á un hidalgo mezquino, tan cazador y tan devoto de los libros caballerescos como el héroe de la Mancha, es cosa indudable que Cervantes llevó por norte en su empresa burlarse de tales hombres para mezclar con las locuras de Don Quijote las muchas que en ese y otro género cometía la mayor parte de sus contemporáneos.

Porque desde tiempos muy antiguos estaban las imaginaciones españolas turbadas con la lectura de los libros de andantes caballerías; para lo cual los legisladores incitaban los ánimos de los hidalgos y donceles, diciendo que *así como en tiempo de guerra aprendiesen fechos de armas por vista é por prueba, que otrosí en tiempo de paz lo aprendiesen por oida ó por entendimiento... E aun sin todo esto facian mas, que no consentian que los juglares dijesen ante ellos otras cánticas sinon de guerra ó que fablasen de fechos de armas... E esto era porque leyéndolas les creciesen los corazones.* Esto se lee en las leyes de la Partida Segunda, ordenadas por don Alonso el Sábio, rey digno de mejor fortuna y de mas dilatado imperio.

Don Alonso encarecia las virtudes que debian practicar los buenos y honrados caballeros para ser tenidos por persona de alta guisa y aca-

bar temerarias empresas memorables en honra de su pátria y en pró del género humano. Y hasta encomendaba el sábio rey á los armadores que trajesen en la memoria el recuerdo de sus amadas en los trances de mayor peligro para acrecentar el valor en el corazon y el esfuerzo en el brazo.

Cuando la legislacion española enseñaba estas cosas ¿qué estraño es que la lectura de los libros caballerescos, autorizados por la doctrina de aquel ilustre monarca, turbase tanto los entendimientos que cada hidalgo quisiese tener por modelo las proezas de Amadis de Gaula?

La caballería andante en la parte realizable existia aun en España cuando Cervantes se determinó á escribir su Don Quijote en satírica oposicion de los libros de don Belianis de Grecia y don Polícisne de Beocia. Por eso en el *Ingenioso hidalgo* se propuso, no solo destruir la lectura de tales obras, sino tambien los daños que ocasionaban en los ánimos, exaltados por pensamientos que lisonjeaban el orgullo, encendian en los corazones un falso pundonor, y arrastraban á los hombres al estremo de buscar la venganza de leves ó imaginadas ofensas en la propia muerte ó en el esterminio ageno.

No fueron locuras, inventadas por los autores de Palmerin de Oliva y de Tirante el Blanco, las hazañas del caballero sevillano Manuel de

Leon, sino realidades, hijas de las costumbres y de la manera de pensar usada en el siglo XVI. Un escritor su contemporáneo, decia hablando de Leon: «Don Manuel en tiempo de nuestros »padres, *ó por mejor decir en el nuestro*, pasó en »Africa á buscar ocasiones de alabanza y fama; »y puso carteles, *como es costumbre* por toda Mau»ritania, desafiando á cualquiera valiente hom»bre que quisiese combatir con él uno á uno. Y como á esta fama y contienda viniesen de cuasi de toda Africa muchos valentísimos hombres al lugar determinado para el combate, venció y mató siete de ellos; porque los demás viendo el manifiesto peligro y certidumbre de la muerte no osaron combatir, y tornó en España con grandísima alabanza, trayendo en triunfo las cabezas de los siete: *las cuales yo en Sevilla siendo mochacho ví.*»

El autor que tal escribia llamábase Juan Ginés de Sepúlveda, y era cronista del emperador Cárlos V. Y la obra que tal decia se intitulaba *Diálogo llamado demócrates* (Sevilla 1540).

Así los caballeros españoles pretendian asemejarse á los Amadises y Esplandianes en poner á riesgo la vida por el vano deseo de ser tenidos por héroes. El mismo Ginés de Sepúlveda nos da en el citado libro otros ejemplos de soldados é hidalgos que prefirieron una segura muerte á ratificar con las palabras su propio venci-

miento. Dos soldados españoles, llamados Espinosa y Guzman, combatieron uno con otro en presencia de la mayor parte del ejército que hacia la guerra en Italia por el emperador Cárlos V. Guzman fué derribado en tierra por su contrario; y al acercarse este poniéndole la punta de la espada cerca del rostro y demandándole que se confesase vencido, negóse á ello con arrogancia nécia, y antepuso un infundado pundonor á la vida. Otro tanto aconteció al coronel Santa Cruz con su victorioso enemigo Azevedo, en Ferrara, y á presencia de muchos caballeros.

Antes y aun siglo y medio despues de escribir Cervantes el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, eran los caballeros españoles unos desfacedores de agravios, que á toda hora sacaban las espadas, no siempre en propia defensa, sino con el fin de pelear por la dama ó por venganza de una mala palabra. D. Gerónimo de Urrea en su *Diálogo de la verdadera honra militar* (Venecia 1566) obra escrita contra las leyes del duelo, decia: «¿Por qué nosotros... consentimos »tener menos gentileza de caballería y modestia »con los amigos, *dando que reir á las naciones »estrangeras nuestra poca paciencia y cordura,* »viéndonos injuriar el uno al otro y menospreciar »y por ligeras cosas salir al inhumano combate »del duelo bárbaro, sin caridad, sin ley y »verdad?»

Aun los desafios á caballlo, armados de todas armas los combatientes, á guisa de los caballeros andantes, eran usados en el reinado del Tiberio español Felipe II, como consta del testimonio del capitan Pedro de Aguilar, autor de un tratado de *la Caballería á la gineta* (Sevilla 1572) *obra que contiene diversos avisos y documentos y otras muchas reglas útiles y necesarias así para lo que toca á la doctrina y enfrenamiento de los caballos, como para la perfeccion y destreza que en esta facultad conviene que tengan en cosas de paz y de guerra los caballeros.* Hablando, pues, el dicho Aguilar acerca del órden y la manera que han de tener dos caballeros para combatir á caballo, dice lo siguiente: «Las armas con que mas propia »y seguramente se puede pelear en este género »de batallas son un peto y un espaldar y una »gola y una falda que esté abierta por detrás y »por delante, y unas mangas de malla con sus »manoplas y unos quijotes si fueren necesarios, »y un capacete de pico de gorro y su lanza y »adarga y espada y daga.»

De esto se infiere que las costumbres de los caballeros andantes descritas en las novelas, no eran hijas de la invencion de los autores de tales obras, sino retratos de lo que pasaba en el siglo XVI, hechos con alguna exageracion y adornados con las galas de floridos ingenios.

El doctor Vicente Blasco de Lanuza en sus

*Historias eclesiásticas y seculares de Aragon* (Zaragoza 1622) nos habla de un famosísimo torneo de á caballo, fiesta celebrada en tan insigne ciudad el 21 de setiembre del año 1599, observando todas las formas que para casos semejantes se prevenian en los libros caballerescos.

Mucho tiempo despues de haber compuesto Cervantes la primera parte del Quijote, acaecieron en España sucesos dignos de estar entre las aventuras de Amadís de Gaula. En 12 de octubre de 1614 se celebraron en Zaragoza fiestas y torneos en celebridad de la beatificacion de Santa Teresa de Jesus; y en 26 de julio de 1622 se hicieron otros para solemnizar con tales regocijos la canonizacion de la misma santa. El señor de Quinto, encubierto con el nombre del *Caballero de Avila*, salió de esta ciudad y fué á Zaragoza á demandar licencia al virey para defender en campo abierto la santidad de Teresa. A combatir el intento del señor de Quinto vinieron de Francia varios caballeros y para apadrinar al mantenedor se presentaron muchos de la nobleza del reino aragonés. Don Diego Clemencin en sus comentarios al Quijote asegura que ninguna descripcion se conserva de las fiestas y torneos celebrados en Zaragoza. Sin embargo, existe una con este título.—«*El caballero de Avila por la santa madre Teresa de Jesus en fiestas y torneos de la imperial ciudad de Zaragoza, poema*

*heróico por Juan Bautista Felices.*» (Zaragoza 1623).

Y aun muchos años despues vió España un lance caballeresco digno de Palmerin de Inglaterra. Cuando se alzó el reino de Portugal contra España, el duque de Braganza, rey coronado de la nacion que recuperaba su independencia, celebró con grandes fiestas y luminarias en Lisboa el hecho de haberse rebelado contra Felipe IV el capitan general de Andalucia duque de Medinasidonia, hermano de la esposa del nuevo monarca. Cuando llegaron las nuevas de este suceso al duque de Medinasidonia, el cual tenia su córte en Sanlúcar de Barrameda, no pudo menos de indignarse contra el autor de falsedad tan notoria y así recordando los hechos de los andantes caballeros, mandó imprimir carteles en que desafiaba á su cuñado el de Braganza á pelear cuerpo á cuerpo en Valencia de Alcántara, donde ofrecia esperarlo por término de ochenta dias contados desde 1.º de octubre hasta el 19 de diciembre de 1641, y para el caso de que el duque rey de Portugal no aceptase el duelo, ofrecia al que matase á su hermano político la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, y al gobernador, cabo ó alcaide portugués que entregase á Felipe IV alguna plaza del sublevado reino, el mejor de los lugares de su estado.

El Duque de Braganza se burló de tales frases

y amenazas, y sin duda para sus adentros remitió á su cuñado el libro de *Don Quijote*, donde podria hallar disculpas para no aceptar tan estravagante duelo. Él se era rey á despecho del de España y siguió siéndolo no obstante la jactanciosa promesa que hizo el duque de Medinasidonia de regalar la ciudad de Sanlúcar de Barrameda al honrado caballero que arrebatase la existencia al soberano portugués.

Cervantes, aunque no pudo imaginar que el duque de Braganza se alzase rey de Lusitania y que su cuñado el de Medinasidonia lo desafiase con carteles y esperándole nada menos que ochenta dias, todo á semejanza de las aventuras de los Belianis y de los Esplandianes, ya habia visto y oido en su tiempo lances iguales entre personas de nobleza y virtudes. Por eso en el *Quijote* no solo se burló de los libros caballerescos, autores de esos desatinos, sino tambien de los hechos, imitados por sus contemporáneos, con risa de los estraños, asombro de los propios, y con estrago de la verdad y de la justicia.

Es cierto que Cervantes siempre dice en el *Quijote* que su libro solo se dirige á desterrar del mundo la vanísima leccion de las novelas caballerescas; pero tambien se deja traslucir en varios lugares de su obra inmortal que á mas alto punto lanzaba sus tiros, acabando en confesar al fenecer la segunda parte del *Ingenioso*

*hidalgo* que *para hacer burla de tantas hazañas como hicieron tantos andantes caballeros bastan las dos que él hizo tan á gusto y baneplácito de aquel reino.*

Alborotáronse los contemporáneos de Cervantes con la historia de *Don Quijote*, casi todos los doctos no comprendieron el valor de su sátira. El vulgo lo recibió con agrado, conociendo en él tan solo el mérito de los donaires. La reputacion del manco de Lepanto, como autor de una obra inmortal, autorizada por comun sentir de los sábios, no fué grande en España hasta que los estrangeros nos enseñaron la mucha doctrina que atesoraba el Quijote, en cuyas páginas veian los ociosos y los entendimientos vulgares una obra de festiva recreacion y los eruditos un libro mas de entretenimiento.

**Página 207.**—Quien desee mayores detalles y un conocimiento profundo de la materia, consulte además de la obra del doctor Moreau la que acaba de publicar Mr. Brierre de Boisemont sobre las alucinaciones, y la de Mr. Maury titulada: *Le Sommeil et les réves.*

# ÍNDICE.


| | | Págs. |
|---|---|---|
| | Prólogo. . . . . | 5 |
| I. | Introduccion. . . . . | 9 |
| II. | Los Comentarios del Quijote. . . . . | 21 |
| III. | Antecedentes morales y literarios del Quijote. | 57 |
| | **A**. La caballería andante . . . . . | 61 |
| | **B** La literatura caballeresca. . . . . | 73 |
| IV. | Invectivas y censuras contra los libros de caballerías. . . . . | 93 |
| V. | El génio no inventa.—Filosofía del Quijote. . | 116 |
| VI. | La Estafeta de Urganda.—Espíritu del género literario á que el Quijote pertenece. . | 144 |
| VII. | Exámen de la época en que vivió nuestro ingenio.—Análisis de sus obras.—El Quijote. . . . . | 177 |
| VIII | La afeccion cerebral de Don Quijote. . . | 207 |
| IX. | Conclusion . . . . . | 261 |
| | Notas. . . . . | 269 |

**El Quijote y la Estafeta de Urganda,** por Don Francisco María Tubino, un tomo de cerca de 300 páginas, 12 reales.

**Un Trono en Méjico,** por D. Francisco María Tubino, un folleto de 100 páginas, 5 reales.

---

## EN PREPARACION, DEL MISMO AUTOR.

**Estudios sobre la literatura caballeresca. Cervantes y su siglo.**

Sevilla: La Andalucía, Tetuan y Catelanes, 4.